LA VERDAD

SOBRE

LA REPÚBLICA FEDERAL.

RESEÑA HISTÓRICA

DE LAS REPÚBLICAS FEDERALES ANTIGUAS Y MODERNAS,

CON ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA DEMOCRACIA,
EL ATEISMO, EL ABSOLUTISMO,
EL SOCIALISMO, LA POPULARIDAD, ETC., ETC.

POR

D. Antonio Bergnes de las Casas,

Catedrático en la facultad de Filosofía y Letras, Rector de la Universidad de Barcelona, etc.

FIAT LUX!

BARCELONA.

IMPRENTA DE TOMAS GORCHS.

1872.

LA VERDAD

SOBRE

LA REPÚBLICA FEDERAL.

RESEÑA HISTÓRICA

DE LAS REPÚBLICAS FEDERALES ANTIGUAS Y MODERNAS,

CON ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA DEMOCRACIA,
EL ATEISMO, EL ABSOLUTISMO,
EL SOCIALISMO, LA POPULARIDAD, ETC., ETC.

POR

D. Antonio Bergnes de las Casas,

Catedrático en la facultad de Filosofía y Letras, Rector de la
Universidad de Barcelona, etc.

FIAT LUX!

BARCELONA.

IMPRENTA DE TOMAS GORCHS.
1872.

L'esprit du monde est un esprit de souplesse et de ménagement. Nous sacrifions les lumières de notre conscience aux erreurs et aux préjugés de ceux avec qui nous vivons. Loin d'oser défendre la vérité, nous applaudissons aux maximes qui la combattent. Nous ne vivons pas pour nous-mêmes, mais pour les autres. Toute notre vie se passe à déférer aux autres, à nous accommoder à leurs passions, à suivre leurs exemples. Nous ne leur montrons jamais la vérité que par les endroits où elle peut leur plaire, et nous trouvons toujours un beau côté dans leurs vices les plus déplorables. Enfin, nous nous transformons en d'autres eux-mêmes : notre grande étude est de connaître leurs faiblesses pour nous les approprier; et cet indigne avilissement, nous l'appelons la science du monde, le grand art de réussir et de plaire.

MASSILLON.

El espíritu del trato social es un espíritu tan flexible y complaciente, que nos hace sacrificar las luces de nuestra conciencia á los errores y preocupaciones de aquellos con quienes alternamos. Lejos de atrevernos á defender la verdad, celebramos las máximas que la combaten. No vivimos para nosotros, sino para los demás. Pasamos la vida entera sometiendo nuestras opiniones á las ajenas, amoldándonos á las pasiones de los demás, siguiendo sus ejemplos. Jamás les mostramos la verdad, sino por el lado que pueda agradarles, y siempre encontramos alguna circunstancia plausible en sus vicios mas deplorables. En fin, dejamos de ser nosotros mismos para transformarnos en los demás; nuestro principal estudio consiste en conocer sus debilidades para apropiárnoslas; á tan indigno envilecimiento se le denomina ciencia de mundo, el grande arte de agradar y de hacer carrera.

MASSILLON.

Un des plus grands malheurs des honnêtes gens, c'est qu'ils sont des lâches.

VOLTAIRE.

Una de las mayores desgracias de las personas honradas es el ser, como lo son, unos cobardes.

VOLTAIRE.

Virtue consists in a perpetual substitution of being for seeming; and with sublime propriety God is described as saying: I AM.

R. W. EMERSON.

La virtud consiste en una perpetua sustitucion del ser al parecer; y con propiedad sublime se describe á Dios con estas palabras: YO SOY.

R. W. EMERSON.

A monarchy is a merchantman, which sails well, but will sometimes strike on a rock, and go to the bottom; whilst a republic is a raft, which would never sink, but then your feet are always in water.

FISHER AMES.

Una monarquía es un bajel mercante que navega perfectamente, pero que corre riesgo de estrellarse contra un escollo y de irse á pique; mientras que una república es una almadía, no expuesta á zozobrar, pero donde se está siempre con el agua hasta los tobillos.

FISHER AMES.

Aristocracy and fashion are certain inevitable results. These mutual selections are indestructible. If they provoke anger in the least favored class, and the excluded majority revenge themselves on the excluding minority, by the strong hand, and kill them, at once a new class finds itself at the top, as certainly as cream rises in a bowl of milk; and if the people should destroy class after class, until two men only were left, one of these would be the leader, and would be involuntarily served and copied by the other.

R. W. Emerson.

La aristocracia (1) y la elegancia son resultados positivos é inevitables. Estas elecciones relativas son indestructibles. Si excitan el descontento de las clases menos favorecidas, y si la mayoría excluida se venga á mano airada de la minoría exclusiva, y la quita de en medio, se sobrepondrá desde luego una nueva clase tan seguramente como se eleva la nata en un vaso de leche; y si el pueblo se empeñara en destruir una clase tras otra hasta que no quedasen mas que dos hombres, uno de los dos seria el jefe involuntariamente servido y copiado por el otro.

R. W. Emerson.

Wær' nicht das Auge sonnenhaft:
Die Sonne kœnnt' es nicht erblicken;
Læg' nicht in uns des Gottes eigne Kraft:
Wie kœnnt' uns Gœttliches entzücken?

Goethe.

Si para el sol formado—el ojo no estuviera,
¿Habria nunca visto—su espléndido fulgor?
Si percepcion divina—Dios no le infundiera,
¿Cómo arrobada el alma—sintiera á su Hacedor?

Goethe.

(1) Por *aristocracy and fashion*, no entiende el filósofo Emerson la aristocracia de la sangre, ni de las riquezas, ni la moda, sino la de la educacion y del saber y la decencia.

Man's inhumanity to man
Makes countless thousands mourn.

BURNS.

El ser para con el hombre—el hombre tan inhumano,
A miles sin cuento sume—en la desdicha y el llanto.

BURNS.

Wir leben in einer Zeit der Wiedergeburt, oder vielmehr der Neugeburt. Die Menschheit erwacht zu neuem Leben.

KRAUSE.

Vivimos en un tiempo de renacimiento, ó, por mejor decir, de neogenesia. El hombre despierta á una nueva vida.

KRAUSE.

Il s'agit de supprimer une iniquité sociale! Car enfin, que quelqu'un *prenne la peine de naître* avec la faculté de prendre de la peine pour devenir peintre, écrivain, musicien, orateur, c'est aussi injuste à l'égard des cordonniers et des tailleurs, que de naître avec le gosier exceptionnel qui donne *l'ut* ou le *si* de poitrine, ou avec le père qui laissera 500,000 francs de rente.

Il faut tout de bon se mettre à refaire le monde, je dis de fond en comble, et de telle sorte, que nul n'ose se donner la peine de naître avec des dons exceptionnels, ou du moins ne puisse en abuser. Nous ferons un dieu qui discernera tous les dons, qui les centralisera, qui en disposera et les retribuera tous à raison de trois francs par jour; et si quelqu'un se sert illégitimement de son don pour primer quelqu'autre, seulement de l'épaisseur d'un centime, le dieu en sera averti, fera venir cet injuste, le rasera et le reprimera.

Et ce sera le triomphe de la sainte égalité!

On le demande tant et d'une façon si précise, que l'essai devra en être fait.

*
* *

¡Se trata de acabar con una iniquidad social! pues eso de que un cualquiera *se tome la molestia de nacer* con la facultad de tomarse la molestia de aplicarse para llegar á ser pintor, escritor, músico, orador, es cosa tan injusta respecto de los zapateros y de los sastres, como el nacer con la garganta privilegiada que llega al *do* ó al *si* de pecho, ó con un padre que le deja un legado de cien mil duros de renta.

Es menester que nos ocupemos seriamente en reformar el mundo de un modo radical, y de suerte que nadie se atreva á nacer con dotes excepcionales, ó al menos, que no pueda abusar de ellos. Harémos un Dios que discernirá todas las dotes, que las centralizará, que dispondrá de ellas y las retribuirá á razon de tres pesetas diarias; y si álguien se sirve ilegítimamente de su dote para descollar sobre otro, aunque no sea mas que en un centésimo, se denunciará al dios, quien mandará comparecer al culpable, le pasará el rasero y le reprimirá.

Y este será el triunfo de la santa Igualdad.

Se reclama tanto y tan perentoriamente lo dicho, que será forzoso probarlo.

***

INTRODUCCION.

> **Look in thy heart, and write**
> ***(Mira en tu corazon, y escribe)***
> **SIDNEY.**

A principios del año 1870 publicamos en LA AMÉRICA un artículo sobre LA REPÚBLICA FEDERAL Y LA POPULARIDAD. Este artículo, que, á nuestro entender, debia llamar la atencion del público, nó por su mérito, sino por tratarse en él de una materia que tan agitados traia entonces los ánimos, pasó poco menos que inadvertido, y tanto, que no solo dejó de impugnarse por los mantenedores mas caracterizados de la idea federal, sino que ni siquiera mereció una mencion de la prensa periódica de Madrid ni de las provincias. Este silencio absoluto sobre un punto tan interesante vino á probarnos una de estas dos cosas: ó bien que dicho artículo no valia la pena de leerse, ó bien que, en nuestro pais, no se da la debida importancia á los estudios serios y meditados.

Desde entonces, despues de haber discurrido bastante sobre este desengaño, quisimos persuadirnos de que dicho artículo no habia sido leido, por haberse publicado en una revista mas literaria que política; y en este supuesto, seguimos ocupándonos en el estudio de la cuestion, leyendo las mejores obras que sobre las diversas formas de gobierno se han publicado en Europa. Termi-

nado ya este trabajo, sin erigirnos en censores; y con la moderacion propia de todo hombre que desconfia de sí, nos atrevemos á presentar otra vez al público, en forma de folleto, aquel trabajo, pero muy mejorado y aumentado con los nuevos datos que hemos adquirido, y con la presente introduccion al mismo, en la cual sometemos á la consideracion de los Españoles en general, y de los diversos partidos y de sus degeneraciones en particular, los párrafos que hemos traducido y entresacado de escritores muy liberales y mas competentes que nosotros. En algunos casos, sin embargo, nos hemos permitido expresar tambien nuestra opinion, y la hemos expresado con toda sinceridad.

Quizás logren los hombres buenos y sabios que hemos tenido el gusto de citar, desvanecer en algunos las preocupaciones de que adolecen los partidos extremos, mostrándoles las cosas tales como son; nó como las pintan nuestra loca fantasía ó nuestro interesado deseo, sino como nos las pone delante la severa y tutelar experiencia de los siglos.

De lo dicho se infiere desde luego que lo bueno que haya en este folleto no es nuestro, sino de personas mucho mas autorizadas que nosotros; ya que ateniéndonos principalmente al modesto papel de la abeja diligente, lo hemos ido recogiendo casi todo con amor y entusiasmo de los buenos escritores, filósofos y publicistas, de Europa y de la Union americana, pudiendo citar entre ellos á Cuvier, Dugald Stewart, Dimond, Godwin, Gervinus, Richter (Juan Pablo), Passy, Juan Stuart Mill, Ancillon (Federico), Emerson, Chappuis, etc., etc.

Tambien hemos de citar con agradecimiento un nombre para nosotros muy querido, el de D. Juan Font y Guitart, jóven tan modesto como instruido, digno hermano del malogrado D. Eduardo Font y Guitart, distinguidísimo alumno de la Universidad de Barcelona, Doctor en

Ciencias exactas, y Licenciado en las Físico-químicas, á quien acaba de arrebatar la muerte al cariño de los suyos y á las ciencias, de las que iba á ser, niño todavía, un astro de primera magnitud. Al primero, que ha estudiado muchos años en las universidades de Alemania, y residido en los Estados de la Union americana, le debemos muy buenos libros de escritores eminentes de aquellas literaturas, y sobre todo muchas de las apreciaciones originales, tan exactas como preciosas, que sobre aquella República federal se pueden leer en este folleto.

Cumplido ya este deber de gratitud, vamos á entrar en materia, contando siempre con la benevolencia del lector.

Pero, antes de empezar, nos cumple repetir que estamos muy ajenos de erigirnos en censores de nadie, pues harto tenemos que censurar en nosotros mismos. Nuestro propósito se limita á dar consejos, y á darlos tan buenos y desinteresados como nos los dictan el estudio y los muchos años que llevamos á cuestas. No contentos con esto, hemos llamado en nuestra ayuda á hombres que valen, bajo todos conceptos, mucho mas que nosotros. Protestamos además que no odiamos, ni está en nuestra naturaleza odiar á ningun partido, ni mucho menos á los hombres que en ellos militan; y que solo tratamos de oponer al error la verdad, á la violencia la blandura, y al egoismo la benevolencia. Nosotros queremos á nuestro pais y á todos los hombres que en él han nacido, sin mal querer, sino muy al contrario, á los nacidos en otros paises; y solo nos duele que pudiendo todos los hombres vivir en paz, y mas los hijos de un mismo suelo, se hagan unos á otros desgraciados por ignorancia, ya que abortos son de la ignorancia la ambicion, el orgullo, la vanidad, la codicia, y tantas pasiones crueles como, para nuestro mal, afligen á la humanidad. ¡Qué de tristes verdades encierra el antiguo refran sajon: *The devil is an ass!* (el diablo es un borrico).

«La verdad,» dice el filósofo mas profundo de la Union americana (1), «es nuestro elemento de vida. Con todo, si un hombre fija la atencion en una sola cara de la verdad, y durante largo tiempo, se deja embargar por la misma exclusivamente, la verdad queda torcida y descompuesta, y deja de serlo para ser una mentira; en lo cual se parece la verdad al aire, que es nuestro natural elemento, y que nos da vida, calor y fuerza; pero si por un rato se dirige al cuerpo una corriente de aire, viene á causar enfriamiento, calentura, y hasta la muerte. ¡Cuán cansados son el gramático, el frenólogo, el fanático político ó religioso, ó todo mortal embargado por una sola idea, y que pierde el equilibrio con la exageracion de un solo objeto! Es ya una manía incipiente.»

Esto mismo ha venido á suceder en España con muchos paisanos nuestros, hombres de innegable talento, los cuales prescindiendo del atraso moral é intelectual del pais, se han empeñado en hacer de ella una república federal. Para algunos es ya una idea fija, nacida, no dirémos de la ignorancia, pero sí de conocimientos poco extensos. En los mas, sin embargo, lo que domina en el fondo es una sed impaciente de goces y distinciones; ya que con la república federal se abre á todas las ambiciones un horizonte sin límites. ¿Qué extraño, pues, que cuente tantos partidarios entre la juventud impaciente y en el pueblo, que se imagina vèr en ella el término de sus males? Pero lo peor es que recibimos todos una educacion uniforme y vaga, que, al paso que nos hace aptos para muy poca cosa, nos da para todo pretensiones injustificadas. Así es que no faltan Doctores benévolos

(1) Ralph Waldo Emerson, en sus *Essays* (Ensayos). First and second series. Boston. Ticknor and Fields. 1865.

Esta obra magistral, absolutamente desconocida en España, y no traducida, que sepamos, al francés, mereceria ser estudiada, al menos, por los que, entre nosotros, se llaman hombres políticos.

que prometen curar homeopáticamente, pero con altas dosis alopáticas, las enfermedades del cuerpo político. Estos Doctores, perdidamente enamorados de un ideal que está mas allá, ó por lo menos muy lejos de su alcance, miran con desden las ventajas que tienen en la mano, ventajas, que, tres años atrás, hubieran recibido con alborozo, con gritos de júbilo; y hasta están dispuestos á abandonarlas y perderlas, remedando en esto á los niños mimados que, cuanto mas se les da, mas quieren, y acaban por pedir golosinas que se les indigestarian sin remedio, y quizás les causarian la muerte. Así les viene á suceder á los que, viviendo en una monarquía limitada, se entregan á especulaciones mas ó menos facciosas sobre las ventajas de una república federal, proyectando cambios vitales y fundamentales, que solo podrian quedar justificados por el consentimiento casi universal de la nacion, ó por el grito apremiante de la patria en peligro.

Por supuesto, que no nos hacemos la ilusion de creer que baste cuanto podamos decir para apartar á los federalistas del error en que están; pues tal es la suerte comun á todos los escritos políticos, que nunca logran alterar en un ápice las opiniones de los hombres á quienes van dirigidos: en política, como en religion, cada cual está firmemente decidido á no dejarse convencer; tan solo los sucesos y los años, con sus desengaños tardíos, tienen el triste privilegio de transformar á los hombres sensatos que no han hecho nunca de la política un *modus vivendi* ó un escabel para su ambicion ó su vanidad.

Es evidente además que si el temor ó la seguridad de no causar mella en los hombres de ideas opuestas debiese ser razon suficiente para renunciar á la publicacion de escritos políticos, cesaria toda discusion, cuya utilidad nadie puede negar, cuando en ella reina la buena fe. A favor de la publicacion de este folleto milita además otra consideracion; pues no solo se escribe para

persuadir á los contrarios, sino tambien para ilustrar á los partidarios de las doctrinas que se defienden, y para afirmarlos en ellas, demostrándoles su bondad, y los errores y desaciertos de los que sostienen ó practican las contrarias. Creemos, pues, que es un deber de conciencia hacer públicas, para los que quieran escucharlas y se interesen en saberlas, las verdades históricas y tomadas del natural que sobre las repúblicas federales presenta nuestro trabajo. Es además un deber de patriotismo oponer la verdad á las ilusiones ópticas de una propaganda funesta; sepa ya la gente que lo ignore lo que han sido y lo que son las tan decantadas repúblicas federales. No en balde hemos adoptado el lema: *Fiat lux.*

No poco habrá contribuido al vértigo federalista que ha cundido en España el libro disparatado del Doctor Laboulaye, *París en América* (1), fábula de que damos buena cuenta mas adelante al hablar de la Union americana, y que anchamente difundida en nuestro pais, ha encontrado muchos lectores crédulos, no solo en el vulgo, lo que no es de extrañar, sino tambien entre algunos de nuestros prohombres, dotados de gran talento, pero que desconocen el actual estado del mundo: defecto que

(1) A pesar de la censura que aquí apuntamos, y que mas adelante desarrollaremos, de este libro del Dr. Eduardo Laboulaye, no podemos menos de reconocer que es este señor uno de los primeros publicistas de que con razon se envanece la Francia, como lo prueban sus escritos, entre otros, *L' Etat et ses limites*, y *Le Parti libéral, son programme et son avenir*, siendo el primero lo mas fundamental que modernamente se ha escrito en Francia sobre la materia.

Pero esto no quita que, con su «París en América», ha causado un daño inmenso á España, tanto en la península como en Cuba, donde todos los papanatas, que se cuentan por legiones, han tenido por sendas verdades los partos de la fantasía del Doctor. Los Griegos de la antigüedad no fueron tan simples; pues no aparece en la historia que se diese crédito entonces á la famosa fábula, la *Ciropedia* de Jenofonte, que tuvo por objeto ensalzar la monarquía.

ha perdido á la Francia, y que es muy posible que pierda tambien á España, ya que, en todas partes y en todos tiempos, la ignorancia, aunque no sea mas que en un punto dado, ha engendrado la presuncion, y esta la ruina, lo mismo en las naciones que en los individuos.

Aunque suponemos que los jefes del partido federalista habrán leido las obras del famoso John Stuart Mill, escritor que vive todavía, y cuya autoridad y profunda filosofía no puede recusar ninguna persona que se precie de liberal, ora se llame progresista, ora blasone de demócrata, ora de republicano unitario ó federal, nos permitirán, sin embargo, que continuemos algunos párrafos traducidos de la obra intitulada: *El Gobierno representativo*, por dicho autor, uno de los publicistas mas radicales que, desde Jeremías Bentham, ha producido la Gran Bretaña. Dicen así:

«Debemos tambien tener presente que el mecanismo político no obra por sí mismo; pues así como, en su orígen, fué hecho por hombres, debe tambien ser manejado por hombres, y hasta por hombres vulgares. El mecanismo político necesita, nó su mera conformidad, sino su participacion activa, y debe ajustarse á las capacidades y cualidades de los hombres, tales como los encuentre. Esto implica tres condiciones: 1.ª El pueblo para quien se destine una forma de gobierno debe consentir en aceptarla, ó al menos no debe negarse á ello de un modo que oponga á su establecimiento un obstáculo insuperable; 2.ª Debe tener la voluntad y la capacidad de hacer lo necesario para sostener la existencia de la misma; 3.ª Debe tener la voluntad y la capacidad de *hacer* lo que de él exija la forma de gobierno; por cuanto, sin esto, no podria alcanzar su objeto. Y aquí la palabra «*hacer*» significa *abstencion* no menos que *accion*. Aquel pueblo ha de ser capaz de cumplir las condiciones de accion y las condiciones de sujecion moral necesarias,

ya para sostener la existencia del gobierno establécido, ya para facilitarle los medios de llenar sus fines; pues la aptitud de un gobierno bajo este respecto es lo que cons tituye su mérito.

«En faltando una de estas condiciones, una forma de gobierno, por mas que, bajo otros conceptos, despierte las mas bellas esperanzas, no puede convenir absolutamente.

«El primer obstáculo, esto es, la repugnancia de un pueblo á una forma particular de gobierno, no necesita prueba, ya que no es posible desatenderlo nunca en teoría, y es un caso con que tropezamos todos los dias. Solo la fuerza extranjera podria decidir á una tribu de indios de la América septentrional á someterse á la coaccion de un gobierno regular y civilizado. Lo mismo pudiera decirse, aunque de un modo menos absoluto, de los bárbaros que recorrieron el imperio romano. Siglos enteros han sido necesarios, con un cambio completo de circunstancias, para acostumbrarlos á la obediencia á sus propios jefes, fuera del servicio militar. Naciones hay que no se someterán gustosas á otro gobierno que no sea el de ciertas familias que, desde tiempo inmemorial, han tenido el privilegio de darles jefes. Ciertas naciones no podrian acostumbrarse, sin una conquista extranjera, á sufrir una monarquía; otras tienen la misma aversion á una república; y muchas veces se eleva el obstáculo para la actualidad hasta lo impracticable.

«Pero tambien hay casos, en los cuales, sin tener aversion á una forma de gobierno, y deseándola quizás, pueda un pueblo no tener la voluntad ó la capacidad de llenar sus condiciones. Cabe que sea incapaz de llenar precisamente las condiciones mas necesarias para mantener la existencia, siquiera nominal, de un gobierno dado. Así es como puede un pueblo preferir un gobierno libre; pero si, por indolencia ó incuria, ó cobardía, ó

por falta de espíritu público, es incapaz de hacer los esfuerzos necesarios para conservarlo; si no quiere pelear por su gobierno, cuando este se ve directamente atacado; si se deja engañar por los artificios puestos en práctica para despojarle del mismo gobierno; si, en un momento de desaliento, ó en un pánico temporal, ó en un arrebato de entusiasmo hácia un individuo, se le puede llevar á deponer sus libertades á los piés de un grande hombre, ó bien á confiarle poderes que le hagan capaz de derribar las instituciones: en todos estos casos, es este pueblo mas ó menos impropio para la libertad; y aunque el haberla poseido, siquiera por poco tiempo, pueda haberle hecho algun bien, tardará todavía muchísimo en gozar de ella.

«Asímismo es posible que un pueblo no quiera ó no pueda llenar las obligaciones que le impone una forma particular de gobierno. Un pueblo grosero, aunque sensible hasta cierto punto á los beneficios de una sociedad civilizada, puede ser incapaz de la sujecion que aquella forma particular de gobierno exija; cabe que sus pasiones sean demasiado violentas, ó demasiado tiránico su orgullo personal, para renunciar á las luchas privadas y abandonar á las leyes la venganza de sus agravios reales ó supuestos. En semejante caso, un gobierno civilizado, para ser realmente ventajoso, deberá mostrarse despótico en alto grado, no sufrir censura de parte del pueblo, é imponerle en todas las ocasiones una gran suma de coaccion legal.

«Otros y otros pueblos solo son aptos para una libertad limitada y parcial, puesto que no quieren contribuir activamente con la ley y las autoridades á la represion de los malhechores. Un pueblo que está mas dispuesto á ocultar un criminal que á prenderle; un pueblo que, como los Hindos, cometerá un perjurio para salvar al hombre que le robó, antes que tomarse el trabajo de

declarar contra él, ó por no atraerse una venganza; un pueblo entre el cual (como sucede en algunas naciones de Europa, y de la Europa moderna) pasan las gentes á la otra acera, cuando ven á un hombre que da de puñaladas á otro en la via pública, por ser cosa que atañe á la policía, y porque lo mas seguro es no entrometerse en lo que á uno no le interesa; un pueblo, en fin, que se levanta contra una ejecucion, pero á quien no indigna un asesinato; ese pueblo necesita autoridades represivas mejor armadas que en otras partes, ya que las primeras y mas indispensables condiciones de la vida civilizada no tienen otras garantías.

«Este deplorable estado de sentimientos en un pueblo que dejó tras sí la vida salvaje es sin duda la ordinaria consecuencia de un mal gobierno anterior, que enseñó á los hombres á mirar la ley como si hubiese sido hecha para un objeto muy distinto de su propio bien, y á sus intérpretes como á enemigos de peor condicion que los que la quebrantan descaradamente. Pero aunque no tengan toda la culpa los pueblos en los cuales se ha arraigado este modo de pensar, y aunque al fin y al cabo pueda desarraigarlo un gobierno mejor, no obstante, mientras subsista esta opinion, un pueblo así dispuesto no puede ser gobernado con tan poca sujecion como un pueblo cuyas simpatías estén á favor de la ley, y que ayude gustoso á la ejecucion de la misma ley.

«Asímismo, las instituciones representativas tienen poco valor, y pueden ser un mero instrumento de tiranía é intriga, cuando la masa de los electores no se interesa bastante en su gobierno para votar, ó bien, cuando la mayor parte de los electores, en vez de votar con la mira del bien público, venden su voto, ó votan á instigacion de una persona influyente, con quien, por razones particulares, desean bienquistarse. Así practicada la eleccion popular, en vez de ser una garantía contra

un mal gobierno, es solamente una rueda mas en su mecanismo.

«Si buscamos los principios y las condiciones de un buen gobierno en todos los sentidos de la palabra, desde el mas humilde al mas elevado, tropezamos desde luego con las cualidades de los séres humanos que componen la sociedad sobre la cual se ejerce el gobierno. Tomemos como primer ejemplo la administracion de justicia, y con tanto mayor motivo, por cuanto no hay en los negocios públicos una rama en la que tengan una importancia tan vital el puro mecanismo, las reglas y las combinaciones que dirigen los detalles de la operacion. Sin embargo, mas importantes son todavía las cualidades de los agentes humanos que se emplean. ¿De qué sirve que, en causa criminal, sean las formalidades otras tantas garantías, si la condicion moral del pueblo es tal, que no reparen los testigos en mentir, y que haya jueces y magistrados y escribanos corruptibles? Asímismo, ¿cómo será posible que las instituciones creen una buena administracion municipal en las localidades en que se trata de esto con tanta indiferencia, que los hombres que podrian administrar con honradez y capacidad se niegan á hacerlo, y abandonan este cuidado á los que lo toman á su cargo por propio interés? ¿De qué sirve el sistema representativo mas francamente popular, si no se curan los electores de elegir al mejor miembro del parlamento, sino al que tire mas dinero para hacerse elegir? ¿Cómo es posible que una asamblea representativa trabaje en beneficio del público, cuando sus miembros pueden ser venales, ó cuando la irritabilidad de su temperamento, no reprimida por la disciplina pública ni por su dominio sobre sí mismos, es tan grande, que les hace incapaces de deliberar con calma, y los impele á llegar á vias de hecho en la misma cámara, ó á desafíos? ¿Cómo es posible que el

gobierno (ó cualquiera otra empresa) se conduzca, ni aun medianamente, entre un pueblo envidioso, que, cuando se presenta un hombre capaz de vencer algun obstáculo, los mismos que con él deberian cooperar se entienden tácitamente para derribarle?

«En todos los paises en que es tal la general disposicion del pueblo, que cada individuo solo se fija en sus intereses personales, y vuelve la espalda á la parte que le cabe en los intereses generales, un buen gobierno es absolutamente imposible. No se necesitan ejemplos para probar que la falta de inteligencia es un grande obstáculo á la marcha de un buen gobierno. Consiste el gobierno en actos ejecutados por séres humanos: ahora pues, si los agentes, ó los que los nombran, ó aquellos á quienes son responsables los agentes, ó los espectadores, cuya opinion deberia influir decididamente en todo esto, son meramente masas de ignorancia, de estupidez y de ruines preocupaciones, es evidente que todas las operaciones del gobierno irán de mal á peor; al paso que, conforme se levanten los hombres sobre este nivel, se levantará tambien el gobierno hácia aquel grado de excelencia posible de alcanzar, aunque hasta ahora no se ha alcanzado en parte alguna, en que los funcionarios del gobierno, dotados de una virtud é inteligencia superiores, respiren la atmósfera de una opinion pública virtuosa é ilustrada.

«Resulta pues que, siendo el primer elemento de buen gobierno la virtud y la inteligencia de los séres humanos que componen la nacion, el mérito mas importante que pueda poseer un gobierno es desarrollar la virtud é inteligencia en el mismo pueblo.

«Un pueblo, en estado de independencia salvaje, en el que cada hombre vive para sí, exento, en los mas de los casos, de toda fiscalizacion exterior, es incapaz de progresar en la civilizacion hasta que haya aprendido á

obedecer: así pues la primera condicion de un gobierno que se establezca sobre un pueblo semejante, es saber hacerse obedecer.

«Entre las tendencias que, sin incapacitar de un modo absoluto á un pueblo para el gobierno representativo, pueden oponer un grave obstáculo á que recoja de él todos los frutos posibles, hay dos que, si bien muy encontradas, tienen sin embargo algo de comun en la direccion que dan á los esfuerzos de los individuos y de las naciones: una de ellas es el deseo de mandar, y es la otra la repugnancia á sufrir el mando. La preponderancia de una ú otra de estas disposiciones en un pueblo es uno de los elementos mas importantes de su historia. Pueblos hay en los que la pasion de gobernar á los demás puja tanto sobre el deseo de independencia personal, que los hombres llegan á sacrificar gustosos la sustancia de la libertad á la simple apariencia del poder. Así es que cada individuo, como el soldado raso en un ejército, abdica de buena gana su libertad personal de accion en manos de su general, con tal que el ejército salga triunfante y victorioso, y pueda el individuo lisonjearse de ser miembro de un ejército conquistador, por mas que, en realidad, sea una ilusion la idea de la parte que le cabe en la dominacion ejercida sobre el pueblo conquistado. A un pueblo dominado por tales ideas no podria acomodarle un gobierno cuyos poderes y atribuciones fuesen rigurosamente limitadas, y de quien se exigiese que no se entrometiese en todo, y que dejase andar las cosas, sin hacer en las mas de ellas el papel de tutor ó director. A los ojos de un pueblo semejante debe la autoridad ser muy emprendedora para que, un dia ú otro, puedan todos los ciudadanos llegar á la autoridad.

«Esto es lo que constituye un pueblo de cazadores de empleos, un pueblo en el que la política está principal-

mente determinada por el afan de destinos, en el que solo se aprecia la igualdad, y nó la libertad; en el que la pugna de los partidos políticos solo tiene por objeto decidir si el derecho de entrometerse en todo pertenecerá á una clase antes que á otra (quizás á un grupo de hombres públicos en lugar de otro); en el que la idea que se tiene de la democracia se dirige meramente á abrir las funciones públicas á todos, y nó ya á un corto número solamente; y en el que, finalmente, cuanto mas populares son las instituciones, mas empleos se crean: de donde resulta que el exceso de gobierno ejercido por todos sobre cada uno, y por el poder ejecutivo sobre todos, adquiere una preponderancia espantosa.

«Lo que hace que el pueblo inglés sea mas propio que otro alguno para el gobierno representativo, es el rasgo de su carácter que le coloca casi universalmente en el tipo opuesto. El pueblo inglés se subleva fácilmente contra toda tentativa que se dirija á ejercer sobre él un poder no sancionado por la costumbre ó por su propia opinion sobre el derecho; pero, en general, se cura muy poco de ejercer el poder sobre los demás. Como no tienen los Ingleses la pasion de gobernar, y saben por otra parte que se solicita el gobierno por motivos interesados, de aquí el preferir que estas funciones sean desempeñadas por aquellos á quienes naturalmente corresponde como consecuencia de su posicion social. Si los extranjeros comprendiesen la opinion del pueblo inglés en este punto, comprenderian ciertas anomalías aparentes que en él se notan, á saber: su disposicion, y hasta su deseo de sufrir la superioridad política de las clases elevadas, y en medio de todo esto, su ninguna sumision personal á estas mismas clases; una pasion, que no se ve en ningun otro pais, de resistir á la autoridad, cuando traspasa los límites prescritos; y una ardiente determinacion de recordar constantemente á los gobiernos

que la nacion quiere ser gobernada á su gusto, y nó de otro modo. Así es que la caza de empleos es una forma de ambicion de la que generalmente está muy ajena la nacion inglesa; y á excepcion de algunas familias, en cuyos individuos se encuentran directamente vinculados los empleos oficiales, las ideas de los Ingleses sobre el modo de elevarse en la sociedad toman una direccion totalmente opuesta, fiando en el comercio ó en la industria el deseo de enriquecerse.»

Despues de haber recomendado la lectura de los párrafos qué preceden de la citada obra del Sr. Mill, me permitirán los mismos señores que someta á su meditacion los siguientes extractos de la obra de M. Passy (1).

«La forma monárquica tiene en el dia muchos adversarios, los que, considerándola como un legado de la barbarie de tiempos que fueron, se afanan por precipitar su caida, inevitable y próxima, segun ellos. Este es un hecho muy real y de mucha importancia, para que dejemos de examinar sus causas y medir su verdadero alcance.

«Hay desde luego una realidad, que, en todos tiempos y en todas partes, ha militado á favor de la forma republicana: tal es su superioridad incontestable bajo el punto de vista especulativo. Los hombres, deseosos naturalmente de independencia, se someten de mala gana á la voluntad ajena, siendo su ideal no tener que obedecer en todo mas que á sí mismos. Lo que mas se acerca á ese ideal, en el órden gubernamental, es la forma republicana, ya que, bajo esta forma, á no viciarla hondamente privilegios de castas y de clases, los miembros de la comunidad son sus propios dueños, en cuanto lo

(1) *Des formes de gouvernement, et les lois qui les régissent*, par Mr. H. Passy, membre de l' Institut.—Paris, 1870.

consiente la existencia de la vida colectiva. Así gobernantes como gobernados solo tienen que inclinarse ante unos poderes que ellos mismos delegan, y que recobran á su voluntad; que, ni por un momento, cesan de depender de los que ellos representan, y que no pueden decidir cosa alguna sin el beneplácito y consentimiento de la mayoría nacional.

«No es pues extraño que un régimen que, mejor que otro alguno, responde á aspiraciones incesantes y legítimas, cuente, en todos los Estados, partidarios mas ó menos numerosos; y esto tanto mas, por cuanto, donde no funciona dicho régimen, nada revela de qué naturaleza serian las dificultades, los embarazos y los desórdenes que provocaria; y de aquí las ilusiones en que se están meciendo los que anhelan su establecimiento y se afanan por prepararlo.

«No es esta la primera vez que las ideas republicanas han surgido y circulado en los Estados en donde su aplicacion hubiera sido imposible. Así fué como, durante el siglo XVI, en medio de los sangrientos conflictos desencadenados por las reformas religiosas, salieron estas ideas á la luz del sol, y merecieron la adhesion de los jefes de los partidos que estaban luchando entonces contra los poderes constituidos, apareciendo muchísimos escritos que las recomendaron y defendieron con calor; y el de La Boetie logró, en aquel tiempo, un éxito inmenso. Hoy dia, cuentan estas ideas con muchísimos partidarios, segun se echa de ver por la actual situacion de muchas antiguas monarquías que pasan al estado constitucional: transicion que las somete á pruebas cuyo término no ha llegado todavía. En los príncipes, siguen obrando siempre los recuerdos y las tradiciones de lo pasado; y de ahí su repugnancia á que se disminuya la autoridad de que gozaban sus predecesores. La precision de ceder á las voluntades públicas, de inclinarse ante las

decisiones de las mayorías parlamentarias, y de poner la direccion de los negocios en manos de ministros cuyas opiniones disienten de las de los mismos príncipes, los turba é inquieta; y conducidos estos á un terreno que no conocen, caminan en él con paso receloso, y en medio de ansiedades que los extravian. Por lo que hace á las naciones, tampoco están ellas bastante familiarizadas con las exigencias del papel que tienen que desempeñar; la libertad política, nueva para ellas, les viene á causar cierta embriaguez; todos los elementos discordantes que encierran fermentan, se dividen, y chocan unos con otros; las vicisitudes de estos choques, ya entre las opiniones, ya entre las personas, levantan pasiones desordenadas; y los partidos extremos tratan de vencer por la fuerza las resistencias que no pueden derribar por las vias legales.

«Tal ha sido, y tal sigue siendo generalmente el curso de las cosas en las grandes monarquías del continente europeo donde se ha establecido el sistema representativo. En la época en que se efectuó el cambio, ni los reyes ni los pueblos habian adquirido la experiencia que reclama la práctica sosegada y regular del régimen nuevo. Cometiéronse muchas faltas por ambos lados; y no poco han contribuido las de los reyes á dar adversarios al principio en virtud del cual se conserva y transmite su autoridad.

«¿Qué podrán producir los esfuerzos de los partidos anti-monárquicos?—Lo que ya han producido: agitaciones y crísis revolucionarias, caidas y cambios de dinastías, fases anárquicas, seguidas de largas fases dictatoriales; y nada mas que esto: pues no está en el poder de ningun partido crear para la forma republicana las condiciones de vida y duracion que hasta aquí le han faltado en los grandes Estados de Europa.

«Y en efecto, toda forma gubernamental que trate de

establecerse y de arraigar en un Estado está obligada á dejar subsistir en él todo el órden y toda la seguridad de que gozaba aquel Estado bajo la forma anterior; y esto es cabalmente lo que no puede conseguir la forma republicana en ninguna monarquía de alguna importancia, ya que en estas monarquías se encuentran reunidos en un mismo cuerpo político elementos demasiado numerosos y diversos para que les sea posible á los poderes, emanados todos de la eleccion, concertar sus discordancias. Estos poderes carecerian de la independencia necesaria al cumplimiento prudente y regular de su tarea; en vez de ser los servidores de todos, no podrian menos de ser los del partido vencedor en la lucha electoral; de aquí es que, so pena de quedarse sin apoyo, tendrian que satisfacer las exigencias de su partido, hacer prevalecer sus miras y pretensiones particulares, aceptar la complicidad activa de sus rencores, sacrificarle los intereses que creyesen opuestos á los suyos; y bajo un régimen de una parcialidad inevitable, surgirian luego resistencias y colisiones cuya violencia iria creciendo constantemente; y no tardaria en llegar el mal á su colmo con el actual estado de los ánimos de una parte de las poblaciones de las grandes ciudades.

«En todos tiempos, ha estado incubando el odio á los ricos entre las clases dedicadas al trabajo manual; y son muy contadas las sociedades libres en las que no haya creado aquel odio embarazos y peligros.

«Hoy dia, circunstancias diversas han venido á comunicarle mayor fuerza y empuje; por una parte, el desarrollo de las industrias manufactureras, al paso que concentra en los mismos puntos masas de obreros privados de bienestar, ha contribuido poderosamente á dar un curso mas rencoroso á los sentimientos que les inspira la comparacion de su suerte con la de las clases que la tienen mejor; y por otro lado, han venido á alimentarlas de

esperanzas irrealizables las muchas publicaciones que les afirman que seria fácil fundar un nuevo régimen en el cual les cabria una parte mayor de los bienes de este mundo, y no tendrian ya que luchar contra las penalidades de la indigencia. De ahí el que no haya empresa revolucionaria á la que no estén dispuestas estas masas á prestar sus brazos; y si los poderes establecidos sucumbiesen en uno de los Estados adelantados de Europa, se las veria arrojarse á la palestra, resueltas á atacar y destruir á todo trance los cimientos en que descansa el órden social.

«Este es en el dia el obstáculo menos fácil de vencer para transformar las monarquías en repúblicas. Los poderes que saliesen de la colision incesante de los partidos serian harto movibles y débiles para precaver los males que engendra la anarquía. Á los disentimientos que alimenta la diferencia de los intereses locales vendrian á unirse luego los que suscita la divergencia de opiniones políticas, y aquellos otros, mucho mas formidables, que provoca la desigualdad de condiciones y fortunas; y bajo su accion complexa, bajaria mas y mas el grado de seguridad necesaria á la conservacion de la actividad industrial. Así, con la libertad del trabajo, disminuirian sus esfuerzos y sus obras; los peligros del momento, la falta de confianza en el porvenir suspenderian el empleo de los capitales disponibles; cerraríanse muchos talleres, que no podrian dar salida á sus productos; de dia en dia se iria reduciendo el número de brazos ocupados; y al fin, condenada la nacion á renunciar á los trabajos indispensables para sostener el bienestar adquirido, sufriria unas privaciones tan dolorosas, que se arrojaria en brazos de toda revolucion que le prometiese poner un término á tantos males.

«Todos estos asertos se fundan en la autoridad de la experiencia. Por tres veces, en Europa, desde mediados

del siglo XVII, han rechazado Estados importantes la forma monárquica, y cada vez les ha obligado la anarquía á acudir á ella nuevamente. Bastó en Inglaterra la aparicion de los niveladores en la escena política para permitirle á Cromwell apoderarse del gobierno, y para, despues de su muerte, decidir á la nacion á levantar otra vez el trono de los Estuardos. Asímismo, en Francia, la impotencia en que se vió el gobierno de reprimir los excesos de la demagogia trajo dos veces la caida del sistema republicano, y movió al pais á aceptar reacciones que le han dejado sin defensa contra los abusos del poder personal (1). Cuantas veces se renueve la prueba, otras tantas tendrá el mismo resultado.

«Se han visto repúblicas transformarse en monarquías, y subsistir como tales; pero no hay ejemplar de que una monarquía de cierta grandeza haya logrado transformarse y subsistir como república. Entre las que lo han probado, postradas las unas por disensiones de violencia creciente, acabaron por sucumbir bajo las armas del extranjero; y las otras han vuelto atrás al través de dictaduras mas ó menos largas y opresivas. Tal ha sido hasta ahora el curso constante de los sucesos, y tal seguirá siendo en el porvenir, respecto del cual permiten los datos de lo presente formar conjeturas, á menos que sobrevengan, en la situacion, en el temperamento, en las tendencias y en las aptitudes políticas de las naciones europeas, mudanzas que no anuncia ningun signo precursor, y que nos veda creer la enseñanza de lo pasado.»

Á los demócratas nos permitirémos decirles que, si bien la palabra *demos* es una palabra digna y bella en su verdadera acepcion, es, no obstante, muy ocasionada á de-

(1) Escribíase esto á principios del año 1870. El Sr. Passy fué, desgraciadamente para las ideas liberales, un profeta muy certero.

generar en otra palabra menos digna y menos bella, esto es, en *ochlos*, segun se ha visto en todas partes, así en la antigüedad como en nuestros tiempos; y que si bien la democracia mostró en Atenas, en la gran personalidad de Perícles, los bellísimos frutos que puede sacar á luz, así en letras como en artes, sin embargo, tras la muerte de aquel estadista y orador insigne, bastardeó luego en ochlocracia; la que probó tan bien á los Atenienses, que, imperando ella, sirvieron la cicuta á los hombres mas probos y mas sabios de la Grecia, entre otros, á Sócrates y á Focion, hasta que, dejándose rematar por sus sicofantes (1), acabaron para siempre con la libertad de Atenas.

Por lo visto, tambien les cabe á los demócratas algo de la idea fija de la que habla Emerson, y que tan embargados trae á sus hermanos los federalistas, con la diferencia, empero, de ser estos mas francos, y de tener al menos el valor de sus convicciones; por donde no es de extrañar que, prescindiendo tambien aquellos de toda consideracion de lugar y tiempo, traten de aplicar sus teorías absolutas á nuestro pobre pais, que no puede darse razon de la metafísica alemana en que se fundan.

Umbratiles philosophi llamaban los Romanos á esos

(1) *Sycophantes* indicaba al principio, segun se echa de ver por su composicion, al denunciador de la exportacion de higos, prohibida, ya antes de las guerras médicas, en el Atica. Mas tarde, creciendo entre los Atenienses el afan de litigar, se vino á indicar con esta palabra á los que, para arrancar dinero á álguien, le amenazaban con una demanda ó acusacion, ó la entablaban en efecto. Mas adelante, reinando la ochlocracia, se introdujeron en los juzgados, donde pudieron con toda impunidad ejercer sus rapiñas. De aquí el indicar esta palabra toda persona que, para realizar sus miras, ya personales, ya políticas, no repara en faltar á la verdad, calumniando á los demás. Para ver lo que era en aquel tiempo un sicofante, no hay mas que leer la viva pintura que de esta ralea nos ha legado Demóstenes en su *Aristógiton*. Pero, para ver lo que son en nuestros tiempos sus iguales, basta estudiar nuestra historia contemporánea.

hombres teóricos que, llevando á la práctica la regularidad de sus teorías, están muy expuestos á equivocarse, porque no calculan la fuerza resistente de las costumbres, y toman las palabras por cosas. De esta escuela eran los que, en tiempo de la primera revolucion francesa, declaraban *ex cathedra* que los hombres eran iguales, creyendo haber hecho lo bastante echando á los vientos esta verdad soberana, y no importándoles un comino que los iguales enviasen á sus iguales al cadalso. Pero nuestros hombres políticos no se conteptan ya con la igualdad ante la ley, cosa muy santa, sino que pregonan los derechos individuales ilimitados, los que, exagerados, nos llevan al frio egoismo, y este, por una reaccion inevitable, nos arrebata al socialismo; y hasta los declaran ilegislables, como si el hombre hubiese de vivir en las selvas, rodeado de fieras y de malhechores, al igual de los primeros colonos americanos, y de los que ahora mismo están explorando las ásperas regiones del lejano Ocaso del continente norte-americano. Yá está visto que siempre hemos de tropezar con la desdichada fábula del doctor Laboulaye.

Afortunadamente, ya empiezan á desvanecerse, y se irán desvaneciendo mas y mas con el tiempo, aquella fe en las teorías políticas y en su influencia; aquella credulidad en el poder de los sistemas, prescindiendo de las ideas y de las costumbres dominantes. Harto fatal ha sido hasta ahora para los pueblos modernos esa desdichada aplicacion de la metafísica á la política. ¡Cuánto mejor no fuera para nuestro pobre pais que nuestros hombres políticos se inspiraran en el gran naturalista Cuvier y en los publicistas Stuart Mill y Passy, antes que en ciertos ideólogos alemanes (1), que allá se pierden en honduras inson-

(1) No dudamos que nuestros demócratas habráu estudiado las obras siguientes, escritas casi todas en francés: De Tiberghien, profesor de filosofía de la Universidad libre de Bruselas.—*Esquisse de philosophie morale, Traité de psycologie ou Science de l' ame,*

dables; ya que es una falta gravísima en todo hombre de estado el remontarse á teorías especulativas demasiado elevadas, teorías vagas, que, á la manera del Júpiter *nephelegeretes* de Homero, amontonan nubes y mas nubes sobre todos los objetos, y no pueden tener aplicacion inmediata al gobierno regular de un pueblo!

Ignoran, por lo visto, nuestros ideólogos que la culta y sensata Alemania está ya desengañada, y muy desengañada, de esos homéricos amontonadores de nubes que no dan paso á ningun destello de sol, ni de Dios tampoco, que nos aliente y regocije. Ya se ve, como que estamos tan arrinconados en este *cul de sac* de Europa, cuando en esta tierra dura y soleada empezamos á pregonar ciertos principios como salvadores y nunca vistos ni conocidos, están en Alemania tan gastados y desacredi-

Système de logique, Essai sur la génération des connaissances humaines dans leurs rapports avec la morale, la politique et la religion, Introduction à la philosophie, et préparation à la métaphysique, y el discurso inaugural que leyó en aquella Universidad, *Critique du positivisme*, etc., etc.—De Laurent: *Etudes sur l' histoire de l' humanité*, de la que se han publicado ya algunos tomos. De esta última, por lo que ha dicho en nuestro parlamento el mas florido orador de la minoría federalista, se conoce que se ha aprovechado bastante, aunque nó tanto como pudiera, á no estorbárselo la agitada vida parlamentaria que no se aviene con el estudio. Tiberghien, discípulo de Cárlos Cristiano Krause, cuya filosofía ha completado y enriquecido, no es socialista, sino muy al contrario; pero quiere la reforma social bajo la base del derecho y de la moral en todo y para todos. Es además, y esto le hace para nosotros altamente recomendable, un escritor humano y lleno de purísimos sentimientos morales. No hablamos de Ahrens, predecesor que fué de Tiberghien, y profesor en el dia de la Universidad de Leipzig, porque ya es este bastante conocido en España. Sobre los Estados de la Union americana, siempre será la primera autoridad Alejo de Tocqueville, autor de la *Democracia en América*; así como su otra obra magistral: *El antiguo régimen y la revolucion*, que deberia saberse de memoria por todos los Europeos.

tados, que nadie se acuerda de ellos, como no sea para ridiculizarlos ó echarlo todo á broma (1).

Aunque no esperamos que nuestros ideólogos, á quienes no negamos un gran talento, se apeen de sus nebulosidades para sentar la planta en la triste vida práctica, nos permitirán, sin embargo, que les sometamos los si-

(1) Se ha hablado tanto, y no siempre con acierto, así en el parlamento como en la prensa, sobre el estado de Alemania, con motivo de la última guerra franco-prusiana, que esperamos que no se tomará á mal por los que lean este folleto que continuemos, sobre las dos grandes naciones que han estado en guerra, nuestra pobre opinion, hija de la lectura, de la observacion y del estudio.

En Francia ha reinado siempre, desde Luis XIV, y mas desde Napoleon I, la fuerza del Estado; el pueblo francés, acostumbrado á dejarse gobernar en todas las cosas, ha pedido y sigue pidiendo al Estado el remedio de cada uno de sus males; en una palabra, es un pupilo que no puede vivir sin tutela. Mas no sucede así en Alemania, donde no ha penetrado el despotismo, ni su consecuencia, la tutela, tan hondamente en el Estado ni en el espíritu del pueblo. ¡Y el pueblo francés pretende ser republicano! ¡y algunos españoles llevan aun mas allá sus aspiraciones, esto es, á la república federal! y unos y otros tratan de bárbaros á los Alemanes, sin comprender que la Alemania, creciendo, como ha crecido y crece, en callado, constante y simultáneo desarrollo moral, intelectual y material, se asemeja á una de aquellas selvas majestuosas cuyo pausado crecimiento no se ha echado de ver hasta que, en la última guerra, y con asombro de las razas latinas degeneradas, se ha mostrado en toda su fuerza y grandeza.

Muchas y muy complicadas son las causas que han traido á los Franceses y Alemanes á una situacion tan diversa. Las causas se han de buscar, para los Franceses, en su carácter frívolo y en los malos gobiernos que tuvieron antes de la revolucion; en los excesos de esta; en el sombrío despotismo personal del coloso Napoleon I, que á costa de millones de vidas salvó á la Francia de una disolucion inminente; en la desatentada reaccion de Cárlos X, que acarreó la revolucion de 1830; en la administracion materialista de Luis Felipe, que trajo la revolucion de 1848 y la república; en los excesos del pueblo de París, que motivaron el segundo imperio; en los actos horribles del 2 de Diciembre; en la venalidad que el segundo imperio empleó en grande escala para atraerse á hombres que no

guientes párrafos de Mr. Passy, uno de nuestros publicistas predilectos, y decimos nuestros, porque toda obra europea es nuestra, aunque se haya escrito en la China ó en los Estados Unidos. Tambien les recomendaríamos las obras del profundo filósofo americano Ralph Waldo Emerson, de quien, si se dignan pasar la vista por este

tenian mas norte que la sensualidad; en el fausto y ostentacion de la corte imperial, que tantalizaron á las turbas de París; en las malas costumbres de los gobernantes, que remataron la desmoralizacion del pueblo; en el escepticismo de la nacion; en la ignorancia general en que vivia el mismo gobierno de lo que estaba pasando en Alemania, en otros paises, y hasta en la misma Francia (*); en la vanagloria nacional, hija de aquella ignorancia; en su amor propio desmedido, que les mueve á menospreciar todo lo extranjero, amor propio de que no adolece ciertamente el pobre campesino francés, víctima inocente hasta ahora del orgullo de las clases mas elevadas, como son: los abogados, médicos, farmacéuticos y notarios; los oficiales del ejército, los empleados en la administracion, los profesores desde las universidades hasta las escuelas de primeras letras, que incesantemente imbuyen á los chicos y á los grandes la idea de que no hay en el mundo nada comparable á lo francés, así en valor como en saber é inteligencia; el clero alto y bajo, desde el prelado mas elevado hasta el mas humilde párroco de la mas humilde aldea de Francia; los hombres de estado (no viene al caso citar los nombres), etc., etc.: de donde resulta que los hombres que en Francia se llaman ilustrados son los verdade-

(*) Recordamos haber leido en el Times que:

Benedetti, embajador de Francia en Berlin, no entendia, ni jamás quiso entender una palabra de aleman; cuando mucho antes, Bismark, enviado por su gobierno de embajador á San Petersburgo, tomó al llegar á su puesto, un profesor de lengua rusa, y no paró hasta que llegó á dominar aquella lengua, que es una de las mas difíciles de las que se están hablando en Europa. Tambien leimos en dicho periódico que ningun general francés ni oficial de estado mayor sabia que existiesen en Francia Erckmann y Chatrian, naturales de la Alsacia, y por consiguiente franceses, y que juntos han escrito en francés novelas históricas y de costumbres de lo mas fino y delicado que se ha publicado en Francia en estos últimos tiempos; y los oficiales, y tambien algunos soldados alemanes, se quedaban atónitos al ver tanta ignorancia en personas revestidas de tanta autoridad.

folleto, encontrarán algo práctico, que vale la pena de leerse, en la cuenta que mas adelante damos de los Estados Unidos.

«Falta examinar,» dice Mr. Passy, «de qué modo obrará en la organizacion gubernamental el espíritu que derivarán las sociedades del régimen fundado en la igual-

ros causantes de las calamidades que se han desplomado sobre nuestros vecinos. Tambien ha contribuido á las desdichas de la Francia la grandísima preponderancia de Paris, que deberia volver á tomar el nombre de Lutecia, *ciudad del fango y del cieno*, sentina de todos los vicios, donde se cobija lo malo de la Francia y del extranjero.

Por lo que hace á la Alemania, podemos decir que Federico el Grande fué quien le abrió el camino de todas las reformas, así morales como intelectuales y materiales, cuyos frutos estamos tocando ahora. Efectivamente, en los escritos de Federico aparece desenvuelto el contrato social, nó en el aire, como mas tarde lo hizo Rousseau, sino con aplicacion filosófica y humana á lo histórico. De las ideas sobre la naturaleza y el derecho, solo habia comprendido Federico lo prácticamente provechoso, limitándose, fuera de esto, á añadir á la fábrica de su Estado la fuerza moral de estas ideas. Pero lo mismo que el Rey-filósofo, en la solitaria fragua del pensamiento, habia ido labrando despacio para darle vida y forma, esto mismo trató de alcanzar en monstruosa batalla una nacion latina toda en masa. Hay en el pueblo aleman un fondo de religiosidad íntima y de gravedad innata que le detiene siempre antes no se abalanza á arrasar lo existente; por donde se contenta con gozar en espíritu solamente de la parte mas pura de su ideal. Pero el francés, mas sensual y arrebatado, quiere ver desde luego realizado su ideal para gozar de él en cuerpo y alma; y allá se arroja al objeto de sus ansias, y lo agarra impaciente, y lo hace pedazos, sin temblar ante ningun medio, por mas cruel y bárbaro que este sea, como crea poderlo alcanzar sin mas espera. En esto, sobre todo, se muestra la diferencia del pueblo aleman y del francés: calma y moderacion por un lado, arrebato y pasion por el otro. Agréguese á esto que la nacion alemana se compone generalmente de verdaderas familias unidas por el cariño y la consuetud; que las buenas costumbres son la regla general en todas las clases, empezando por la familia real; y que se desconoce allí el lujo de los pueblos latinos. ¿Y se extrañará todavía que un pueblo dotado de tantas afirmaciones haya

dad de derechos. Hasta ahora no ha facilitado la experiencia todavía ningun dato decisivo sobre este punto. Un hecho hay, sin embargo, que no cabe poner en duda; y es que, en todos tiempos, ha habido para las sociedades necesidad de órden y de seguridad, que no pudieron menos de satisfacer, so pena de descomposicion y ruina,

vencido á otro pueblo que adolece, para su mal, de tantas negaciones?

La raza alemana es mas robusta en general que la francesa; no hay mas que ver desfilar sus ejércitos, y el mas miope se hará cargo de la diferencia. Las prendas dominantes en el pueblo aleman son lealtad y honradez, candor, sencillez y laboriosidad. Este pueblo es mas serio que el francés, menos hablador, y mas obediente; se paga del fondo, nó de la forma, como les sucede á los pueblos latinos, y en grado máximo al español, que está oyendo con placer los mayores dislates, como se les den buenas formas académicas, oratorias ó parlamentarias; es aplicado y estudioso como el que mas; de su perseverancia é inteligencia son buenos testigos las obras que sobre todas las ramas del saber se han publicado y publican en Alemania; y bien conocidos son los progresos que ha hecho en todas las ciencias y en las artes bellas desde la música hasta la poesía. En filosofía, se ha extraviado á veces con su afan de explicar lo inexplicable; pero este abuso no ha trascendido al pueblo propiamente tal, el que se mantiene generalmente apartado de tales discusiones que le distraerian de sus tareas.

En Prusia, además de la poblacion alemana castiza, se encuentran Curlandeses, Letos y Lituanios, Polacos, Casubos y Wendes, pueblos robustos y valientes, y de orígen diverso, pero todos mas ó menos germanizados.

Tal es el juicio que, sin pasion ni preocupacion de ningun género, puede formarse de la Francia y de la Alemania, paises ambos á quienes tanto debe la civilizacion del mundo. Mas no se infiera de lo que llevamos dicho que estemos prevenidos contra los Franceses; muy al contrario; siempre los hemos querido como á buenos vecinos, á quienes debemos todos los Españoles una buena parte de lo que sabemos.

Consignamos pues con mucho gusto que la humanidad debe muchísimo á la nacion francesa, á esa nacion, tan ingeniosa y tan felizmente dotada. La influencia italiana, y en parte tambien la española, dieron á la civilizacion francesa un impulso tan decidido, que la

habiendo bastado casi siempre el imperio de esta necesidad para determinar la medida de soberanía, cuyo ejercicio han reclamado y conservado.

«De aquí es que el punto que está aun por ilustrar es el saber si le será dado al sistema democrático arrebatar á los fermentos de perturbacion y discordia, contra los

Francia vino á ejercer mucho antes que los otros pueblos de Europa una influencia, fecunda en general, aunque en parte desdichada. No hay europeo que niegue á Descartes, á Pascal, á Voltaire, á Rousseau, á Lafontaine, á Buffon, á Montesquieu, etc., etc., el legítimo tributo de admiracion que se les debe. En el dominio de las ciencias naturales, se anticipó la Francia en medio siglo á lo restante de Europa. En cuanto á los poetas franceses del siglo de Luis XIV, no los colocamos, como los colocan los Franceses, en primer lugar despues de los antiguos, porque se nos ponen delante Shakespeare, Calderon y otros poetas españoles é italianos; pero confesamos con mucho gusto que, gracias á la luminosa claridad de su espíritu y al esquisito sentimiento de correccion y de forma, que es en Francia el orígen de mil amables prendas y de algunos defectos, han dado los Franceses á su prosa un desarrollo portentoso; que son nuestros maestros en muchos géneros literarios, siendo muy contados los que, entre nosotros y en las otras naciones europeas, puedan rivalizar con aquellos modelos incomparables. No hay europeo medianamente educado que no hable la lengua francesa; nadie aventaja á los Franceses, y poquísimos les igualan en la aplicacion del arte á la industria; sus modas ejercen en todo el mundo civilizado un imperio, del que con razon pueden envanecerse; tenemos la mas alta idea de su valor; y si de sus costumbres no se forma en general una opinion tan lisonjera, culpa es de sus novelistas, ya que, de darles crédito, murió el pudor en Francia, no quedando en pié mas que el valor físico, el cual, segun los mismos escritores, ocuparia el lugar del honor; pero esto no podemos creerlo, y sabemos además que, á trueque de interesar á cierto público lector, han faltado aquellos á la verdad.

Reconocemos además que hasta ahora ha sido la Francia un medio para propagar las letras, las ciencias, las artes y los conocimientos industriales; que á la revolucion francesa de 1789 se debe la propagacion de las ideas liberales por toda Europa, si bien desgraciadamente ha dado en algunos casos un malísimo ejemplo de su aplicacion, causando con esto reacciones lamentables. A la Fran-

cuales tienen que luchar los diversos Estados, el poder disolvente que hasta aquí han poseido. Si así se verificase, se desvaneceria toda duda, ya que las sociedades, en no teniendo que temer la invasion de la anarquía, podrian proceder en paz á su propio gobierno; y la forma monárquica desapareceria, como han desaparecido todas las formas sociales y políticas condenadas como inútiles por el tiempo.

«Pero basta, para reconocer el ningun fundamento de estas conclusiones, recordar de qué naturaleza son las causas de desunion cuya perniciosa actividad tienen que contener los poderes públicos. Entre estas causas, las hay de órden geográfico y material; y estas causas, no menos que los progresos de la civilizacion; no pueden

cia debe tambien la Europa una multitud de hombres célebres en todos los ramos del saber, y que por haber escrito en su lengua nacional, tan clara, tan precisa, tan natural y tan elegante, han venido á ser propiedad de todo el mundo civilizado. No hay pues europeo culto que no tenga que agradecer muchísimo á la Francia; pues si bien ha abortado algunas plantas venenosas, ha dado á luz por otro lado otras muchas tan bellas como saludables.

Además, el carácter expansivo de los Franceses los hace querer de todos los Europeos, los cuales, al pisar el suelo francés para volver á su pais, se hacen la ilusion de estar en su segunda patria; y los que, por causas ajenas de su voluntad, no pueden residir en su pais, en ninguna parte están tan bien hallados como en Francia. Todo esto prueba claramente que la Francia es un pais simpático para todos los que en ella no han nacido. Mas dirémos: para la paz del mundo y el progreso gradual y ordenado de las ideas liberales, de las letras, de las ciencias, de las artes y del comercio, es de toda necesidad que subsista la Francia en el centro de Europa, pero grande y fuerte, y amable con los extranjeros, como siempre lo ha sido, pero sin mezcla de altanería, ni de preponderancia, ni de necios arranques de conquistas á costa de sus vecinos. Así deseamos que sea la Francia en adelante para su propio bien y el del mundo entero, adoptando al efecto las medidas mas conducentes, para que ya no se pueda decir de los Franceses con ciertos visos de razon: *Les Français sont de grands enfants, par fois d' héróiques enfants; mais toujours des enfants.*

suprimirlas los arreglos interiores, ni siquiera atenuar su poder. Bajo todo régimen posible, la extension y composicion de los Estados conservarán la influencia que les es propia, y contribuirán á determinar la fuerza y el número de los disentimientos que subsistirán entre las diferentes partes de las poblaciones reunidas bajo una misma autoridad.

«En una palabra, la equidad de las leyes civiles y políticas no puede cerrar mas que una fuente de divisiones y conflictos: tal es la que en otros tiempos tenian abierta los privilegios de castas y de clases. Esta cesará ya de derramar animosidades cuyo motivo dejará de existir; pero subsistirá otra, vieja como la humanidad, y cuya fecundidad ha crecido considerablemente en nuestros tiempos: tal es la sostenida por la natural diferencia de condiciones y fortunas.

«Hasta aquí no ha existido en el mundo ninguna clase social que no haya procurado lastimar el derecho comun, aumentando su parte de poder y de bienestar á costa de lo restante de la comunidad; ya que á cada una de estas clases solo la mueve con energía un interés, que es el que ella cree serle particular: ese interés es el único que cada clase percibe distintamente, el único que le parece tener una importancia real; y de ahí el que de buena fe le señale el primer lugar, reclamando para él un predominio mas ó menos exclusivo.

«Examinemos la procedencia de las infinitas injusticias sancionadas por lo pasado en la propiedad, en el impuesto, en las clases, en las dignidades, en las funciones públicas, y hasta en los oficios y el comercio, y verémos que el orígen principal de tantas faltas de equidad está en las inmunidades y privilegios que sucesivamente se han hecho otorgar todas las clases con las cuales los gobiernos han tenido que tratar. Nobleza, clero, toga, milicia, fabricacion, comercio, artes y oficios: todos se

han dejado fascinar por los intereses que les eran particulares, y todos han solicitado, y hartas veces han obtenido concesiones que no les eran debidas.

«¿Y se extrañará ahora que esa preocupacion exclusiva de intereses particulares, que tanto imperio ha ejercido hasta aquí en el ánimo de cada una de las clases sociales, haya venido á mostrarse en una de aquellas clases cuyos medios de existencia consisten principalmente en salarios cotidianos, y que esta se muestre por lo mismo ardiente y fecunda en errores y en pasiones revolucionarias?

«Hay para esas clases una causa permanente de padecimientos y de irritacion: tal es la comparacion que hacen de su suerte con las otras fracciones de la comunidad. Mientras que un trabajo penoso y continuo las deja expuestas á numerosas privaciones, están viendo estas clases á otras, mas favorecidas por la fortuna, entregadas al ocio, y viviendo en la opulencia. Este contraste las ofende; y por lo mismo que no aciertan á discernir sus causas verdaderas, acaban por considerarlo como obra de leyes que sacrificaron sus intereses á los de los hombres que las hicieron. Tal es el pensamiento que en todos tiempos ha surgido y circulado en sus filas, y que ha derramado mas ó menos anchamente el odio á los ricos, y el anhelo de mudanzas y conmociones políticas.

«Hoy dia, este pensamiento está obrando con desusada energía en las poblaciones obreras; y hasta en los países donde hay completa libertad civil y política, ha venido á adquirir mas vida y poder que en épocas anteriores; y es porque ha encontrado el apoyo de una multitud de ideas sistemáticas que á golpes redoblados han venido á acusar de iniquidad al órden social existente, y á pedir su transformacion mas ó menos radical. Si bien no están de acuerdo unas con otras, hay un punto fundamental que todas ellas admiten sin variacion; y

es que el Estado debe intervenir en el reparto de las riquezas, y que bastaria que así lo quisiese, para que llegasen aquellas en mayor cantidad á las personas que tienen que luchar contra la indigencia (1). No se necesitaba tanto para confirmar á las poblaciones mal halladas con su suerte en la opinion de que no se les hace justicia, y que tienen derecho á reclamar arreglos sociales, combinados de modo que les faciliten una parte mas amplia en los bienes de este mundo.

(1) Tal es, en efecto, el pensamiento dominante en el fondo de todas las obras del socialismo; pensamiento que, por lo que se refiere al derecho del Estado, no es nuevo ciertamente; ya que desde los tiempos mas remotos se ha puesto en práctica desgraciadamente en beneficio de las fracciones del cuerpo social á quienes habia cabido el predominio. Así fué como en las épocas aristocráticas, presidió este pensamiento á las combinaciones por cuyo medio se reservó la minoría tierras, bienes y ventajas, cuya adquisicion y goce vedaba á lo restante de la comunidad. Y lo mas notable es que, á pesar de su injusticia, los privilegios de castas y de clases han encontrado apologistas sinceros; y no hace mucho que, en Francia, algunos escritores los declararon de necesidad pública, afirmando que su caida arrastraria infaliblemente consigo la ruina de la agricultura y el empobrecimiento general. En el dia, al socialismo aristocrático ha sucedido otro, el socialismo democrático, el cual reclama á su vez la violacion de las leyes naturales y del derecho comun en interés de las clases obreras. No hay nada en esto, sin embargo, que deba extrañarnos; pues las clases obreras han aumentado en número y en fuerza, por donde han adquirido una verdadera importancia; y ciertamente que no hay situacion que, mas que la de ellas, provoque las simpatías de los amigos de la humanidad. Además de esto, su favor no es de desdeñar, y es muy natural que motivos diversos hayan movido á muchos hombres á formular planes de organizacion que se armonicen con el deseo, que sintieron todas las clases sociales, llegadas antes que las de los obreros á cierto grado de poder, de obtener leyes que las favorezcan á costa de la comunidad. De aqui han nacido tantos proyectos de reforma, tantos sistemas, tantas teorías que han venido á prometerles cambios irrealizables, y á mecerlas en vanas y quiméricas esperanzas. ¡Pero ah! aun entre los proyectos cuyos autores fueron impulsados

«De este modo han obrado en el espíritu de una parte de las masas obreras las doctrinas que han aceptado la denominacion colectiva de *socialismo*. Por muy impracticables, vanas y quiméricas que sean, no han dejado esas doctrinas de producir su efecto, habiéndolas tomado muy por lo serio muchos hombres á quienes se ha afirmado que seria cosa llana aumentar inmediatamente la parte que les corresponde en la distribucion de riquezas; y de aquí el haberse arraigado entre ellos la conviccion de que leyes injustas les están privando de las ventajas que tienen derecho de reclamar y obtener; por donde no es de extrañar que sean sus disposiciones tan manifiestamente hostiles al órden establecido.

«Llegará un tiempo, así es de esperar, en que mas ilustradas todas las partes de la poblacion, reconocerán que para cada una de ellas, así como para la comunidad entera, no hay otra fuente de prosperidad, ni otro medio de acrecer el bienestar que el libre vuelo de las actividades personales, y el respeto al derecho de cada cual de trabajar, acumular, adquirir y aumentar la suma de bienes de que disponga. Pero este tiempo no ha llegado

por los sentimientos mas laudables, no hay uno siquiera que, si se tratase de realizar, no diese inmediatamente resultados enteramente opuestos á los que se anuncian. Y la razon está en que, segun con mucho talento se ha expresado un escritor ilustre, Federico Bastiat, si le es posible al menor número despojar al número mayor, no lo es al mayor número despojar al número menor. El reducir la parte del capital, el limitar la tasa de las fortunas y de las herencias equivaldria á detener el aumento del fondo que retribuye la mano de obra, valdria tanto como arrebatar á la actividad individual las remuneraciones que estimulan sus esfuerzos, atajar el vuelo de los inventos, é imponer á los mas pobres un aumento ilimitado de miserias y padecimientos, imposibilitando los progresos que solo pueden llevarse á cabo merced al perfeccionamiento de los procedimientos del trabajo.

todavía (1). Masas numerosas siguen en su tema de suponer que ciertas leyes coercitivas podrian y deberian traer mayor igualdad en las condiciones y en las fortunas; y reclaman arreglos sociales, cuyo menor ensayo traeria sobre ellas mismas miserias intolerables. Así es que, mientras subsista esta disposicion en los ánimos de las masas, no puede menos de subsistir entre ellas y las clases á quienes están amenazando, un antagonismo, cuyos efectos no pueden menos de hacerse sentir en las combinaciones de órden gubernamental. De aquí la falta de concordia social y política, única que pudiera transformar desde luego las monarquías en repúblicas vividoras.»

Pasando ahora á los *free-thinkers*, como llamaban los Ingleses del tiempo de la reina Ana, á los pocos individuos que blasonaban de ateos, y que vinieron á ser la espuma de la restauracion de Cárlos II y de las fanáticas persecuciones de Jacobo II, dirémos que si la opinion sustentada por nuestros *pensadores libres* fuese obra exclusivamente de la especulacion, no nos pararíamos en ella; pero por lo mismo que es obra de un facultativo y de personas que gozan de reputacion cientí-

(1) Si consideramos los hechos tales como en el dia se presentan, parece que dan lugar á creer que tarde ó temprano estallarán en Europa luchas sociales, y que las que han principiado bajo la forma de huelgas y coaliciones acabarán por tomar un carácter mas violento y decidido. De todos modos, el resultado de las luchas no es dudoso: miserias sin cuento van á salir infaliblemente de la suspension de una multitud de trabajos, de la inaccion y de la emigracion de los capitales; y estas miserias obligarán finalmente á deponer las armas á las mismas clases que hayan empeñado el combate. Las leyes que rigen á la produccion y distribucion de riquezas no se dejan quebrantar impunemente; y cuanto mas adelantadas están las sociedades, mas presto llega el castigo de las infracciones que, respecto de las mismas leyes, se hayan cometido.

fica y literaria, hemos creido conveniente decir algunas palabras sobre ella. Si borramos del mundo la idea de Dios, será el hombre huérfano al nacer, y proscrito en su destino; el saber será su castigo, y nó su galardon; todos sus progresos intelectuales habrán de perecer con él en el polvo, y el breve plazo de su ser habrá de moverse en medio del naufragio de vanos deseos, de esperanzas burladas, y de afectos que chorrearán sangre; en cuyo caso, en realidad, no menos que en sentido metafórico, será la vida un sueño.

Pero nó, no es la vida un sueño; pues si bien la fantasía nos engaña á menudo con vanas imágenes, es la vida, sin embargo, una verdad, y tiene un significado muy serio. Las imágenes de los sueños son todas ilusion y engaño, y se desvanecen por sí mismas en nada. Empero, los sucesos de la vida y los sentimientos que aquellos despiertan son una verdad de alto significado, y se nos ponen delante con todo el peso y duracion de la realidad. El sueño no es mas que una imágen juguetona de la vida; pero la misma vida es la verdad, de la que sale la imágen, es la esencia de nuestro ser que para altos fines nos dió el Criador, y cuyo término se enlaza con la eternidad. ¡Ojalá nos fuese dado conceder al desdichado que la pesadumbre que le oprime el corazon, y el dolor que le amarga la vida no son mas que una ilusion! ¿Cuánto no darian los malos para que sus locuras ó sus crímenes, y la desdicha que se han causado á sí propios y á los demás no fuesen mas que un sueño! Y sin embargo, lo que sienten, lo que hacen y ejecutan es la pura verdad; y hasta las ilusiones que en sueños nos divierten ó atormentan equivalen á la verdad mientras dura el sueño.

Por mucho que lo pasado se borre de nuestra memoria; por mas que los placeres que hemos disfrutado y las penas que hemos pasado se hundan en los abismos

del olvido, para una cosa sola nos es fiel la memoria, y esta cosa es lo malo ó lo bueno que hemos hecho, la culpa en que hemos incurrido, ó el mérito que hemos contraido. ¡Cuántos desearian poder borrar de su memoria lo que han hecho ó lo que han dejado de hacer en vida! Pero vano es tal deseo; pues aunque el recuerdo haya estado durmiendo por muchos años, preséntase al fin, y en mala hora, en el silencio de la noche generalmente, y pinta las imágenes de nuestra vida moral con colores frescos y subidos. Esto es la conciencia quien lo hace, la conciencia, ángel tutelar del hombre, que sin cesar le indica el buen camino, pero que, en medio del bullicio de la vida, no suele ser escuchada. Mas cuando empezamos á apagarnos para la vida; cuando de ella se despiden nuestros anhelos y esperanzas, volviendo la vista al lóbrego porvenir de la eternidad, entonces se sienta á nuestro lado el espíritu divino, y nos pone delante el espejo de nuestra vida, presentándonos las imágenes, antes medio apagadas, de nuestra vida moral, para nuestro consuelo ó nuestro espanto.

Y lo que pasa en el individuo pasa indefectiblemente tambien en las naciones. Por mas que para nosotros sea impenetrable la sabiduría con que Dios gobierna al mundo, nó por esto es menos visible que la laboriosidad y la cordura, la moderacion, la caridad y las demás virtudes, esto es, cuanto está en manos de los pueblos, ejerce una influencia decidida en la marcha de su historia. ¿Y cómo podria ser de otro modo? ¿No ha de valer para las naciones lo que vale para los individuos? ¿No consisten los pensamientos y conatos de una nacion entera en la suma de los pensamientos y conatos de todos los individuos? ¿No se echará de ver tambien aquí la misma ley de enlace moral (hija precisamente de un Sér sumo é inteligente, y nó de la casualidad) entre la sabiduría y la virtud y la prospe-

ridad, por un lado, y la locura y la maldad y la desdicha por otro lado?

No nos detendrémos mas sobre esta materia, pues no ignoran los mas caracterizados de los *free-thinkers* que se ha escrito muchísimo sobre el sueño. Así es que nos limitarémos á invitarles á que se sirvan recapacitar sobre las tres tésis siguientes relativas al mismo fenómeno.

1.° La vida no es un sueño; pues si bien sus imágenes, al igual de las del sueño, desaparecen fácilmente de la memoria, no hay tiempo que baste á borrar las imágenes morales de nuestra vida.

2.° La vida no es un sueño; pues aunque su dicha ó su desdicha pasan velozmente como un sueño, quedan y permanecen, no obstante, los efectos de nuestra conducta que llevan su fruto en este mundo y en el otro.

3.° La vida no es un sueño; pues aun cuando la historia de los hombres y de las naciones vaya cambiando en abigarrada confusion como las imágenes del sueño, no puede menos de reconocerse en ella órden y conexion, y por consiguiente, una Providencia Divina.

Pasando ahora á otro órden de ideas, dirémos á los mismos señores que, negando, como niegan, la existencia de Dios, la moralidad será una ciencia puramente racional; será la rígida aritmética de la vida, y sus conclusiones serán lo que, en el comercio, se llama hoja de balance; y el dolor y el placer serán los elementos opuestos del cálculo. Esta teoría, que generaliza *todos* nuestros dolores y placeres, no concede nada peculiar ó específico á nuestro sentimiento moral; pues es obvio que si el vicio y la virtud no tienen *à priori* distinciones especiales; si el uno no difiere del otro, sino por ser agencias que promueven nuestro bienestar ó malestar, bien así como buenos instrumentos difieren de malos instrumentos relativamente á un trabajo de arte, debe-

rán tambien ser análogos los sentimientos con que se empleen. Siguiendo este principio, se burlarán los pensadores libres de la idea de que se derive ninguna satisfaccion de la *virtud*, como no sea por sus resultados. Entre estos resultados, debe de ser nulo el de la aprobacion interna, ó sea el testimonio de una buena conciencia; de modo que el *mens conscia recti* no será un motivo de satisfaccion.

El que cree en una vida futura, y que aquella vida será esencialmente modificada por nuestra conducta presente, de modo que causas morales de *acá* tendrán sus consecuencias *allá*, y que nuestra conducta *aquí*, no solo hácia el Sér Supremo, sino tambien hácia nuestros semejantes, nos legará *allí* dicha ó desdicha, no pueden creer que sea la ética una ciencia cuyos hechos consistan en un mero catálogo, tal como acierte á formarlo cada cual para sí, de sus dolores y placeres. El lema de los *free-thinkers* es *fiat observatio;* pero ¿acaso puede extenderse la observacion hasta *allá*? ¿Qué testigo humano ha desandado sus pasos por las puertas del *Hades* para decirnos lo que hay *allá*, y revelarnos los eslabones morales entre este mundo y el otro?

Quizás se objete por los mismos, que aquí estamos confundiendo la moralidad con la religion. Pero á esto contestamos que no sabemos cómo pueden separarse estas dos cosas; pues toda accion que envuelva la responsabilidad de su agente el *Sér Supremo* viene á quedar sujeta á las leyes de una economía religiosa.

«La moral», dice el profesor suizo Samuel Chappuis en su Teología, «no es independiente de la religion, sino que le está subordinada, ya que no puede prescindir de la idea de Dios. Las ideas religiosas influyen siempre en las ideas morales; el hombre recibe la ley de su Dios. La moral supone el deber, esto es, supone á Dios; obedecer á la conciencia es obedecer á Dios; sin Dios, no

hay conciencia, no hay deber, no hay moral..... Existe una unidad esencial entre la religion y la moral. El sentimiento religioso puro encierra el sentimiento moral, ya que se refiere á Dios Santo; y el sentimiento moral no es puro, sino en cuanto tiene por base y raíz el sentimiento religioso. Si suponemos la moral separada de Dios, ¿á dónde irá á buscar sus ideas fundamentales, por ejemplo, las de responsabilidad? ¿Dónde estará la sancion del deber, de la ley? ¿Cuál será el objeto de la vida, como no sea la gloria de Dios? Es pues innegable que destruye la moral quien la separa de Dios. Esta íntima union de la religion y de la moral la reclama imperiosamente el cristianismo, ya que aspira á realizar el reino de Dios en la vida del hombre. La redencion, por sí y en su apropiacion, viene á ser el centro comun de la dogmática y de la moral cristiana..... El cristianismo reune el elemento religioso y el elemento moral; la fe se da la mano con la moral y con el dogma, es la raíz comun de una y otro y su punto de union... »

Al tratar el mismo teólogo del estrecho principio, que, si bien no prohibe en absoluto las bellas artes y las ciencias como inútiles ó peligrosas, las coloca al menos en la categoría de las cosas superfluas, se expresa en estos términos: « Púsose en duda la moralidad del arte en los primeros siglos del cristianismo y en la época de la reforma. En nuestro tiempo, en que es el arte un objeto casi de idolatría, la oposicion que se le hace procede de hombres piadosos, de una parte, y de hombres prácticos de otra parte. Los primeros ven en el arte el culto de los sentidos; y es verdad que el arte está en relacion con la sensibilidad, á la que tiende á ennoblecer; pero seria un error referirlo á los sentidos solamente, pues lo bello forma un intermedio de lo sensible y de lo moral, y el arte impone á la naturaleza un ideal

del que esta es portadora. Los hombres prácticos no dan al arte mas valor que el de una distraccion agradable. Pero si de todos modos se insiste en arrinconar el arte, habrémos de venir á parar á que lo único serio es lo que tiende directamente á satisfacer nuestras necesidades físicas. Tres son los géneros de actividad: por el primero recibimos la naturaleza, y le damos un lugar en la vida interior, la ciencia; por el segundo elaboramos la naturaleza, convirtiéndola en instrumento de nuestra actividad, la industria; por el tercero, que llamamos arte, tratamos de expresar en lo exterior los ideales de nuestro espíritu. Pero, al paso que revela nuestro espíritu, esta actividad revela tambien el de Dios, cuya imágen está grabada en nosotros. Las necesidades estéticas son universales, y no vemos en qué seria este género de actividad inferior á los demás...»

El arte tiene pues su legítimo lugar en el campo de la vida cristiana, y concurre á la revelacion de Dios. Lo propio sucede con la ciencia; sobre lo cual dice el mismo lo siguiente:

«La ciencia ha sido tenida no pocas veces por hombres religiosos como contraria á la piedad, como compañera del orgullo y de la propia confianza, y como hija de una curiosidad indiscreta. Algunos hombres prácticos la rechazan como inútil. Pero es de advertir que hemos de juzgar de la ciencia como de todas las cosas, nó por los caractéres que no le son propios, y que solo accidentalmente la acompañan, sino por los caractéres que le son esenciales. La ciencia no es pues necesariamente contraria á la piedad; la ciencia puéde unirse á la piedad, y considerándola como un hecho, puede proponerse su estudio, y tratar de relacionarla con los demás conocimientos. Muy lejos de ser contraria á la piedad, le es útil la ciencia, levantándola é ilustrándola, dándola á conocer mejor en su esencia, enseñando á

distinguir lo esencial de lo accesorio, y defendiéndola contra la supersticion y la incredulidad. Tampoco es la ciencia necesariamente orgullosa; no es ella quien infunde el orgullo; nosotros somos quienes en ella lo introducimos, como lo introducimos en todo, hasta en nuestra ignorancia. La ciencia tiende además á mostrarnos los límites de nuestro espíritu; no nos desvia mas de lo alto que otra cualquiera actividad que no se refiera directamente á lo mismo, y puede referirse tambien á la gloria de Dios. Sin duda que hay que guardarse de los lazos de la ciencia; pero si de ella se hace un uso legítimo, es útil á la piedad, no menos que á la vida práctica. ¡ Cuánto no le está debiendo la industria! La ciencia nos pone en estado de dominar á la naturaleza; pero la ciencia tiene su valor propio, aun prescindiendo de su utilidad, ya que el objeto de la moralidad es el triunfo de la razon como reflejo de la razon divina, y la ciencia manifiesta de un modo asombroso este poder de la razon.»

Lean los *free-thinkers* el discurso que, pocos dias antes de morir, pronunció en el colegio de Francia Jorge Cuvier (á quien no pueden menos de conocer y respetar, los médicos sobre todo, por su talento, su saber y su virtud), el 8 de mayo de 1832, al abrir el curso que con general aplauso habia dado ya los tres años anteriores sobre la historia de las Ciencias naturales. Pocas veces se habia remontado Cuvier á tan grande altura; pero lo que mas impresionó á sus oyentes fueron las últimas frases que pronunció al expresar su intencion de dar una reseña del actual estado del estudio de la Creacion, estudio sublime, que, al paso que ilumina y robustece el entendimiento humano, debe guardarlo del engañoso hábito de considerar las cosas separadas de su relacion entre sí, de torcerlas y falsearlas á trueque de someterlas á las leyes de un sistema; y que no puede

menos de llevar el pensamiento, para no desviarlo jamás, á aquella Inteligencia suprema que todo lo gobierna, ilumina y vivifica, que revela todas las cosas, y á quien todas las cosas revelan.

Véase lo que sobre la existencia de Dios dijo el gran filósofo escocés Dugald-Stewart en su obra intitulada *Elementos de la filosofía del espíritu humano*:

«El mas grande de los filósofos modernos, Bacon, declara «que mas bien quisiera creer todas las fábulas de «la leyenda del Talmud y del Alcoran, que pensar que «este órden entero del Universo existe sin Inteligencia.» Este sentimiento es el que, en todos tiempos y en todos los lugares, ha llevado á los hombres sencillos á conservar dócilmente la fe que se les inculcó en la infancia. La prueba que de este hecho resulta á favor de la existencia de Dios es mucho mas patente, que si este principio, que es, entre todos, el mas importante, no se hubiese visto nunca alterado por el error y la supersticion. ¿En qué otra parte encontrarémos, en todo el círculo de las ciencias, otra verdad tan esencial al hombre, que de suyo penetre todos los corazones, y con una autoridad tan grande, que hace adoptar todas las opiniones, verdaderas ó falsas, á las que se halla asociada? Buscad otra que, como esta, imponga obediencia y respeto, en términos de dar un carácter sublime al mas fútil pensamiento que nos la recuerda; que da á la expresion mas sencilla un aire de elevacion y de solemnidad; que donde quiera que se presenta á nuestro entendimiento, viene á consagrar cuantos objetos nos rodean, y hasta la tierra que pisamos. Es indigno de un filósofo tratar de disminuir la autoridad de estas impresiones con la enumeracion de las variadas é innumerables formas de que puedan revestirlas asociaciones accidentales y extravagantes. Cabe que este cuadro sea para el vulgo un espectáculo imprevisto, divertido, propio para excitar, como otros muchos, la sorpresa y la

curiosidad; pero bajo estos movibles disfraces, debe descubrir el filósofo la obra y la marcha de la naturaleza, y ver en las supersticiones de Egipto, no menos que en las sublimes visiones de Platon, la existencia de aquellos sagrados vínculos que unen al hombre al Autor de su ser.»

El escritor Vinet, en sus Bosquejos filosóficos (*Outlines of philosophy*), hablando de los escépticos, dice lo siguiente: «El escepticismo, que, á primera vista, parece una enfermedad del entendimiento, es realmente una enfermedad del corazon; y nace de la corrupcion del estado político ó de la degradacion del espíritu filosófico. Toda nacion cuya mayoría se ve invadida de la enfermedad del escepticismo siente rezumársele la vida; y si no sobreviene una crísis que la coloque en otra condicion, está amenazada de disolucion inmediata.»

Afortunadamente, la gran mayoría de la nacion española no se halla en este caso, aunque no es sincera y prácticamente cristiana toda ella, pues otra seria su conducta en medio de las tremendas dificultades que la traen agitada y perpleja. Los ricos y poderosos trabajarian entonces seriamente y con perseverancia en aliviar á las clases menesterosas. Su trato con ellas seria activo, afectuoso, moral y físicamente benéfico, y los varios padecimientos y peligros á que está sujeta la humanidad provocarian asociaciones correspondientes, y obras de caridad ó amor. Lo malo está en que, sin ser ateos, no siempre obran los mas como cristianos sinceros.

Cuéntase que un individuo que hace gala de ateismo, en una ocasion en que, perseguido por la gente armada que él mandaba, tuvo que echar á correr para salvarse de una muerte inminente, al traspasar la frontera francesa, prorumpió en estas palabras: «¡Gracias á Dios que estoy en Francia!» Es muy posible que esto sea un cuento; pero el pueblo, guiado por el sentimiento innato en el hombre,

se atuvo al dicho italiano: *Se non è vero, è ben trovato;* ya que no cabe cosa mas natural y legítima que el invocar el gran nombre de Dios en los duros trances de la vida. Ya en 1639, dijo un escritor aleman, Sebastian Frank, que «Dios es un suspiro inefable que sale de lo íntimo del alma.»

Por desgracia, no es el ateismo un achaque político solamente, sino casi todo él social, y este es su carácter mas desconsolador. Muéstranse aquí los lamentables efectos de una reaccion, inevitable al parecer, como si la humanidad obedeciese á una ley fatal que la precipita de un extremo á otro. El caso no es nuevo, sin embargo, ya que no hay nada nuevo debajo del sol. Y en efecto, la historia nos muestra (véase á Leonardo Aretino) que á principios del siglo xv, mientras no pasaba mes que no viese perecer en las hogueras inquisitoriales á brujos, astrólogos ó herejes, en medio de aquellos infames abusos de la supersticion, osaba ya el ateismo mostrar su burlona faz; Pedro de Ascoli negaba la existencia de los séres inmateriales, y Guido Cavalcanti publicaba sus meditaciones contra la existencia de Dios. Fué aquello un cáos de fanatismo, de iniquidad, de audacia, de credulidad, de barbarie, de disolucion, de medias luces, de incertidumbres, de escepticismo y dogmatismo: torbellino confuso y tempestuoso, aborto de un pensamiento religioso cruelmente profanado. Lo propio sucedió en Inglaterra, aunque en menor escala, despues de Cromwell y la restauracion, en cuya época surgieron los *free-thinkers* al lado de los puritanos y otras sectas; y en Francia, con el vergonzoso reinado de Luis XV; y en la misma Francia, á últimos del siglo pasado y en lo que llevamos corrido del presente; y mucho nos tememos que en España está sucediendo lo propio; lo que involuntariamente nos trae á la memoria el dicho de Voltaire: *Mucho me temo que nuestro pequeño globo terráqueo*

sea el manicomio del Universo (1); á lo que pudiéramos añadir: *Y que sea la España el departamento de los incurables*.

Ya que acabamos de citar á Voltaire, escritor que, por el carácter anti-religioso de sus obras, no puede menos de merecer las simpatías de los que en nuestro pais se llaman ateos, vamos á continuar un pasaje del mismo, y lo copiamos al pié de la letra, en francés, por no desvirtuarlo con la version. Dice así:

«Otez aux hommes l'opinion d'un Dieu rémunérateur et vengeur; Sylla et Marius se baignent alors avec délices dans le sang de leurs concitoyens; Auguste, Antoine et Lépide surpassent les fureurs de Sylla; Néron ordonne de sang-froid le meurtre de sa mère: il est certain que la doctrine d'un Dieu vengeur était alors éteinte chez les Romains. L'athée, fourbe, ingrat, calomniateur, brigand, sanguinaire, raisonne et agit conséquemment, s'il est sûr de l'impunité de la part des hommes; car s'il n'y a pas de Dieu, ce monstre est son Dieu à lui-même; il s'immole tout ce qu'il désire, ou tout ce qui lui fait obstacle; les prières les plus tendres, les meilleurs raisonnements ne peuvent pas plus sur lui que sur un loup affamé. Une société particulière d'athées qui ne se disputent rien, et qui perdent doucement leurs jours dans les amusements de la volupté, peut durer quelque temps sans trouble; mais si le monde était gouverné par des athées, il vaudrait autant être sous le joug immédiat de ces êtres informes qu'on nous peint acharnés contre leurs victimes.»

Duro, durísimo estuvo Voltaire con los ateos de su tiempo, cual si, en su claro talento, estuviese presintiendo los horrores que, siglo y medio mas tarde, habian de provocar por medio de la *Commune* de París. Creemos

(1) J'ai bien peur que notre petit globe terraqué ne soit les Petites-Maisons de l'Univers. (*Memnon, ou la Sagesse humaine*).

que por los aficionados á la lengua del Lacio se leerá con interés la traduccion latina de dicho pasaje, la que por una feliz casualidad ha llegado á nuestras manos, y continuamos al pié (1).

Nosotros no creemos, no podemos ni queremos creer que los pocos individuos que en nuestro pais se llaman ateos vengan á obrar jamás como tales; creemos que el ateismo está en sus labios, nó en su corazon, siendo en ellos producto sin duda del medio en qué han vivido, de la educacion que hayan recibido, de los crueles desengaños de la vida y del pesimismo consiguiente, y quizás tambien de la fatal reaccion que provoca toda accion exagerada, como, por ejemplo, la supersticion y sus lamentables abusos.

Pero prescindiendo de todas estas consideraciones, dirémos, para concluir, que los hombres han de optar forzosamente entre estas dos cosas: O han de derivarlo todo de Uno solo, ó todo de la nada. Hasta ahora todos los hombres mas sabios y virtuosos de todos los paises y de todos los siglos han optado por lo primero, ya que lo segundo es un absurdo, y lo absurdo no tiene demos-

(1) Tollatur homini remuneratoris ultorisque Dei opinio, tunc Sylla Mariusque quâdam cum voluptate civium sanguine saginantur; Augustus, Antonius Lepidusque Syllanos furores furoribus exsuperant; maternam cædem imperat placido vultu Nero: constat apud Romanos tunc abrogatam vindicis Dei opinionem. Atheus, idem et subdolus et ingratus, calumniator, latro, et sanguinis sitiens, sibime ipsi tum factis, tum dictis constat, si ab hominum vindictâ securus sit: namque, sublata numinis ratione, monstrum illud sibimet fit numen; sibi ipsi mactat quidquid optaverit, vel volenti obstiterit; nec blandissimæ preces, nec optima quæque argumenta, plus apud eum valent quàm apud esurientem lupum. Singularis quædam societas atheorum, qui de nullâ re inter se disputant, quique securos dies per voluptatum oblectamenta peragunt, aliquandiù in pace constare potest; si verò ab istis regeretur terrarum orbis, mallem equidem premi impendente monstrorum jugo, quæ nobis prædæ dilacerandæ adhærentia depinguntur.

tracion. Pero aun en el supuesto de que fuese demostrable, podria decirse á los que se han empeñado en este tema: Si la creencia en Dios es una ilusion, ¿por qué tratais de destruir en los hombres esta ilusion tan dulce como inocente, este eterno verdor de la esperanza, que los hace felices y les ayuda á sufrir con resignacion las amarguras de la vida? ¿No es eso una crueldad sin nombre?

Para terminar dignamente estos breves apuntes sobre el ateismo, vamos á continuar las sentidas frases que, sobre el amor de Dios, escribió Federico Ancillon, ayo que fué del actual emperador de Alemania; las traducimos del aleman, ya que no todos los que se llaman ateos entienden esta lengua.

«El amor mas puro y mas levantado es sin duda el amor de Dios, el mas sublime de todos los Séres. El estar pensando en Él, el Invisible, como si fuese visible; el absorber en sí á Él, el Infinito, en cuanto lo consiente lo finito, ó por mejor decir, el hundirse en Él; el adorarle á Él, el Bien supremo, aun en la desdicha, y con íntimo gozo, porque Él es el Autor de todo bien en la creacion viva y sensible; el admirarle á Él, el Sapientísimo, por la perfecta armonía de las cosas que Él ha ordenado, y no solamente porque somos nosotros un eslabon de la gran cadena de las cosas; el someternos humildemente á Él, el Justísimo, aunque, por nuestros pecados, tenemos motivos de temer su justicia: en esto consiste el amor de Dios, y nó en una forzada obediencia, ni un embozado temor, ni en el secreto deseo de propiciárnoslo. Pero á pesar del interés de este amor, que ha de ser desinteresado, ó por mejor decir, porque lo es en realidad, coloca este amor al hombre en el estado mas venturoso; viene á ser para él la fuente de la felicidad mas pura, y le infunde unos sentimientos que, así por su duracion como por su intensidad, son para él

un presagio de la inmortalidad: él no ama á Dios para ser feliz, sino que es feliz porque ama á Dios.»

A los absolutistas, esto es, á los que á todo trance se han empeñado en resucitar un cadáver, aunque no logren hacer otra cosa mas que galvanizarle por medio de la reaccion que puedan causar los excesos de los que se llaman amigos de la libertad, nos limitarémos á recordarles que á fines del siglo pasado, fuera de la Suiza, no se veian en el continente europeo mas que monarquías absolutas; y ahora no hay mas que una, la mas atrasada, mas asiática que europea, que no se haya convertido en monarquía parlamentaria. No hablamos aquí de la Turquía, la que, si bien ocupa una hermosa porcion de Europa, se extiende mucho mas por el Asia, y así por su orígen como por su religion y modo de ser, es pueblo asiático bajo todos conceptos. Dado ya este paso, seria un absurdo supóner que la civilizacion pueda suspender su curso natural. Verdad es que está tan desgraciadamente decaido el sentimiento religioso, que ya no puede causar extrañeza que baje la teoría al nivel de la práctica, que los preceptos no valgan mas que los actos, que el éxito sea el único objeto de los partidos, aunque se vean hollados los principios de la eterna moral, y que, para lograr su intento, se hayan unido los carlistas á los federalistas.

Aunque hay entre los carlistas algunas personas muy leidas, nos atrevemos á rogarles que lean con atencion los párrafos siguientes de un escritor francés, Mr. Passy, que ya hemos citado y copiado repetidas veces, y con mucho gusto, en este ensayo.

«Hay para la humanidad un gobierno primordial à cuyo imperio tutelar ha estado sujeta en todos tiempos: tal es el de las leyes que recibió de su Autor. Estas leyes, al paso que obran en ella por medio de las inclinaciones,

de las necesidades y de las facultades que le ha dado, determinan los modos generales de existencia y actividad que le son propios. Estas leyes, que le imponen la vida colectiva, le hacen llevaderos los sacrificios que esta exige. Y gracias á su omnipotencia, se han formado y desarrollado todas las sociedades que desde los tiempos mas remotos han aparecido en la tierra.

«Estas leyes, sin embargo, solo se han reservado una autoridad encerrada dentro de ciertos límites; y por lo mismo que han dotado á los hombres de libertad y de razon, han dejado en sus manos el cumplimiento de una tarea, necesaria, á la par que laboriosa. A los hombres toca pues proveer á la conservacion de la comunidad de que hacen parte, trazarse reglas de conducta, y darse leyes que, al paso que los hagan capaces de voluntad y de accion colectiva, coloquen las fuerzas de todos al servicio del interés general. Así pues, debajo de la alta soberanía que pertenece á las leyes naturales, y dentro de los límites que estas leyes señalan á la libertad humana, empieza otra soberanía, esto es, la soberanía cuyo ejercicio tienen las sociedades, y de la cual sacan el derecho de obligar á sus miembros y de obligarse á sí mismos.

«La historia pregona en alta voz que en ninguna parte está la autoridad tan sujeta á deliquios y sacudimientos, y mas expuesta á peligros y caidas que en los Estados en los que está toda la autoridad concentrada en las manos del príncipe. Lo que tiene de excesivo y de monstruoso se vuelve contra los mismos que de ella están investidos. Conjuraciones de palacio, alzamientos populares, sediciones militares amenazan su existencia; y para destronarlos ó matarlos, se apoderan los gobernados de la soberanía que parecian haber abdicado. Por muy severos que sean los preceptos de la ley y las máximas pregonadas y admitidas, siempre queda en pié

una esfera á donde se refugia la soberanía nacional, y de donde sale sedienta de venganza cuantas veces se la estrecha en ella.

«Desgraciadamente, cuanto mayor es la autoridad de que están investidos los gobernantes, menos dispuestos están á consentir que se disminuya, pues están sujetos á ciertas enfermedades intelectuales y morales, hijas del hábito de la dominacion. El orgullo que les inspira el alto puesto que ocupan los mueve á mirar con cierto desden á aquellos cuya suerte pende de sus determinaciones; de aquí el juzgarlos incapaces de discurrir sobre los negocios públicos, y el creer generalmente que, en interés del mismo pueblo, se le han de negar las libertades de las que abusaria. Tal es ordinariamente el pensamiento dominante en los príncipes absolutos; la pompa y el fausto que les rodean, los homenajes y adulaciones que se les prodigan, la solicitud con que se les sirve, hasta en sus caprichos mas lamentables, todo contribuye á llenarlos de ilusiones; y se necesitaria una rarísima superioridad de espíritu para que no viniesen á creerse encargados de una mision providencial, y obligados, por lo mismo, á no abandonar ninguna de las prerogativas que les sirven para llenarla, á su entender, debidamente. Confírmales además en esta opinion una influencia siempre presente, cual es la de las personas que les rodean. No ignoran los servidores de los príncipes que lo que realza las funciones que desempeñan, que lo que da á estas funciones una distincion muy ajena de merecer por su carácter, es la distancia que la supremacía de que goza el príncipe establece entre la persona á quien sirven, y los demás hombres, y que toda mengua de esta supremacía redundaria en mengua de los mismos. Por otro lado, estando á la fuente de las gracias y del favor, les es muy fácil alcanzar de ellas una gran parte; por donde saldrian perjudicados en sus

intereses, si el príncipe no estuviese libre de distribuirlas á su antojo, y en abundancia. Hé aquí por qué los cortesanos se oponen constantemente á las innovaciones políticas; y no les faltan máximas para rechazarlas, afirmando, como afirman, al déspota á quien sirven que su propio honor está empeñado en conservar en toda su integridad la autoridad que recibió de sus abuelos, y que debe transmitirla tal como la recibió á los que le sucedan en el trono.

«Hoy dia en que tantas y tan terribles revoluciones han venido á escarmentar á los príncipes, los cortesanos han modificado ya su lenguaje, y comprenden los príncipes las exigencias y peligros de su situacion. Mas no sucedia así en tiempos pasados; y casi siempre, la embriaguez de la omnipotencia, que movia á los que la poseian á rechazar las mudanzas que exigian las transformaciones del estado social, imprimia al descontento público una carrera mas y mas rápida y violenta. Así han sucumbido muchos gobiernos á quienes la infatuacion de un poder sin límites habia incapacitado para doblegarse á las innovaciones que reclamaban los progresos de la industria y de la riqueza; así han sucumbido, en tiempos y lugares diversos, razas soberanas y dinastías, que, imbuidas en las doctrinas de las edades en que su dominio habia alcanzado su apogeo, no podian ya practicar ni concebir otras. Concesiones sucesivas las hubieran salvado; pero á esto se oponian las tradiciones de lo pasado; y si alguna vez les arrancaban algunas los peligros del momento, no bastaban ya tales concesiones, tardías y hechas de mala gana, para contener el curso de los sucesos. De los conflictos empeñados habian nacido naturalmente irritaciones é iras que no se apaciguaban fácilmente, y que seguian rematando la ruina de los poderes cuyos errores las habian levantado. *(Nótese bien ahora por todos lo que sigue.)*

«No menos numerosas ni violentas han sido las revoluciones traidas por la insuficiencia de la autoridad central; y estas revoluciones han sido siempre provocadas por la agravacion incesante de los males que llueven sobre las sociedades, cuando el gobierno que debe regirles no está constituido de modo que pueda imponer el debido freno á las divisiones intestinas. En este caso, las divisiones se agrandan y se enconan, y los partidos que engendran se vuelven irreconciliables. Tal es el efecto inevitable del sentimiento que siempre inspiran á los partidos las luchas que sostienen unos contra otros, y que adquieren entre ellos una violencia tanto mayor, cuanto mayores son las ventajas que acompañan á la victoria. Este sentimiento es el odio. Los insultos y ultrajes que se prodigan los partidos, las iniquidades que tienen que sufrir los vencidos, todo contribuye á arraigarlo mas y mas. Tal ha sido en todos los tiempos la marcha de las cosas en los Estados en que tenia el pueblo, en el ejercicio de la soberanía, mayor parte de la que consentian las causas de desórden cuya accion desorganizadora estaban padeciendo. El exceso de libertad política les arrebataba la libertad civil, imponiéndoles la mas dolorosa de las servidumbres, la que nace de la falta de seguridad para las personas y para sus obras.

«Tal es el destino de las sociedades humanas, las que tienen que caminar constantemente entre dos escollos, la servidumbre y la anarquía. Y á pocas les es dado mantenerse á igual distancia de uno y de otro. Algunas hay á quienes los elementos discordantes de su composicion empujan naturalmente á la anarquía; y estas solo la evitan haciendo enormes concesiones á la autoridad encargada de mantenerlas á igual distancia de los dos escollos.»

Segun se desprende de los últimos párrafos de Passy, arriba transcritos, los carlistas honrados podrian ahor-

rar á la nacion muchas amarguras, quitándole de delante el escollo Escila para que pudiese fijar la vista en el otro escollo Caríbdis. Pero no lo harán, ya que, segun los jefes que los explotan, lo que necesita la *heróica* España es un Dios en el trono, pero un Dios que á ellos se entregue exclusivamente. Como que aman la tiranía que se proponen beneficiar, no saben respetar un rey, jefe de los ciudadanos; necesitan la idolatría, el prestigio de la omnipotencia, el fausto, y no pocos la emocion del terror. Sobre gustos no hay disputas. El tiempo, que es un gran maestro, se encargará de desengañarles, ya que el pueblo español, en su gran mayoría, tiene muy buen sentido para ignorar que las naciones estúpidas infieles á la libertad no pueden esperar mas que el menosprecio del mundo, la abyeccion y la miseria.

Muchos y muy grandes son los males resultantes de la desigualdad de fortunas que existe en los paises civilizados. No tenemos que apuntarlos, ya que es tal su evidencia, que no puede ocultarse á cuantos echen una mirada en torno suyo y en su propia vecindad. No somos ciertamente de aquellos que declaman contra toda desigualdad de fortunas. No está el mal en que sean desiguales, sino en que lo sean excesivamente; nó en que un hombre sea mas rico que otro hombre, sino en que un hombre sea voluptuoso, suntuoso, imperioso, y en que otro hombre sea tan pobre, que caiga en la abyeccion y en la depravacion, y que carezca de los medios mas necesarios para la vida.

Las grandes propiedades suelen redundar generalmente en daño de sus dueños, los cuales valen comunmente mucho menos, como hombres y ciudadanos, que los pequeños propietarios. Esta verdad queda bien establecida por los libros sagrados de todas las naciones, por el juicio de los hombres en general, y por todas las

lumbreras de la humanidad. «Las grandes riquezas, dice Lord Bacon, han vendido á muchos hombres; lo que es el bagaje para un ejército, eso mismo son las riquezas para la virtud; estorban la marcha, y el temor de perderlas les hace perder la victoria.»—«Nótase comunmente,» dice Wilberforce, «una moral mas relajada en las clases altas que en las medias y humildes de la sociedad.»—«La clase media,» dice Wollestonecroft, «contiene mas virtud y mas capacidad.»—«La riqueza acumulada sobre riqueza no compra verdad ni seguridad; ya que acumula los peligros conforme se acumula el tesoro» (1).—«La mayor calamidad que puede caer sobre los hijos es que sus padres les dejen una gran fortuna. Los ejemplos mas lamentables que se notan en la sociedad en general ocurren ordinariamente entre los hijos de personas opulentas» (2). Ya observó Voltaire que, en su tiempo, el pueblo inglés era, al igual de los barriles de cerveza, espuma en la parte superior, heces en el fondo, y excelente en el medio. La parte mas racional, la mas sábia y la mejor del linaje humano pertenece á la clase que no es rica ni pobre. Dé el lector una ojeada en torno suyo, y desde luego echará de ver quiénes son las personas que mas contribuyen á la mejora moral y física de sus semejantes; quiénes son las que nos dan mas dignos ejemplos de trabajo intelectual; quiénes son aquellas á quienes, en caso necesario, se dirigiria en busca de un buen consejo y de un apoyo varonil. No las encontrará entre los pobres, como no se trate de ayuda material, única que pueden dar, y que suelen dar gustosos, y mucho menos entre los opulentos. No queremos decir con

(1) «Wealth heaped on wealth nor truth nor safety buys,
The dangers gather as the treasures rise.»
(Johnson, *Vanidad de los deseos humanos.*)

(2) Clarkson, *Retratos.*

esto que todas las personas opulentas sean una piedra de escándalo para sus conciudadanos y de perdicion para sí mismos; pero nadie negará que las riquezas tienen ordinariamente esta desgraciada tendencia.

Los motivos que generalmente mueven á los hombres á acumular riquezas sobre riquezas son impuros; como lo son el deseo de descollar sobre los demás, la ambicion ó el amor á la sensualidad. A esto se dirá que todo hombre debe proveer para su familia, haciéndola independiente en cuanto pueda. Que debe proveer para su familia, esto nadie lo negará; pero que deba hacerla independiente, dándole una independencia suntuosa, esto, muy lejos de ser un deber del padre, es con frecuencia una violacion de sus deberes. Cuando los hijos están en situacion parecida respecto de sus necesidades probables, no hay razon para preferir el mayor al menor, ni los hijos á las hijas; ya que el principal objeto de un padre ha de ser el bienestar de todos sus hijos; y si este objeto puede lograrse mejor por medio de una division igual que por otra desigual, será muy justo que se haga la division igual. Es muy comun la opinion, aunque nó por esto mas racional, de que un hijo necesita una porcion mayor que una hija. Esto será cierto, si él ha de vivir en mayor opulencia que ella. ¿Pero en qué se funda esta necesidad? La razon no da ningun motivo, y el cariño mucho menos, para aumentar el bienestar de un hijo á costa del de una hija. Es obvio además que á los hijos se les presentan frecuentes ocasiones de enriquecerse, cuando las hijas solo pueden mejorar de posicion por medio de legados ó por casamiento; pero nó todas se casan; y aunque se casen, no siempre aumentan su fortuna, sino muy al contrario; y son muy contadas las que reciben un legado. Dicen algunos que la division de la propiedad de los padres por partes iguales acabaria con el sistema de primogenitura y con el que trata de

perpetuar la aristocracia. Nosotros no vemos empero razon plausible para conservar este abuso sancionado por la vanidad, y creemos que solo puede admitirse con justicia, cuando se trate de asegurar un modesto bienestar á los hijos inválidos y á las hijas solteras, las que, por nuestras costumbres, no pueden, como tales, ganarse fácilmente la subsistencia. El empeño de perpetuar la propiedad, en determinadas familias, en un solo individuo, no solo es contrario á la justicia y á las conveniencias sociales, sino que vincula además en muchas de ellas la holganza, la ignorancia, la desidia, y no pocas veces, en las opulentas, la afeminacion, la frivolidad, la soberbia, y los vicios consiguientes, que las hace inservibles para sí y para la sociedad.

Véase lo que dice Passy sobre la aristocracia, la que, en el órden providencial, fué, en su tiempo, una necesidad, para dejarlo de ser á medida que los pueblos progresaron en cultura.

«No hay sociedad que no oculte una causa incesante de desunion; y esta causa es la desigualdad natural, necesaria, inevitable de las condiciones humanas. El corazon humano tiene su lado malo; y en general, no están los hombres menos dispuestos á ver con desagrado las distinciones que les faltan que á envanecerse de las que poseen..... Mientras que el rico se vanagloria del gasto que solo él puede hacer, el pobre tiene que luchar contra las amarguras de la necesidad, y raras veces deja de odiar á aquellos cuya ostentosa opulencia dirian que insulta á su miseria.

«Es creible, por otra parte, que la desigualdad de las riquezas hubiera sido menos fecunda en animosidades, si en todos tiempos no hubiesen tenido otro orígen que el juego libre y espontáneo de las leyes providenciales. Pero no ha sido así, ya que todas las sociedades humanas han tenido que atravesar largas épocas de do-

minacion aristocrática. Nacidas en la ignorancia y en la miseria, solo pudieron salir de ella dejando concentrar en muy pocas manos lo poco superfluo que lograban sacar de trabajos torpes y groseros..... De ahí el constituirse fácilmente la dominacion aristocrática. Siendo en aquellos tiempos las costumbres medio salvajes, todo lo decidia la fuerza; y los débiles, expuestos á repetidas violencias, reclamaban y pagaban la proteccion de los que podian defenderlos. De aquí nacieron aristocracias poderosas que, por espacio de mucho tiempo, fueron respetadas. Desgraciadamente, prueba la experiencia que nunca ha existido una fraccion social que no encaminase las ventajas de que gozaba al medro de sus intereses particulares. No contentas las aristocracias con los beneficios anejos al ejercicio del mando, se adjudicaron todos los derechos, todos los bienes, todos los privilegios de que podian privar á los que vivian bajo su *patronato*, y de este modo se fué ensanchando la distancia que los separaba de la comunidad. Hubo, por una parte, riqueza y poderío; por otra parte, indigencia y servidumbre; y á la accion de las causas naturales de la desigualdad de clases y fortunas se agregó, para agravar sus efectos, la que provocaban instituciones mas y mas inicuas.

«El régimen aristocrático no estaba destinado para durar eternamente. Su mision, en la época en que se constituyó, fué disciplinar á las masas, todavía incultas, acostumbrarlas á la vida sedentaria y á faenas regulares, y asegurar á las artes y á la industria los progresos que les negaba la pobreza general; pero no era esta mision de aquellas cuya utilidad subsiste en todos los siglos. A medida que ella fué produciendo sus efectos, las masas populares crecieron en número, en inteligencia, en habilidad para el trabajo, en aptitud para la vida social, y llegó el momento en que se cansaron de las cargas que les

imponia una tutela cuya necesidad habia desaparecido. Entonces empezaron entre ellas y las clases que las tenian bajo su dependencia luchas mas y mas enconadas. Pedir á los hombres el abandono de lás prerogativas que los elevan sobre otros hombres es pedirles un sacrificio al que no saben resignarse.»

Tal fué el orígen de la primera revolucion francesa que con tanto rencor se ensangrentó en las clases privilegiadas. Pero en España, afortunadamente, no existe en general aquel rencor contra dichas clases, rencor que en aquellos tiempos tenia en Francia motivos de ser, porque la aristocracia española no ha adolecido nunca del orgullo (*la morguè*) de la francesa, sino muy al contrario; y ha sido y es tan popular por sus inclinaciones, que lo es hasta donde no debiera serlo, esto es, en ciertos espectáculos impropios de un pueblo culto. Por otra parte, nuestros ricos propietarios rurales no son, en muchas provincias de España, tan zelosos de su propiedad como los franceses é ingleses, y no llevan á mal generalmente que los pobres espiguen sus campos, y recojan de sus montes la leña para calentarse en invierno. Así es que reina en muchos territorios de España, sobre todo en los no medio afrancesados por su industria y comercio, una especie de comunismo de buena ley, que seria muy conveniente conservar y propagar en beneficio de ricos y de pobres, y por consiguiente, de toda la comunidad española.

Sírvanos esto de consuelo en medio de los graves defectos de que adolecemos; pero procuremos irlos enmendando con buena voluntad y perseverancia, propagando la educacion en todos sentidos y entre todas las clases. Mucha educacion, con un poco de instruccion, templará sin duda nuestro carácter harto arrebatado, y nos hará estimar las cosas en lo que valen, y no mas. El pueblo español tiene una prenda que desde luego le colo-

ca en buena situacion: tal es cierto sentimiento de propia dignidad, en las clases pobres sobre todo, que no es muy comun entre estas clases en otras naciones. Este sentimiento suele ir acompañado de buen sentido, maleado, sin embargo, por las pasiones políticas, que tienen el triste privilegio de malearlo todo.

A la legislatura le toca ir remediando en parte estos males, segun verémos luego; pero no hay legislatura ni poder humano que basten á remediarlos en su totalidad. Solo la religion cristiana puede darnos un justo medio entre el individualismo y el socialismo, entre estos dos extremos que arrancan de un mismo orígen, el egoismo, y que nunca estarán en paz, mientras no se observen los principios del Evangelio. Entre los grandes principios del sistema moral instituidos por la religion cristiana, hay uno muy característico que se distingue de todos los demás: tal es el ejercicio de la pura benevolencia. Esta preferencia del *Amor* es la mas sábia, por lo mismo que es divina, y la que mas contribuye á la moralidad general. La ley de Moisés no la enseñó, ni tampoco descubrieron las especulaciones de la filosofía que el *Amor* es el cumplimiento de la ley moral. Hace mas de diez y ocho siglos que esta doctrina vino á ser un mandamiento nuevo.

El *Amor* se considera como la piedra de toque de la validez de nuestras pretensiones al carácter de cristiano. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor entre vosotros» (1). — « Si hay algun otro mandamiento, se comprende en estas palabras: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. El amor del prójimo no obra mal: y así es el amor el cumplimiento de la ley » (2). No es pues de extrañar que, despues de enu-

(1) San Juan, XIII. 35.
(2) San Pablo á los Romanos, XIII. 9.

merar los varios deberes, diga el mismo Apóstol en otro lugar: «Mas sobre todo tened amor, que es el vínculo de la perfeccion» (1). Las Escrituras cristianas no se cansan de inculcar la benevolencia, la que es el tema de todas las exhortaciones apostólicas, el tema en que principia y termina su moralidad, el tema de que parten todos sus pormenores y enumeraciones, y al que vuelven repetidamente. «El que permanece en amor permanece en Dios, y Dios en él» (2); no cabe usar un lenguaje mas expresivo, ya que encumbra hasta lo sumo el carácter de esta virtud.

Es muy cierto que casi todas las faltas contra los deberes relativos tienen su orígen, si nó en las propensiones malévolas, al menos en propensiones que no se avienen con el amor (3). Hay muchos actos por los cuales puede un hombre ser injusto, sin merecer la censura del público y sin quebrantar las leyes; pero ni uno solo en que pueda ser injusto, sin faltar á la benevolencia cristiana; siendo obvio además que las obligacio-

(1) San Pablo á los Colosenses, III, 14.
(2) San Juan, IV. 16.
(3) No se ocultará á los inteligentes y á los versados en las Sagradas Letras que en las citas evangélicas que preceden hemos usado la palabra *Amor* en vez de la palabra *Caridad*, que se lee en las versiones autorizadas. No pretendemos ser innovadores, sino meros traductores, y ceñirnos, como tales, al texto original. En este texto, que tenemos á la vista, y que, como es muy sabido, fué escrito en griego, se lee la palabra *Agape*, que significa *amor*. La lengua griega, mucho mas rica que la latina, tiene cuatro verbos principales para expresar *amar*, y son: *philéo*, *erâo*, *stérgo*, y *agapáo*, con todos sus riquísimos derivados, verbos que expresan el acto de amar en sus diversas acepciones y relaciones, ya paternales, ya filiales, ya sexuales, ya humanas, etc. Nosotros creemos que siendo tantas las acepciones de la palabra latina *Amor*, creyó la Iglesia deber usar la palabra *Charitas* ó *Caritas*, para interpretar la palabra *Agape* de los Griegos, aunque aquella palabra no se usaba por los Griegos de ningun modo, si bien se deriva del sustantivo *Charis*, que

nes de la benevolencia no son meramente prohibitivas, que nos vedan obrar mal, sino preceptivas tambien, que nos imponen buenas obras.

Considerando ahora la cuestion humanamente, esto es, segun la consideran los filósofos, citarémos un pasaje del filósofo americano Emerson, que se roza con el problema tan amenazador de las clases obreras, y que dice así: « Toda infraccion del amor y de la equidad de nuestras relaciones sociales sufre pronto castigo. El castigo es el miedo. Mientras sigo en buenas relaciones con mi semejante, no me repugna su encuentro; pues nos encontramos como el agua encuentra al agua, ó como se mezclan dos corrientes de aire, con perfecta difusion é interpenetracion de naturaleza. Pero en cuanto haya el menor desvío de bondad, ó un conato de egoismo, ó un bien para mí que no lo sea para él, mi vecino se siente agraviado, y se aparta de mí, como yo me he apartado de él; sus ojos no buscan ya los mios; hay guerra entre nosotros; hay odio en él, y miedo en mí. Todos los antiguos abusos de la sociedad, así universales como particulares, todas las injustas acumulaciones de riquezas y de poder sufren la misma pena. El miedo es un maestro muy sagaz, y es el heraldo de todas las

significa gracia, amabilidad, hermosura y benevolencia, de modo que el plural *Charites* se aplicaba á las tres Gracias, Aglaé, Talía y Eufrosine, y tambien á las Musas. Creemos pues que no se llevará á mal que traduzcamos *agape* por *amor*, en vez de *caridad*, por cuanto parece que la palabra *caridad* puede ofender al que de ella es objeto, y nó así la palabra *amor*. Lo mismo ha venido á suceder con la palabra *limosna*, que se formó de la griega *Eleemosyne*, que significa *compasion*, y que, en su forma latina *Eleemosyna*, ó *Eleemosynæ*, significa propiamente *limosna*, viniendo á desaparecer con este cambio la belleza que envuelve la palabra *Compasion*; de modo que para decir los Griegos: Dame una limosna, dicen: Dame una compasion (*dos moi eleemosynen*); expresion completamente evangélica, y por lo mismo, suave, amable, y bellamente poética.

revoluciones. Enseña una cosa, y es, que hay podredumbre donde quiera que se manifiesta. El miedo es un buitre, y aunque no veamos en pos de qué se está cerniendo, de seguro hay muerte en alguna parte. Nuestra propiedad es medrosa, nuestras leyes son tímidas, nuestras clases ilustradas están recelosas. Por espacio de siglos, el miedo ha estado haciendo presagios y gestos y farfullando contra el gobierno y la propiedad. No en vano se presenta el ave asquerosa, ya que indica grandes injusticias que hay que revisar. Pero por otro lado, aplícase la misma ley con igual certeza á toda buena accion. Ama, y serás amado. Todo amor es matemáticamente justo, como lo son los dos miembros de una ecuacion algebraica.»

Segun se echa de ver por las sentidas frases de Emerson, tambien en los Estados de la Union Americana se presenta amenazadora la cuestion obrera. Y esto que en aquel pais, por sus grandísimos recursos naturales y la inmensidad de sus tierras vírgenes, parece que tiene menos razon de ser que en la vieja Europa, donde apenas hay un palmo de tierra que no tenga su dueño; y esto tambien, á pesar de estar allí mucho mas generalizada la instruccion, sobre todo en el sexo femenino, que en Europa, gracias á las muchísimas escuelas de párvulos y de primera y segunda enseñanza que, con una emulacion y prodigalidad verdaderamente asombrosas, sostienen aquellos diversos Estados. Y no se diga que no hay allí libertad civil, política y religiosa, pues la hay para llenar todos los deseos; pero allí, como en todas partes, está haciendo mas ó menos falta el espíritu cristiano, que no hay institucion humana que pueda suplir. Véase con qué verdad y energía se expresa el mismo filósofo al tratar de la moral. De este pasaje notabilísimo de los *Ensayos* de Emerson se infiere lo que ya sabíamos, y que, para nuestra desdicha, ignoran muchos to-

davía; y es que no basta, para labrar el bienestar de un pueblo, regirse por una república unitaria ó federal, ó por un gobierno constitucional mas ó menos limitado; ya que toda institucion humana no es mas que un medio ó un instrumento, y que, en faltando la base, viene á faltar la materia en que se ha de obrar. Esta base hay que buscarla en las virtudes públicas y privadas, en el sentimiento de la dignidad nacional, en la fuerza viril, y en la moralidad de los individuos, de las familias y de las masas. Cuanto mas libres sean las instituciones, menos se puede prescindir de estas prendas morales, á no echar completamente en olvido, ya la calidad maleable, ya la resistente ó refractaria de la masa que se tiene á mano.

«Todas las cosas son morales: el alma que, dentro de nosotros, es un sentimiento, es, fuera de nosotros, una ley. Sentimos su inspiracion, y la historia nos muestra su fuerza fatal. Los dados de Dios caen siempre bien dijo Eurípides. El mundo es una tabla de multiplicacion, ó una ecuacion matemática, que, tómese como se quiera, se iguala siempre. No hay secreto que no se divulgue, no hay falta que no sea castigada, no hay virtud que no sea premiada, callada y ciertamente. Los golpes específicos pueden tardar en seguir á la ofensa; pero no pueden menos de seguirla, ya que la acompañan. El delito y el castigo crecen en un mismo tallo. El castigo es un fruto que inadvertidamente está madurando dentro de la flor del placer que lo ocultaba. No es posible separar causa y efecto, medios y fin, semilla y fruto; por cuanto el efecto florece ya en la causa, el fin pre-existe en los medios, el fruto en la semilla.

«Siempre ha dedicado el hombre todo su ingenio á la solucion de un solo problema, esto es, á separar lo dulce sensual, lo fuerte sensual, lo brillante sensual, etc., de lo dulce moral, de lo profundo moral, de lo bello

moral; en una palabra, á cortar limpia la superficie superior, pero tan delgada, que se queda sin fondo, para alcanzar un *solo fin* sin el *otro fin*. El alma dice: come para vivir; pero el cuerpo quiere vivir para comer. El alma dice: el hombre y la mujer deben ser una sola carne y una alma; pero el cuerpo quiere juntar la carne solamente. El alma dice: ten dominio sobre todas las cosas para los fines de la virtud; pero el cuerpo quiere tener dominio sobre las cosas para sus propios fines.

«Los hombres se afanan para ser grandes; desean altos empleos, riqueza, poder y fama, creyendo que el ser grande es poseer un solo lado de la naturaleza, lo dulce, sin el otro lado, lo amargo. Pero á esta division y separacion se opone siempre un poder incontrastable; y fuerza es confesar que ningun proyectista ha logrado su intento. La vida está investida de condiciones inevitables, que los necios procuran esquivar, que no falta quien se jacta de no conocer; pero la jactancia está en sus labios, las condiciones están en su alma. Si las sortea en una parte, le embisten en otra parte mas vital; y si las ha sorteado en forma y en apariencia, será porque se ha negado á la evidencia y huido de sí; y la retribucion es la muerte. «¡Cuán secreto eres Tú, Tú, que moras callado en los altísimos cielos, oh Tú, único gran Dios, que, con incansable providencia, derramas ciertas cegueras penales sobre los que se dejan arrebatar de deseos desenfrenados!» (1).

«El alma humana es fiel á estos hechos en la pintura de la fábula, de la historia, de la ley, de los refranes, de la conversacion, y encuentra, sin advertirlo, una lengua en la literatura; pero donde mas admirable se presenta la expresion de este hecho es en los refranes de

(1) San Agustin, Confesiones, B. I.

todas las naciones, que son siempre la literatura de la razon, ó la exposicion de verdades absolutas sin calificacion. A semejanza de los libros sagrados de cada nacion, son los refranes el santuario de las intuiciones. Y esta ley de las leyes se pregona á todas horas, en todos los mercados, en las tiendas y talleres, con vuelos de refranes, cuya enseñanza es tan verdadera y omnipresente como la de los pájaros y de las moscas.»

Segun la escuela económica, el gran remedio para mejorar la suerte de las clases obreras es fundar escuelas y derramar la instruccion entre ellas. Sin negar nosotros la utilidad de este medio, creemos que no bastará, y que, por mas que se las instruya, nó por esto serán mas felices, ni mejores, ni mas ricas, si el equilibrio de la vida no les ofrece horas de descanso, dulces esperanzas, goces domésticos, premios á la virtud y un porvenir para la vejez. El cristianismo consiguió, en su tiempo, sobre este punto mucho mas de lo que han conseguido y pueden conseguir nuestros filósofos modernos; pero en el dia, instrüir, sin mejorar, es quemar sin alumbrar; aumentar el número de nociones populares, sin dirigir su empleo, es embriagar á una turba salvaje dispuesta á pegar fuego al edificio y á perecer debajo de sus ruinas. Lo mismo da para el caso que la barbarie sea efecto de la ignorancia ó aborto del error. El problema consiste en mezclar la civilizacion moral con la civilizacion de las luces; y de aquí la necesidad de llamar, para resolverlo, el concurso simultáneo de la educacion y de la instruccion que se apoyen en medidas económicas y en la cooperacion activa y desinteresada de todos los hombres honrados, que ya seria hora de que, para su bien, se convenciesen del alto significado de este axioma no menos moral que económico: *Ama, y serás amado.*

Tambien los legisladores, en la gran parte que les toca, y la misma administracion, por la suya, que no es menos grande, deberian tener presente que mas vale precaver el mal que castigarlo; que el que logre disminuir la tentacion ó su influencia disminuirá el número de delitos, y aumentará en proporcion la felicidad del pueblo; que el que, con su vigilancia, descubre y castiga á los hombres viciosos obra bien; pero que el que precave que los hombres se vuelvan viciosos obra mejor; que, en cuanto fuere practicable, todo gobierno deberia ser para un pueblo lo que es un padre prudente para su familia, no solo gobernante, sino instructor tambien. Quizás no pueda un gobierno formar el carácter del pueblo para la virtud, como puede hacerlo un padre con sus hijos; pero mucho podria hacerse con buena voluntad; y si tomamos además en cuenta la duracion relativa del cuerpo político, comparada con la de una familia, cabe suponer con alguna razon que los gobiernos pueden hacer en muchos años lo que en tan pocos hacen los padres. El segundo objeto es pues castigar el vicio; pero el primero, que es promover la virtud, queda comparativamente desatendido, ya que apenas se hace nada para precaver los delitos propagando principios y hábitos que venzan la tendencia á cometerlos; y con harta frecuencia se le ofrecen al pueblo tentaciones para hacerle delinquir, y hasta para malear su sentido moral. Pero aquí nos sale delante una dificultad. Los gobiernos de las mas de las naciones, por mas que en sus actos legislativos inculquen la virtud, no siempre la predican con su ejemplo. Generalmente no se da importancia á esta consideracion, porque no se estima debidamente la influencia del ejemplo del gobierno en el carácter público; y esto que el gobierno es en todas partes un objeto al que el pueblo levanta la vista como á un ente superior. ¿Qué extraño pues que

los muchísimos ejemplos que mueven á los hombres á asimilarse al gobierno, unidos á la natural tendencia de las partes subordinadas á remedar á sus superiores, hagan que el carácter de un gobierno, aun prescindiendo de sus disposiciones particulares, ejerza una influencia inmensa en las costumbres, y por consecuencia, en la virtud general?

Con todo, y á pesar de las causas corruptoras que no hemos hecho mas que apuntar, no ha perdido el pueblo español nada de su lealtad nativa ni de su ruda franqueza, distinguiéndose el de algunas provincias por su ingenio y talento, vinculados, por decirlo así, en el mismo suelo. Además, no hay en nuestras provincias de España la division tan marcada que, en otros paises mas cultos, se nota entre ricos y pobres; hay en estos mas dignidad, y mas simpatía en aquellos, en las regiones agrícolas sobre todo, y en los pueblos cortos, donde, desde los tiempos de sus abuelos, se conocen las familias unas á otras, circunstancia que no puede menos de engendrar familiaridad y cariño. Pero no sucede así en el litoral, en las ciudades populosas y ricas, centros de la industria, del comercio y de la administracion, en los cuales, la mayor diferencia entre unos y otros, y el contraste del lujo desatentado de los menos con la pobreza y las privaciones de los mas, al paso que infunde á éstos apetitos que no pueden satisfacer, ha ido acumulando rencores, no solo contra los ricos, sino tambien contra la clase media, en la cual hay muchas familias que, por su escasa fortuna, ó por depender de empleos precarios y mal retribuidos, pueden verse de la noche á la mañana mas pobres que aquellos; y contra otros muchos que, por vanidad, aparentan ser ricos, cuando, en realidad, son unos necios que sacrifican su bienestar á la opinion ajena.

Pero todo esto lo ignora el pueblo, que solo juzga por

las apariencias; así como ignora tambien que no pocos de los que se lamentan de su suerte deberian lamentarse ante todo de su imprevision y pereza.

Todo esto es cierto; pero no lo es menos que en los grandes centros comerciales y fabriles, y hasta en algunas provincias exclusivamente agrícolas, existen odios, fundados unos, é infundados otros, y que ya es urgente aplicar un gran remedio á este mal. *Naturâ tamen infirmitatis humanæ tardiora sunt remedia quàm mala:* «Los remedios de las dolencias humanas son por su naturaleza mas perezosos que los males,» dijo, ya hace mas de dos mil años, el fundador de la medicina; y lo mismo puede decirse de los que se aplican á los morbos físicos y morales del pueblo. Y no es de extrañar que así suceda, ya que por maravilla se encuentra entre los ricos un gran conocimiento práctico de las clases apartadas de la esfera dentro de la cual suelen aquellos moverse; y de aquí el ser muy contados los que se forman una idea exacta de lo que son las clases ínfimas de la poblacion; y de aquí tanta indiferencia. Y con todo, los que, en medio de una existencia suntuosa, buscan, en una novela, cuadros de la desdicha y del dolor, podrian ver, sin apartarse gran trecho de su domicilio, que las realidades de la vida tienen un interés mucho mas poderoso que los caprichos de la ficcion, y que es fácil, facilísimo encontrar fruiciones mas vivas, mas dulces, mas constantes, y de mas grata memoria, en el alivio práctico de algunas de las miserias humanas, harto reales, que en el feliz desenlace de un cuento. ¿Y qué dirémos de los niños abandonados, de quienes dijo el psalmo XXVII: «Cuando mi padre y mi madre me hayan abandonado, entonces me recogerá el Señor»? Si la sociedad fué instituida por Dios para el mayor bien de sus criaturas, ¿no es evidente que ella ha de acatar sus leyes y llevar á las obras de benevolencia un corazon lleno de caridad y

de amor? A esto quizá se nos conteste con esta pregunta: ¿Qué harémos de esos niños, cuando los hayamos educado?—Pero, ¿qué haréis de ellos, volvemos á preguntar, si no los educais? No son esos niños unas burbujas de jabon que dispersa ó quiebra el menor soplo de aire; son realidades, son la semilla de generaciones venideras; y en ellas dominará el trigo ó la zizaña, segun nos dejemos guiar por los calurosos principios del cristianismo, ó por las frias sugestiones del egoismo.

Y volviendo ahora la vista á los desdichados presos en las cárceles por varios delitos, ¿quién dudará de que muchos de esos séres débiles é ignorantes, que pecaron porque se encontraron lanzados al mundo sin defensa contra sus tentaciones, y sin idea clara de sus deberes, pueden ser llevados al bien por medio de esfuerzos inteligentes y de una benevolencia eficaz y constante? Pero no se conseguirá tanto bien, con nuestro entusiasmo, bien intencionado sí, pero débil, que busca las pruebas de la reforma en una sensibilidad exaltada, pero ficticia, ni con aquella caridad severa y altiva que hiela á los mismos que de ella son objeto, al paso que los abruma con las obligaciones que les impone. Para llevar á buen camino á esos infelices, esto es, para reformarlos, no solo hay que iniciarlos en la práctica de las artes útiles, inculcándoles los verdaderos principios de sus deberes y las reglas de conducta, y alumbrando su inteligencia en órden á sus verdaderos intereses, sino tambien, y esto es lo esencial, como que nada se hará sin esto, penetrando cariñosamente en su corazon, identificándose simpáticamente con sus ideas y su posicion, y ayudándoles eficazmente á combinar y á realizar medidas y mejoras prácticas, especialmente adecuadas á su condicion social, á sus hábitos é inclinaciones. Verdad es que, para hacer todo esto, no bastan todos nuestros sistemas filosóficos juntos, sino que se necesita una fe viva y desinteresada,

capaz de transportar montañas, una abnegacion sublime, unos esfuerzos incesantes del alma humana, pero tan grandes, que el mundo los llama heróicos, cuando, en realidad, son lisa y llanamente cristianos.

Pasando ahora á la parte económica, ó á los medios que, segun nuestra humilde opinion, podrian oponerse á los progresos de la *Internacional*, dirémos ante todo que parece llegada ya la hora de que los gobernantes, dejando á un lado ciertas cuestiones políticas, tan enojosas como estériles para la nacion, aborden de frente el problema social que se nos viene encima, pavoroso porque se le tiene miedo, y adopten sin vacilacion los medios mas propios para alejar de nuestro pais esas negras nubes que han descargado sobre París, y que condensándose sobre los paises mas cultos, amagan trastornos y ruinas no registrados hasta ahora en los anales del mundo. El remedio, si ha de producir fruto, ha de ser objetivo y subjetivo á un tiempo, y mas fuerte que el mal. Afortunadamente se halla España, por su posicion geográfica, su escasa poblacion relativa, la índole de sus habitantes, y la variedad de su clima, en mejor situacion que la Francia y otros paises mucho mas ricos que el nuestro, porque han sido mas explotados bajo todos conceptos. En este sentido, nuestro pais es casi vírgen, y solo está pidiendo inteligencia y brazos para mantener holgadamente á sus moradores.

Los progresos en política han hecho á los hombres libres de derecho, mas nó de hecho, en la mayor parte de las provincias de España. Antes que libertad política, necesita el hombre libertad civil, y esta no existe, cuando la propiedad territorial, primer elemento productor de nuestro pais, se halla concentrada en poquísimas manos, como sucede en Andalucía y en algunas provincias del interior de la Península.

La única garantía de la libertad civil está en la propiedad. De aquí la grandísima diferencia que se nota entre Vizcaya y Andalucía, esas dos regiones, tan opuestas por su carácter como por su clima, tan distintas por su organizacion social como por su posicion geográfica, tan diferentes en bienestar como en educacion y virtudes domésticas.

Poco hay que discurrir para hallar la causa de estas diferencias: en Vizcaya, hay apenas proletarios; y en Andalucía, puede decirse que lo son todos. En Vizcaya, se vive la vida íntima de familia; y en Andalucía, los elementos de la familia andan errantes y dispersos. En Vizcaya, son la mayoría propietarios; en Andalucía, son la gran mayoría jornaleros que penden de un jornal tan mísero como incierto. En Vizcaya, se ha conservado el régimen patriarcal, pero con la division de las tierras por familias; en Andalucía, se ha sostenido, á pesar de las revoluciones, el régimen del feudalismo, triste resto de la reconquista, y la division artificial de las tierras que se hicieron en aquellos tiempos bárbaros. La Vizcaya es el pueblo típico del hogar, y la Andalucía el pueblo típico del privilegio y del señorío. En una palabra, desde la revolucion del año 68, los Andaluces son ciudadanos de derecho, y desde remotísimos tiempos son los Vascongados ciudadanos de derecho y de hecho.

Para asimilar el pueblo andaluz al vascongado bastaria hacer libre de hecho al que lo es de derecho, ya que el derecho, sin el hecho, es una mentira; crear la vida de familia, haciendo propietarios á los proletarios, convertir á los jornaleros en cultivadores, y sustituir el cánon al arrendamiento.

Esos repartos de tierras comunes, que la prensa ha visto con asombro y comentado con bastante superficialidad; esas cuadrillas de bandidos y secuestradores, que á los ricos les han servido de espanto, mas nó de ense-

ñanza, y á los enemigos del sistema liberal de argumento y de satisfaccion impía; esas caravanas de emigrantes que abandonan el suelo patrio en busca de un suelo extraño, mas hospitalario y mejor administrado: todo esto y mucho mas, que se observa en el bello país de Andalucía, no menos que en el no menos bello de Valencia y Murcia, tierras notables por la feracidad de su suelo y el talento y el ingenio de los que en él han nacido, no debe atribuirse ciertamente á condiciones de clima, de carácter ó de raza, sino á la division profunda de las clases, á la ninguna armonía entre la propiedad y el trabajo, y á la mucha y funesta de los hacendados, tanto mas digna de censura, por cuanto no puede ser reprimida por las leyes vigentes.

Insistimos pues en que no cabe progreso sin libertad, ni libertad sin propiedad personal, y que la historia de la propiedad es la historia misma de la libertad y del progreso. Nadie ignora además que la fuerza de un Estado no se mide por el número de personas que cuenta, sino por el número de familias que arraigan en el suelo de la patria; y que para hacer á un pueblo libre, y digno, por su honradez y entereza, de ser libre, hay que empezar por hacer un pueblo propietario, vinculado en la tierra por el doble atractivo del interés y del cariño. Con el proletarismo, la libertad es vana ó imposible; y cuando el hombre tiene que luchar con el hambre y con privaciones incesantes, la inteligencia se aletarga, los sentimientos morales se embotan, la conciencia enmudece, y hasta el amor de la patria degenera en estúpida indiferencia; en una palabra, así como el exceso de lo superfluo corrompe, la falta de lo necesario envilece y mata.

Los medios, que solo nos atrevemos á indicar, para generalizar la propiedad y sofocar las tendencias socialistas que se notan en algunas provincias de España, prescindiendo absolutamente de los que propone la es-

cuela católica, que, sobre irrealizables, son insuficientes, y de los que pregona la escuela socialista radical, que, sobre ser impracticables, son violentos é inhumanos, son los siguientes:

1.° Verdadera desamortizacion de las propiedades del Estado ó de los pueblos, subdividiéndolos en pequeños cotos al alcance de los jornaleros laboriosos; mas nó como se ha hecho hasta ahora lo que se ha llamado desamortizacion, y que, en realidad, no ha sido mas que hacer pasar las propiedades de unas manos muertas á otras tan muertas como las primeras.

2.° Creacion de la propiedad, aprovechando los muchos cientos de millares de hectáreas de terrenos abandonados, especialmente en Andalucía.

3.° Invitar á los dueños de la gran propiedad acumulada en pocas manos á ceder una parte de ella con un pequeño cánon.

Estos medios directos deberian ir acompañados de otros medios indirectos, pero no menos eficaces é imprescindibles.

Tal es el aprovechamiento de las aguas para riego de los terrenos que lo necesitan en nuestro pais tan ardiente y soleado; pues el establecimiento del riego en las grandes propiedades ha de obligar necesariamente á los propietarios á subdividir sus tierras en pequeños cotos, construyendo en ellos habitaciones, para cederlos á los colonos en arrendamiento; y hecho esto, poco habria de costar convertir el arrendamiento en cánon que, en un número de años, dejase al colono dueño del coto.

Además del grandísimo beneficio que produciria el aprovechamiento de las aguas, y del consiguiente aumento de riqueza, contribuiria este medio poderosamente á resolver las cuestiones sociales que está reclamando el actual estado de las industrias fabriles; las que, sostenidas hoy por el motor vapor, necesitan la proteccion

aduanera, y crean una verdadera pugna entre la mayoría de la nacion y la minoría dedicada á la industria. No pudiendo prescindir del vapor la industria, resulta que este agente ha de costar mucho mas caro al industrial en pequeña escala que al que lo sea en escala mayor (1).

Reemplazado el vapor por el agua, podria el pequeño industrial competir con las grandes fábricas; y entonces seria posible y fácil establecer las industrias fabriles por medio de muchos talleres en torno de la fábrica actual, como podrian establecerse en agricultura muchos pequeños cotos al rededor de un cortijo, obteniéndose de este modo la armonía que ha de reinar en la ley del progreso.

Otro medio indirecto, que, en buena doctrina, no puede considerarse como ataque á la propiedad, seria distribuir los impuestos directos á todos los terrenos, atendidas sus condiciones para la produccion, y nó su actual destino, como está sucediendo en el dia, en que, ya por abandono ó desidia, ya por capricho de muchos hacendados, se encuentran en nuestra península grandísimos terrenos que, siendo muy aptos para el cultivo ordinario, se hallan yermos ó simplemente destinados á monte bajo, sin mas objeto que utilizarlos para la caza. Segun el actual sistema de impuestos, pagan estos terrenos al Estado un tanto por ciento de sus productos, que es nada, ó poco mas; y sin embargo, si tenemos presente que quien adeuda al Estado no es el propietario, sino su propiedad, que forma parte del territorio nacional, seria de toda justicia obligar al pago de contribucion á todos los terrenos, partiendo de la base de su aptitud para la produccion. Esta medida seria muy fecunda en buenos resultados, ya que obligaria á muchos hacendados á roturar todas sus tierras, ó á arrendarlas, ó á vender parte

(1) El gasto anual de un caballo de vapor será de unos cinco mil reales, tratándose de máquinas de gran potencia; y pasará de diez mil, tratándose de máquinas de uno ó dos caballos.

de ellas á quienes se encargasen de roturarlas, ó á cederlas al Estado, el cual, á su vez, podria cederlas en pequeños cotos á cultivadores, mediante el pago de un pequeño cánon.

Las cuestiones sociales planteadas por los operarios dedicados á las industrias fabriles son mas difíciles de resolver que las de los dedicados á la agricultura; pero, en cambio, el número de aquellos es afortunadamente mucho menor que el de estos.

Los medios directos, tales como los proponen los interesados, movidos por la pasion y la ignorancia, no podrian dar mas resultado que la muerte de la industria, la ruina y la miseria general.

El sistema de la escuela económica, que puede considerarse como la antítesis de lo que acabamos de indicar, es de todo punto ineficaz por lo que toca á la cuestion social. Podrá, sí, en determinadas circunstancias, hacer prosperar la industria y los capitales á ella dedicados; pero será generalmente á costa de los operarios. En Inglaterra, siguiendo los principios de esta escuela, ha alcanzado la industria un alto grado de perfeccionamiento y prosperidad, prosperidad que puede venir á menos con los sucesos políticos, tan inciertos y mal seguros; por donde no será de extrañar que la cuestion social se presente allí, andando el tiempo, mas amenazadora que en nuestro pais, donde la poca importancia relativa que tienen y pueden tener estas industrias, y las especiales condiciones de nuestra raza, han hecho que los operarios de nuestras fábricas gocen de una posicion bajo todos aspectos muy superior á la que alcanzan los operarios de todas las demás naciones; y esta misma diferencia de bienestar tienen los operarios de nuestras fábricas comparados con nuestros agricultores, que suman un número por lo menos cincuenta veces mayor que aquellos.

La escuela económica, que no tiene entrañas, porque

no hay para ella mas norte que los frios guarismos, sacrifica los elementos al conjunto: principio que solo podria admitirse, si estos elementos fuesen cosas, ó animales á lo sumo; pero se trata de hombres, de semejantes nuestros, de una parte muy interesante de la poblacion, del fondo de la vida nacional, en el que se reclutan todas las clases, y muy digna, además, por las privaciones á que está sujeta, y por representar, al fin y al cabo, las abejas de la colmena; por donde ninguna escuela racional puede ni debe admitir la explotacion del hombre por el hombre, porque, sobre implicar una iniquidad horrible, seria ocasionada á perturbaciones como las que nos están amenazando en nombre de la *Internacional.*

Además de las sociedades cooperativas, que, si bien con lentitud, podrian dar buenos resultados, deberia el Gobierno contribuir por medios indirectos á modificar la actual organizacion de la industria. Entre estos medios, citarémos el que consideramos como orígen de todos los derivados que, á nuestro entender, podrian resolver hasta cierto punto el problema social: tal seria el establecimiento de las industrias en regiones agrícolas eminentemente productoras, inmediatas á los ferro-carriles, y donde pudiera emplearse como único motor el agente hidráulico, con lo cual se conseguiria una gran baratura en la mano de obra; se lograria además que, con capitales menores, pudiesen obtener mayores beneficios; que el pequeño industrial, empleando un pequeño capital, pudiese competir con las grandes fábricas; que el obrero, aun ganando menos jornal que en la actualidad, pudiese vivir mas holgadamente en un territorio donde las habitaciones y la alimentacion habrian de costar mucho menos, consiguiéndose además apartar á los operarios de los grandes centros que viven una vida artificial, y donde abundan malas tentaciones, y comparaciones que engendran envidia, odios y rencores.

Establecidas las industrias fabriles en estas condiciones, se obtendria, como consecuencia inmediata, el establecimiento de muchos talleres al rededor de cada fábrica, los cuales absorberian gran parte del trabajo que hoy se halla centralizado en la misma; y de este modo podria el operario pasar fácilmente á ser maestro ó dueño de taller, serian mas equitativamente distribuidos los beneficios de la industria, y esta mejoraria en razon al mayor número de inteligencias directamente interesadas en su prosperidad.

Y aquí dirémos de paso que se ha dado en España, en ciertas provincias, demasiada importancia á la industria. En la bárbara edad media, se divinizó la vida ascética fundada en la santidad de las privaciones, y de ahí nació el fanatismo, la supersticion y el embrutecimiento. En nuestros tiempos, se ha divinizado la industria, la que tiende, como tendia aquella, hasta quebrarlo, uno de los resortes de la sociedad humana. Los antiguos Romanos, con el abuso de la vida guerrera; los monjes y frailes, con el de las teorías de abnegacion; los modernos, con el de la actividad industrial, han pecado todos contra la gran ley que preside al ordenado desenvolvimiento de la organizacion social: la ley del equilibrio.

Creemos que no se tomará á mal que, á lo que llevamos expuesto, añadamos algunas observaciones sobre el aumento de ingresos, ya que todo se da la mano en la buena administracion de los Estados.

Lo dicho antes sobre la conveniencia de distribuir los impuestos segun la aptitud de los terrenos para el cultivo aumentaria considerablemente los ingresos del tesoro, ya que entonces pagarian muchos terrenos que hoy no pagan nada ó casi nada.

Pero el principal medio de aumentar los ingresos seria el catastro exacto de la propiedad territorial, ya que

es opinion general que una mitad de la propiedad territorial está oculta, y se libra por consiguiente del pago de impuestos. Y lo peor es que esta ocultacion redunda en perjuicio de los agricultores pobres, porque el propietario de pequeñas fincas paga siempre por todo su patrimonio, que se coge con la vista, al paso que el dueño de grandes terrenos no llega á veces á pagar la mitad de lo que deberia, resultando de esto que si, declarada toda la propiedad, bastaba 12 por ciento como impuesto, hay que elevarlo ahora al 18 ó mas por ciento, con grave perjuicio de los pobres, que no tienen, en compensacion del aumento, la ocultacion inicua de propiedad que tienen algunos propietarios ricos, por lo mismo que son ricos.

Pero al hacerse el catastro, ya que es operacion costosa y difícil, no deberia limitarse su objeto á la investigacion de la propiedad oculta, sino que deberia además tenerse muy presente que, á parte de tener el carácter fiscal, deberia servir el catastro para facilitar la solucion de problemas económico-sociales de la mayor importancia.

Concretándonos á la aplicacion del catastro para el establecimiento del crédito agrícola, no podemos menos de observar que esta institucion se ha tratado de plantear repetidas veces, y que nunca se ha obtenido ningun resultado, por la sencilla razon de que la propiedad territorial, sin un catastro perfecto, no puede prácticamente servir de garantía, á pesar de su carácter de inmueble. Es evidente que si se pudiese partir de un catastro, podrian simplificarse las formalidades hipotecarias y establecerse el crédito agrícola, de tan imperiosa necesidad en España, donde, segun se asegura, la propiedad territorial paga por su deuda intereses mayores que sus productos; y dadas las condiciones de nuestro pais, cuya principal riqueza es la agricultura, tiene tanta importancia el crédito agrícola como la generalizacion de la propiedad y el mismo riego.

El catastro que, de once años atrás, se trató de empezar por la Junta de Estadística no satisface estas necesidades; y lo peor es que, á pesar de tantos años mal empleados, y de los muchos millones que se han gastado, es muy cierto que el pais no ha visto hasta ahora ningun resultado. Comprendemos que mucho ha contribuido á esto el cambio de personal que en él ha causado la política; pero el caso es que la necesidad apremia, los millones se gastan, y el tiempo transcurre sin que se adelante un paso en un ramo que tantos beneficios deberia reportar á la administracion y á la riqueza pública, si á él se dedicaran la inteligencia, la actividad y constancia que necesitan.

En la Gaceta de Madrid del 14 de setiembre de 1870, se hallan el preámbulo y decreto del Ministerio de Fomento que reorganiza la Direccion y Junta de Estadística. Bastante se dice en dicho preámbulo para comprender muchos de los defectos que ha tenido la organizacion de este servicio, que, en once años, no ha dado ningun resultado práctico de interés económico, ya que solo ha conseguido la publicacion de algunos datos estadísticos que no son de interés público, y la de algunos planos parciales, como son los de algunos sitios Reales, tales como el Pardo y Aranjuez, en los cuales se ha invertido sin necesidad un extraordinario trabajo de detalles, con el objeto, probablemente, de alcanzar favor de la Real Casa, proporcionándole planos que costaban al pais mucho dinero, y no le producian ninguna utilidad.

El principal trabajo ejecutado por la Estadística es el catastro hecho en parte de la provincia de Madrid; pero este trabajo se ha hecho con una falta tan reparable de unidad, y con tan poco ó ningun miramiento, que no ha podido servir para el reparto de los impuestos, ni como base de funciones administrativas. De donde resulta que la Junta de Estadística ha gastado unos sesenta millones

de reales, de los cuales se ha dedicado mas de la mitad al catastro que para nada ha servido.

Por efecto de la nueva organizacion dada á la Estadística, se ha creado el Instituto geográfico, que, como cuerpo facultativo, se ha separado de la parte administrativa, la cual ha quedado á cargo de la Direccion General de Estadística. De resultas del mismo arreglo, se han suspendido los trabajos catastrales de la provincia de Madrid, y posteriormente se han enviado varias brigadas á Andalucía y á la Mancha, con objeto de investigar la riqueza territorial por medio de la medicion de las masas de cultivo. No nos ha sido posible averiguar si, á la vez que se hace esta medicion de masas de cultivo, se hace tambien el deslinde de los términos municipales. Si solo se hace lo primero, servirá poco mas que de nada; y si se hace lo segundo, podrá conocerse la riqueza de cada término para imponer á cada uno la parte de impuestos que le corresponda; pero esto responde solamente á la cuestion fiscal, y, á nuestro entender, el catastro ha de tener miras mas elevadas, no limitándose al equitativo reparto de los impuestos, sino proporcionando además las reformas administrativas necesarias para movilizar la propiedad y facilitar su crédito, haciendo posible el establecimiento del crédito agrícola, seguro y libre de trabas; ya que el crédito agrícola, sin un catastro perfecto, es absolutamente imposible en la práctica.

El catastro perfecto de toda la Península podria costar unos mil millones de reales; pero dado el estado económico del pais, que no puede hacer este gasto en el corto tiempo en que se necesita este trabajo, y atendiendo por otra parte á que, con la actual organizacion oficial, no es posible reunir el personal necesario, creemos que deberia darse participacion en este trabajo á la iniciativa y actividad de los particulares. Para esto, utilizando los trabajos de la Comision del Mapa, que dan las triangu-

laciones de varios órdenes, hechos con una precision hasta ahora desconocida en los trabajos de este género (resultado que honra sobre manera á los señores Oficiales facultativos encargados de esta operacion, tan importante como fundamental) (1), deberia limitarse el personal del Gobierno á determinar los perímetros de todos los términos municipales tomados como unidad parcelaria. De este modo, podria el Estado, en poco tiempo, y haciendo trabajar al personal, obtener la superficie y posicion de cada término, y distribuir equitativamente entre ellos los impuestos.

Hecho esto, podria mandarse por el Gobierno que los pueblos hiciesen el catastro sujeto á las prescripciones de un reglamento debidamente estudiado, dando la Direccion de Estadística el perímetro del término gráfica y analíticamente. De este modo, el catastro de cada término deberia rellenar su perímetro respectivo, y la suma

(1) La Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales de Madrid, la Sociedad de Geografía de París, la Sociedad Meteorológica de Francia, y el Instituto Egipcio han nombrado académico al señor Coronel de Ingenieros D. Cárlos Ibañez é Ibañez de Ibero por su notabilísimo trabajo de *medir bases*. El Cuerpo de Ingenieros militares español ha premiado al mismo Coronel con la medalla de oro y la especial distincion de dar su nombre al aparato. El gobierno prusiano le ha concedido la cruz del Aguila roja; el gobierno español le ha nombrado últimamente Director del Instituto geográfico, y S. M. el Rey le ha ascendido á la categoría de Oficial General. Por último, la Comision rusa, que presenció la medicion de la base de Madridejos, ha informado al gobierno imperial, asegurando que la Comision del Mapa de España ha llenado su cometido de una manera inmejorable y superior á los trabajos de las Comisiones de todos los Estados. Tenemos una viva y patriótica satisfaccion al consignar estos hechos, hechos desgraciadamente muy raros en nuestro pais, y que por lo mismo honran tantomas á la dignísima persona que los ha creado, y al Cuerpo á que pertenece. ¡Ojalá las *muchísimas* Comisiones nombradas en España hubiesen llenado, no dirémos tan bien, pero sí la mitad tan bien, su cometido!

de las propiedades deberia dar precisamente el área total del término, sin que cupiesen ya ocultaciones.

Para facilitar á los Ayuntamientos la formacion del catastro, podria autorizarse á los particulares para que, mediante concesion, que pedirian al Gobierno, garantizándola con un pequeño depósito, pudiesen hacer el catastro; el cual, comprobado y aprobado, fuese satisfecho por el Estado; y este se resarciria del gasto con el aumento inmediato de contribuciones que percibiria. La obligacion de pedir concesion al Gobierno para hacer estos trabajos tendria por objeto evitar que se hiciesen los mismos por dos particulares á la vez; y con el depósito que se exigiese á los que obtuviesen concesion para hacer el catastro de un término, se lograria que no pudiesen estos entorpecer á la administracion indefinidamente. Este proceder seria sin duda el mas fácil, el mas práctico y el mas justo, y cien veces mas económico que el catastro hecho por el Estado, y abriria ancho campo á la actividad particular, la que podria ocupar en estas operaciones á miles de personas, obteniéndose en pocos años el tan deseado catastro, que no se hará nunca, si persiste el Estado en hacerlo directamente; y si al catastro se unia el reparto de la contribucion, fundado en la superficie de los terrenos aptos para el cultivo, y nó, como ahora se practica, en el tanto por ciento de sus productos, quedaria completamente resuelta, y resuelta con justicia, la cuestion del reparto de los impuestos.

Algo mas podria decirse sobre la conveniencia del catastro para combatir las tendencias socialistas de la *Internacional,* y mucho mas tambien sobre el modo de llevar fácilmente á cabo tan importante trabajo. Pero demasiado nos hemos extendido ya con las generalidades á que hemos tenido que ceñirnos. Quizás mas adelante, en un trabajo especial dedicado á este objeto, presentemos un plan práctico que satisfaga las justas aspiraciones

del pueblo agrícola, mediante la legítima y ordenada descentralizacion de la propiedad, y el mejoramiento del trabajo agrícola por los canales; y que satisfaga á la vez las no menos justas aspiraciones del pueblo manufacturero, mediante una racional descentralizacion de la fábrica, y el mejoramiento del trabajo industrial por los canales mismos. La realizacion de este plan, llevado á cabo con buena fe, con amor y perseverancia, es lo único que legítimamente puede matar las exageraciones de la *Internacional.* Y como quiera que con él tenga muy estrecha relacion el catastro, no podrémos menos de presentar tambien un proyecto completo sobre el mismo, al explanar el pensamiento que hemos consignado.

Volviendo ahora al objeto que nos puso la pluma en la mano, dirémos que ya empiezan á desvanecerse, y se irán desvaneciendo mas y mas con el tiempo (segun en otro lugar llevamos dicho) aquella fe en las teorías políticas y en su influencia; aquella credulidad en el poder de los sistemas, prescindiendo de las ideas y de las costumbres. Harto fatal ha sido hasta ahora para los pueblos modernos esa desdichada aplicacion de la metafísica á la política. Ya no se creerá luego, como quieren sostenerlo nuestros demócratas, que baste, para gobernar á una nacion, una Constitucion escrita ó impresa; que baste el mecanismo social mas ingenioso para hacerla prosperar y llevarla por la senda del progreso; ya no se creerá que pueda nacer una república hecha y derecha del cerebro de uno ó mas legisladores, como saltó Minerva, segun el mito griego, de la cabeza de Júpiter. Todos esos errores, aunque á costa de muchísimos males, los irá corrigiendo la experiencia. La revolucion de 1789 (la mas justa que registran los anales de la humanidad, y que se torció luego desdichadamente por el impetuoso ardor de los oprimidos, inflamado por la ne-

cia y criminal terquedad de los opresores) dió á la Europa una leccion que, al parecer, no debia echarse en olvido; vino despues la de 1830, que, en mala hora y en un dia de demencia, provocó Cárlos X, rasgando con sus propias manos el pacto al que habia jurado fidelidad; y llegó mas tarde la de 1848, que no tuvo tan justos motivos de ser. La revolucion española de 1868 fué una necesidad. Lástima que, merced á la impaciencia de los que no la hicieron, amenace traspasar los límites dentro de los cuales deberia encerrarse para no malograr sus frutos. La anarquía republicana engendró por dos veces en Francia el despotismo imperial. Por dos veces los excesos del despotismo imperial hicieron anhelar á la Francia la libertad política, arrojándola últimamente á la demagogia y á sus fatales consecuencias, esto es, á las horribles escenas de 1871, que no es de creer que se olviden en mucho tiempo. Este problema: *dada una comunidad egoista y sin principios, hágase resultar de su accion combinada una sociedad honrada y virtuosa;* este problema, insoluble como la cuadratura del círculo, ha producido unos resultados harto sangrientos para dados al olvido.

Ya es hora, en efecto, de que dejemos de entregarnos exclusivamente á teorías generales y vagas, mas propias para que en ellas se luzcan retóricos y sofistas sin convicciones sinceras, que para hacer progresar la ciencia social. Los Alemanes é Ingleses nos echan en cara á los pueblos latinos que nos dejamos embargar casi exclusivamente por los principios, prescindiendo de las verdades secundarias y de aplicacion. Los Ingleses, que, en esto y en otras muchas cosas, podrian servirnos de modelo, dicen que ya hace tiempo que tienen muy conocidas las verdades fundamentales, y que no tienen por qué debatirlas. De aquí el agitarnos en un círculo vicioso, así Españoles como Franceses é Italianos, sin adelantar un

paso, y yendo á veces para atrás. Ya seria hora de que, establecidos los principios, no pensásemos mas que en sus consecuencias, desviando á los talentos privilegiados de contemplacionés vagas y estériles para dirigirlos á objetos de utilidad práctica y positiva; talentos que desgraciadamente se malogran empleando sus fuerzas sin provecho propio y en grave perjuicio de los demás.

Pero antes de terminar, se nos permitirá insertar un pasaje de Mr. Passy, que viene aquí de molde, y que entregamos á la meditacion de *todos* nuestros paisanos, así activos como pasivos. Dice así:

« En los paises donde la libertad no ha realizado ninguna conquista, ó solo las ha realizado en pequeña escala; y en aquellos otros paises donde ha perdido una parte de las que ya habia alcanzado, ha venido el mal de divisiones intestinas, debidas unas á la diferencia de orígenes y nacionalidades, y otras á odios, hijos de las separaciones de larga fecha establecidas contra clases maltratadas por las leyes... Así es como en todos los siglos ha estado obrando una ley dura, sí, pero justa y tutelar en el fondo, ya que convirtiendo las iniquidades nacionales en una fuente de animosidades y discordias interiores, esta ley impone á las naciones un castigo merecido. Cuanto mas han desconocido estas las prescripciones del derecho y de la justicia, mas reducida queda la suma de libertad política de que pueden gozar; y aun cuando se afanen por repararlas, ha de pasar mucho tiempo, antes que las injusticias de lo pasado cesen de oponerse á que logren dichas naciones mejorar su suerte.»

Despues de haber dado fin á esta introduccion, la que, contra nuestro propósito, ha salido mas larga de lo que imaginábamos; y á la noche siguiente, por aquello que dicen nuestros vecinos los Franceses: *La nuit porte*

conseil, nos asaltó el doloroso pensamiento de que iba á ser absolutamente inútil cuanto llevamos expuesto; y que nos va á suceder ahora lo que, en los tiempos heróicos, sucedió á la triste Casandra de Troya, y, en el siglo XVI, al bueno de Erasmo, que, antes de la reforma religiosa, se desvivió por conciliar los ánimos, y acabó por ser el blanco de las iras de católicos y protestantes.

Mucho nos tememos, pues, que las eternas pasiones de la humanidad van á dar tambien ahora sus amargos frutos, y que por los jefes de los partidos federal y absolutista se dejarán pasar aquellos momentos raros y preciosos que tan acertadamente llama Virgilio: *mollia fandi tempora.*

LA
REPÚBLICA FEDERAL
Y LA
POPULARIDAD.

> Errare humanum est; errorem agnoscere, angelicum; in errore perseverare, diabolicum.

La ciencia política no es, como se ha supuesto, una ciencia abstracta y de teoría, pues va variando con los tiempos y las circunstancias; sufre la influencia de las nacionalidades; nada tiene de empírico; rígela la experiencia; y el gran problema que tiene todavía que resolver es la mezcla de la estabilidad y de la flexibilidad. Si se contenta con asegurar los intereses de las naciones, tratando de encadenarlas á lo pasado, se la acusa, nó sin razon, de condenarlas á una eterna decrepitud; si se arroja á innovaciones, se la tacha de liviana, desatentada, violenta, insensata. Le es forzoso amoldarse al siglo, á las costumbres, á la necesidad de los tiempos: tal es su condicion primera. De ahí un carácter equívoco y fluctuante, una movilidad de principios y de medios que se le achaca como un crímen. Las bases en que ella se fun-

da son movibles; y este defecto es inherente á su naturaleza. Los materiales con que trabaja son variables y quebradizos; y su incertidumbre es el resultado forzoso de los deberes que le vienen impuestos. Las relaciones de los hombres entre sí, y de los hombres con sus gobiernos, son tan complexas y oscuras; las causas que los dirigen, y los resortes que los mueven son de suyo tan variables, que es de todo punto imposible poner los resortes en movimiento y dirigir sus relaciones sin entenderlos, y, aun entendiéndolos, sin doblegarse.

Algunos axiomas morales de una verdad incontestable son los únicos principios fijos de donde ha de partir la ciencia política. Tales son las leyes de la equidad primitiva, fuera de las cuales no cabe salvacion ni para los pueblos ni para los que los dirigen; pero en saliendo de este estrecho círculo, todo se vuelve incertidumbre; todo empieza á vacilar; todo depende de particularidades especiales con las que se da la mano la organizacion social de tal ó cual nacion. Los intereses de esa ó de la otra localidad, los recuerdos de un pueblo, su posicion, su industria, su orígen, determinan el modo de gobierno que ha de regirle. No solo, segun dice Montesquieu, trae consigo la diferencia de climas una multitud de modificaciones en la administracion de las leyes y en la distribucion de los poderes, sino que la juventud tambien, ó la antigüedad de un pueblo, su carácter particular, sus dogmas, sus preocupaciones, el aumento ó disminucion de su poblacion, sus costumbres guerreras ó pacíficas, le estampan su sello peculiar, y dan un carácter distinto á unas instituciones que, en teoría, parecian uniformes. De todas las monarquías que, desde el orígen del mundo, han dejado una huella en la historia, no hay una quizás, que encuentre en ningun tiempo su análoga. De todas las repúblicas, cuya memoria ó cuya actual existencia admiramos, no hay dos que deban llamarse por el mismo nombre. De

ahí el ser la calificacion genérica que ordena bajo títulos comunes los diversos gobiernos una mentira convenida, una abstraccion que nada tiene que ver con la realidad de los hechos. Mas hay. No hay gobierno que no cambie de faz durante su existencia. Todos ellos recorren fases variables hasta lo infinito, y, solo recorriéndolas, pueden seguir subsistiendo; por donde el estado de revolucion es su situacion permanente. Así es que, en vez de aplicar esta palabra á algunos momentos de crísis, á algunas erupciones pasajeras, seria mas lógico aplicarla á su misma vida, que no es mas que un cambio perpetuo, una continuidad de revoluciones sucesivas.

Todo es pues excepcional en política; pero el arte de explicar estas excepciones está sujeto á reglas poco conocidas todavía, y cuya ejecucion encuentra mil trabas en nuestras preocupaciones. Es decir una gran verdad, por ejemplo, el suponer que, en los gobiernos en los que domina el pueblo, viene el peligro de las facciones y del espíritu de partido; y que, en los otros gobiernos, conviene oponerse ante todo á las usurpaciones del poder ejecutivo. Pero ¡qué vaguedad en estos axiomas! ¡cuán fácil es hacer de ellos un uso peligroso!

Dejemos pues de discurrir teóricamente sobre la monarquía y la república. Juzguemos á todo gobierno en sí y en sus relaciones con las circunstancias que le rodean. El orígen comun de dos constituciones diferentes no es motivo para que dejen de estar perpetuamente aisladas por sus rasgos especiales é indelebles; y toda argumentacion filosófica sobre la materia será vana y sin resultado, si la separamos de los hechos y de su omnipotente realidad.

Pero ¿qué es el gobierno federal? Si hubiésemos de contestar á esta pregunta de un modo abstracto y general, diríamos: Es la union de varios grupos de Estados, demasiado débiles para mantenerse por sí mismos, y que

buscan en su alianza un recurso contra los peligros de su debilidad. Cada uno de los miembros de la confederacion sacrifica una parte de su independencia á la seguridad de todos. Por idénticos principios se forma el contrato social; los individuos que componen un Estado abandonan asímismo una porcion de sus derechos naturales para ser protegidos y garantidos por la comunidad; pero se equivocaria quien creyese exacta la semejanza. Entre los diversos grupos que se unen para formar una federacion, son tan raros los puntos de contacto y de cooperacion, como comunes son y numerosos entre los hombres que forman parte de la misma nacion; y al paso que el gobierno de un pueblo debe y puede, hasta cierto punto, asegurar á todos sus súbditos el goce de los mismos derechos, y la ejecucion de una justicia igual para todos, las ventajas que la union federal proporciona á los Estados de que se formó no son ni muy extensas ni muy seguras, por cuanto el vínculo comun está siempre dispuesto á quebrarse; el poder supremo puede volverse á poner, el dia menos pensado, en tela de juicio; cada sociedad, mucho mas importante con respecto á la masa, de lo que puede serlo un individuo relativamente al Estado, está expuesta continuamente á la tentacion de rebelarse y encerrarse en su propia personalidad: en una palabra, nada mas frágil por naturaleza; nada mas débil é incierto.

Si seguimos el mismo raciocinio en todas sus consecuencias, no podrémos menos de reconocer que la naturaleza del gobierno federal tiende necesariamente, nó á consolidarse, sino á debilitarse; y una serie de ejemplos irrecusables probará luego que, para equilibrar esta tendencia, se han de haber rodeado, en todos tiempos y en todas las naciones republicanas, circunstancias especiales, rarísimas de suyo, y poco estables. No cabe duda en que de esta forma anómala nacen grandes ventajas; pero ¡cuántos y cuán grandes obstáculos se oponen al des-

envolvimiento de esas mismas ventajas! Mientras que cada fragmento de la masa federal parece prosperar y engrandecerse, la cohesion y la secreta lucha de las partes constitutivas de un mismo todo entorpecen y contrarían su progreso. Y en efecto, verémos luego que, por un extraño resultado, el vínculo federal sirve de rémora al crecimiento de cada uno de sus elementos, y por consiguiente, á la fortuna de cada porcion del Estado.

Nadie desconoce que el objeto de todo gobierno es el bienestar general. Peró ¿por qué medios se puede alcanzar este resultado? Aquí está toda la cuestion política. Para lograrlo, se confia cierta fuerza á una parte de la comunidad, á la que se le delega el poder para asegurar la propiedad comun. Si ese poder es demasiado débil, los delegados se encuentran sin recursos para corresponder á la confianza pública. Si es demasiado fuerte, pueden abusar de ella en su propio interés. Nada pues mas absurdo é injusto que el hacer responsable del mal estado de los negocios á los mismos á quienes se privó de los medios indispensables para dirigirlos; así como no cabe acto mas inmoral que el torcer en beneficio propio la autoridad que se nos haya puesto en las manos para la dicha de todos: la primera de estas iniquidades es familiar á los demócratas; la segunda es el crímen de los tiranos. Conceded pues al poder ejecutivo una autoridad suficiente; y, por medio de hábiles restricciones y contrapesos bien meditados y necesarios, ponedle en la imposibilidad de abusar de ella.

En balde se tratará de definir de un modo claro y preciso lo que se llama *bien* público. Muchas veces (y aquí tropezamos con una de las mayores dificultades de la política) el verdadero bien (la utilidad real de un Estado) es diametralmente contrario á su utilidad aparente. Otras veces tambien exige que se quebranten las leyes de su actual bienestar para asegurar su bienestar venidero. El

verdadero interés del pueblo puede exigir que se le impongan tributos, y que se le someta á restricciones cuya ventaja es remota, y oculta su utilidad. Es imprescindible que las personas á quienes se abandonan las riendas del gobierno gocen de una completa libertad de movimientos, y de gran latitud, por exigirlo así el ejercicio de sus funciones; pues el fiscalizarlas es trabarlas; detener su marcha es oponerse al desenvolvimiento de todas sus intenciones y de todos sus planes. De aquí la necesidad indispensable de un poder supremo.

Este poder, en un gobierno libre, pertenece á la legislatura, compuesta de los representantes del pueblo, ya integral, ya parcialmente convocados. Ponerles trabas es abrir la puerta á las mayores desdichas, exponer el Estado á los peligros mas inminentes, so pretexto de precaverlo de peligros imaginarios. No es posible levantar un dique contra las usurpaciones sometiendo la legislatura á una fiscalizacion perpetua y molesta, sino haciéndola responsable ante la opinion pública, dando á la nacion frecuentes ocasiones de manifestarla, y de expresar su aprobacion ó desaprobacion, su consentimiento ó desagrado.

La flaqueza del poder ejecutivo emana necesariamente de esa debilidad del poder legislativo inherente al régimen federal: debilidad que no ha acertado á corregir, ni aun el régimen de los Estados Unidos, que es el modelo mas perfecto de esta especie de constitucion. Para restablecer el equilibrio entre el gobierno central y los gobiernos parciales, se ha dado á los tribunales un poder exagerado, muy ajeno de sus atribuciones ordinarias. Un conflicto raro y peligroso obliga entonces á la magistratura y á la autoridad legislativa á chocar una con otra. Tan pronto como un ciudadano cree que la ley, en cuya virtud se ve condenado, ataca los principios de la constitucion, pone la misma ley en tela de juicio, y, por consi-

guiente, á la legislatura de la que emana. Aun cuando ambas cámaras la hayan sancionado; aun cuando la hayan ratificado con todas las formalidades de estilo, podrá verse al tribunal supremo declararla nula y sin efecto. Desde luego se alcanza el peligro de tal organizacion. En los Estados Unidos, sus resultados han sido funestos; y se han visto leyes promulgadas sobre materias completamente políticas abrogadas por la magistratura, la cual se ha colocado de este modo encima del poder legislativo.

Caben opiniones sobre la reparticion de los poderes y el lugar que deben ocupar; pero nadie puede negar lo imprescindible de una autoridad, y que esta autoridad directora necesita libertad, ya que el negarlo equivaldria á poner en duda hasta los principios de la naturaleza y los elementos de la lógica. Solo á los teóricos noveles les es lícito querer constituir un cuerpo sin cabeza, y echar en olvido que, en todo organismo, se necesita un punto central. Si el testimonio de la razon, confirmado por la historia, prueba la necesidad de esta fuerza exclusiva, libre de trabas, aunque susceptible de contrapeso, es evidente que esta fuerza corresponde al poder legislativo, ora posea la autoridad legislativa el *ochlos*, esto es, la parte mas ignorante de la plebe, como sucedió entre los Atenienses; ora el rey, como en las monarquías puras; ora la asamblea representativa, como en los gobiernos constitucionales. ¿Y dónde puede residir con menos peligro para el Estado que en una asamblea compuesta de diputados del pueblo?

Apliquemos estos principios al régimen federal. Desde luego dos preguntas se nos ponen delante: 1.° ¿Es compatible con este género de gobierno la delegacion de una autoridad directora y suficiente? 2.° Aun cuando la naturaleza del sistema federal no rechazase de un modo absoluto esta preponderancia de una fuerza legislativa

central, ¿estarian los ciudadanos y los Estados dispuestos á dejarla subsistir?

Estas dos preguntas se resuelven por sí mismas negativamente. Toda confederacion supone una igualdad absoluta entre los miembros que la componen; pues no bien hay supremacía, se ve comprometida la independencia soberana de cada gobierno. Dad á la capital federal esta autoridad directora, y vuestra federacion no será mas que una palabra, una subdivision territorial sin valor. En cuanto todos los Estados, ó algunos de ellos participen de esta misma fuerza central, esta se destruirá por sí misma con su subdivision. Por muy poca que sea esta influencia, esta suscitará la pugna de intereses, avivará preocupaciones antiguas, y mantendrá en el seno de la masa nacional gérmenes de discusiones que no tardarán en desenvolverse, trayendo al haz federal una semilla de muerte.

Desconoce al hombre y sus pasiones quien no prevé estos resultados. Los Estados pequeños se asocian para hacer rostro á las naciones extranjeras, para presentarles una masa compacta, para gozar de mayor seguridad, para aumentar su importancia y su fuerza. Pero la necesidad de esta asociacion solo se deja sentir de un modo enérgico á los ciudadanos de cada Estado en las circunstancias críticas; y una vez pasaron estas, vuelven á entrar los grupos en su individualidad, olvidando el vínculo social, y mirándolo como una traba. Así es que todo el interés, todo el patriotismo se dirigirán á las nacionalidades distintas, no ya á la nacionalidad general. El poder central será mirado con ojos envidiosos é inquietos; solo se le dará una asistencia escasa y pasajera, una ayuda efímera y de mala gana. Nadie se acordará de aumentar su fuerza ni de consolidar su existencia. Los ciudadanos abandonarán toda su confianza á sus propios diputados, y volverán la espalda á los intereses de la adminis-

tracion federal para no pensar mas que en sus intereses personales. Y aun será una dicha, si no piensan en el gobierno central, y si no tratan de entorpecer sus movimientos.

Siempre queda en pié la dificultad, ora se conceda, ora se niegue al gobierno central el poder necesario. Si cada administracion parcial conserva una autoridad especial, los diputados y representantes de las localidades serán considerados como protectores de aquellos intereses locales por ellos representados, y se les exigirá, no ya que fortalezcan, sino que debiliten la autoridad central. Su influencia, en sus Estados respectivos, irá en aumento, al paso que la fuerza de la administracion federal irá menguando de dia en dia. Esta observacion no se ocultó á uno de los mas sagaces defensores de los gobiernos federativos, esto es, á Hamilton, quien, sobre esto mismo, dice lo siguiente: «Hay en el seno de los gobiernos federativos una debilidad innata, una flaqueza inherente: nunca serán de sobra cuantas precauciones se tomen para remediarlas; es forzoso asegurar á su organizacion todo el vigor compatible con los principios de la libertad.»

La subdivision de la autoridad es una fuente perenne de peligros y desdichas; y de ahí el conflicto de jurisdicciones. Tal tributo, que una provincia sufrirá sin quejarse, parecerá oneroso á otra; y las contravenciones á la ley, penadas en un Estado, pasarán impunes ante los tribunales y los jueces de otro Estado. Es muy posible que un canton federado se niegue á facilitar los fondos indispensables para los gastos de la administracion federal, y que la magistratura del mismo canton no persiga unos delitos cuya gravedad no echa de ver. De ahí ha de resultar una de estas dos cosas: ó bien los Estados que pagaron el impuesto reclamado querrán seguir en adelante el ejemplo de los Estados refractarios, ó bien se armarán

contra los últimos. Se necesitará una prudencia, una moderacion sobrehumanas para encerrar cada jurisdiccion dentro de sus justos límites: virtudes que no hay que esperar en medio de los intereses divergentes y de las pasiones turbulentas, cuyos elementos van acumulando sin cesar las grandes sociedades, bastando una chispa para inflamarlos con violencia extremada.

Si la administracion central es fuerte, los gobiernos particulares serán débiles; si estos últimos se hacen poderosos, el gobierno central perecerá de inanicion: así lo enseñan y lo demuestran todos los ejemplos de la historia. A la debilitacion del poder central han seguido en todos tiempos resultados funestos; pues al negarle la fuerza directora, se ha privado á los Estados de la energía íntima y única, sin la cual no cabe voluntad efectiva, ni, por consiguiente, accion poderosa. Las leyes decretadas por el consejo general de la nacion, aplicables á cada uno de los Estados, han sido eludidas por los ciudadanos de los mismos Estados, porque los legisladores se han visto privados de toda influencia directa sobre los miembros de cada comunidad: error radical y causa de muerte. Supongamos que el cuerpo legislativo mande una leva. ¿Cómo se efectuará la quinta? ¿Cómo se impedirá que á ella se oponga un grupo de Estados? En este caso, el decreto del Senado no será mas que una recomendacion, y no tendrá fuerza de ley. Los Estados enviarán ó nó su contingente, segun así les plazca á los jefes mas acreditados ó á las facciones mas influyentes. La desobediencia traerá la anarquía; no habrá mas remedio que el uso de la fuerza. Parte de los cantones confederados empeñará la lucha contra los que se resistan á las órdenes, ya tan menospreciadas, de la autoridad federal. Una vez empeñada la batalla, los vencedores adquirirán una preponderancia destructora de toda igualdad federativa; y de este modo, segun siempre acontece,

la tiranía nacerá de la indisciplina; y la debilidad del poder director dará á luz un poder nuevo, salido de la conquista, é imperioso como la victoria.

Verdad es que, mediante un compromiso, se puede sortear en parte este escollo, y evitar el peligro; y esto se conseguirá dando á la administracion federal una autoridad de fiscalizacion; pero es obvio que este medio las ha con el principio del gobierno federativo, y que la administracion federal puede abusar de tal concesion. En la confederacion de los Licios, el gran consejo sancionaba el nombramiento de los magistrados y de los empleados públicos en todas las ciudades de la Licia: intervencion delicada y peligrosa, y que lo hubiera sido mucho mas, si las provincias confederadas no hubiesen estado unidas por relaciones de intimidad. Montesquieu (1) cita con razon esta forma de gobierno como dechado de federacion; pero es obvio que está muy distante del sistema cuyo nombre lleva; y si se examina detenidamente su verdadera organizacion, echarémos de ver en ella los mas de los caractéres que distinguen á una sociedad compacta, regida por leyes homogéneas, y sujeta á un solo centro directivo. Estrabon (2), en su análisis de la constitucion de los Licios, y en la descripcion que nos da de sus costumbres, viene casi á probar que su federacion no era mas que un título, una palabra que nada tenia que ver con la realidad del sistema que en apariencia los regia.

La misma observacion es aplicable á la liga ó confederacion Aquea. Todos los cantones que la componian se servian de la misma moneda, de los mismos pesos y medidas, del mismo idioma, y obedecian á costumbres y leyes idénticas. Los cantones sujetos al lazo federal, es-

(1) *Espíritu de las leyes*, IX, 2.
(2) Libro XIV.

trechando el lazo que los unia, habian quedado reducidos á una homogeneidad casi completa. Plutarco (1), con el buen sentido práctico que le distingue, atribuye á esta organizacion la fuerza de la liga Aquea, á la que á porfía han prodigado sus elogios otros escritores políticos. Cuando Lacedemonia entró en la liga, se abolieron las leyes de Licurgo, cuyas instituciones fueron reemplazadas por las instituciones y las leyes de los Aqueos: ¡tan imprescindibles parecian ya en aquellos tiempos la uniformidad del sistema y la centralizacion del poder! De ahí, dice Polibio, el acrecentamiento de fuerza, la consideracion, el respeto de que se rodea la union aquea. Pero á pesar de tantas precauciones, Roma supo arrojar la discordia al seno de aquellos Estados, los dividió, los armó á unos contra otros, y arruinó la confederacion.

Es por demás citar aquí la llamada asociacion de las repúblicas griegas bajo la sancion ineficaz y quimérica del Consejo de los Anficciones; asociacion que nos da un ejemplo tremendo de las calamidades que trae consigo un gobierno federativo sin lazo, sin homogeneidad entre sus partes, sin fuerza central y directora. Corrió la sangre á raudales. El desenfreno demagógico, la oligarquía y sus iniquidades, el republicanismo austero, y la ambicion devoradora cubrieron la Grecia de cadáveres y ruinas: en vez de reconciliar y de fundir aquellos elementos encontrados, la federacion que los unia solo sirvió para empeñarlos en una lucha perpetua y sangrienta, y los puso á unos frente á otros como á aquellos desdichados atletas á quienes la ferocidad de los Romanos ataba unos á otros, y condenaba á degollarse entre sí en un circo cerrado por todas partes.

Los tiempos modernos han visto levantarse otro monstruo federativo que no ha dejado de obrar é influir en

(1) Vida de Filopémen, c. 16.

Europa; hablamos de la Confederacion Germánica: fábrica curiosa, organizacion extraña y bárbara, hija del sistema feudal, y con todos sus defectos, presenta una semejanza singular é instructiva con la liga anficciónica. Defectuosa en su principio, fundada en bases ruinosas, débil como todas las federaciones, tiránica como la feudalidad que le habia servido de cuna, reunia todas las anomalías de ambos sistemas, y llamaba sobre el pais las calamidades inherentes á los mismos.

El emperador, jefe nominal de aquella máquina tan vasta como grosera, estaba investido en apariencia de poderes inmensos; la Dieta, convocada bajo su presidencia, ostentaba una autoridad alta y soberana; las prerogativas de esta y de aquel eran muchas; y á juzgar por las formas externas y aparentes de la Confederacion Germánica, nadie hubiera dejado de creer en su estabilidad; nadie hubiera dejado de considerar como poderosas las garantías de reposo y de dicha que ofrecia á sus súbditos. Pero consultemos la historia, examinemos los hechos. Aquella liga de soberanos, dispuestos siempre á pelear unos contra otros, aparecerá luego bajo sus verdaderos colores. Pronto reconocerémos la inutilidad de aquellas leyes promulgadas por la Dieta, ya que todo miembro de la Confederacion se creia en el caso de poder repudiar su autoridad. Ahí están los anales de la Alemania moderna que nos enseñan cuáles fueron los efectos de aquella organizacion: guerras siempre, sostenidas por los confederados; todos los decretos impotentes; violadas todas las leyes; una larga anarquía mas opresora y menos gloriosa que la que habia asolado á la Grecia antigua. Incapaz de resistir al enemigo comun; turbulenta, desobediente, ardiente en despedazarse á sí misma, no tenia fuerza la Liga germánica sino contra las leyes que ella misma se imponia, y quedaba inerme y sin recursos contra la agresion de que se veia amenazada ó que la heria. Sin la

intervencion extranjera, nunca se hubieran apaciguado aquellas contiendas. A las matanzas, á la guerra civil siguieron luego las intrigas interesadas de los otros príncipes europeos. Apenas levantaba la voz la Dieta para restablecer el órden, cuando una parte de los confederados se alzaba contra la sentencia que otros soberanos defendian con las armas en la mano. En el siglo XVI, el emperador y la mitad de los príncipes del Imperio estaban en guerra contra todos los otros. La guerra de los Treinta Años presentó el mismo espectáculo: la paz, dictada por las potencias extranjeras, fué en provecho exclusivo de ellas; y la Alemania, diezmada, arruinada, postrada, aprendió á conocer los resultados de una malísima constitucion política.

Una federacion tan poderosa por sí misma, señora de una poblacion robusta y valerosa, de ejércitos bien organizados, de tesoros inmensos, de vastos territorios, quedó reducida á una situacion peor aun que la impotencia, por efecto del error á que hemos aludido. Los elementos que la constituian eran demasiado fuertes; la Dieta, tan reverenciada en apariencia, no tenia autoridad efectiva. Los recursos del cuerpo germánico, en vez de aumentarse y concentrarse, quedaban dispersos, ó solo se desenvolvian para luchar unos contra otros. En una palabra, la supuesta asociacion no era mas que una lucha perpetua, un cáos de intereses violentos, tenaces, heterogéneos y contradictorios. El tribunal supremo, falto de medios para mandar ejecutar sus sentencias, caia en el menosprecio; y el sable venia á ser el único árbitro y el verdadero juez de aquella sociedad organizada para la discordia.

La fuerza del poder es pues incompatible casi con el sistema federativo. Ya hemos probado que, por su naturaleza, es hostil á la delegacion de una autoridad central; y que, sin esta autoridad, los inconvenientes y las calamidades de que hemos hablado son casi inevitables.

Pero, segun llevamos dicho, la ciencia política se compone de leyes excepcionales. Todas las reglas generales, todos los axiomas teóricos son falsos y peligrosos en política. No hay un principio que no sea susceptible de extension, de modificacion, de contradiccion. Una sola circunstancia imprevista, ó que, por su pequeñez, no se haya tomado en cuenta, puede derribar todo un sistema y destruir los argumentos mas lógicamente deducidos. Ya hemos podido ver la debilidad inherente al sistema federal, la que se nos ha presentado en sus resultados mas espantosos, y los mas capaces de inspirarnos decidida aversion á este sistema. Y sin embargo, vamos á sacar de la historia de los pueblos algunos modelos de federaciones poderosas. Empezarémos por la liga de las Provincias Unidas, tan preponderante en el siglo XVII, pero de tan corta duracion por los motivos ya indicados; examinemos las causas que determinaron este último fenómeno; remontémonos al orígen de la constitucion bátava. No tratamos aquí de investigar si el régimen federativo basta ó nó para hacer poderoso á un pueblo, sino de qué modo esta forma gubernamental influye en las causas preexistentes de debilidad ó prosperidad. Todo gobierno libre no es mas que el resúmen de las ideas comunes al pueblo que rige; por donde los verdaderos móviles del poder nacional se encuentran en las buenas costumbres, en los hábitos y en los principios de la nacion misma. A la constitucion, si ha de merecer el epíteto de buena, le toca desenvolverlos y ayudarlos en su marcha y crecimiento. Las instituciones defectuosas, una mala administracion, los ahogan y los dejan inertes.

El poder de las Provincias Unidas nació de un comercio muy extenso y extraordinariamente activo; el comercio las creó, y el mismo las sostuvo y engrandeció. La prosperidad de aquel comercio fechaba ya de muy lejos, pues fué anterior á la union federal, la que, al paso que

favoreció la independencia de los ciudadanos, facilitó mas y mas las importaciones y exportaciones. En todos tiempos, los gobiernos libres contribuyeron á la prosperidad del comercio: los argumentos y los hechos en que se apoya este principio irrecusable son muy conocidos para que aquí los repitamos, y muy evidentes para que entremos en una digresion que ciertamente no necesitan nuestros lectores.

La constitucion federativa, que tenia por base la Liga de Utrecht en 1579, ligó por un lazo comun cuatro provincias marítimas, la Holanda, la Zelanda, la Frisia y la Groninga, antiguos depósitos de todo el poderío de los Paises Bajos: allí vivia un pueblo cuyos pensamientos y sentimientos todos se concentraban en dos puntos únicos: la independencia y el comercio. Las persecuciones religiosas de que, desde un siglo, era presa la Francia, y de las que no estaban exentas la Inglaterra y la Alemania, habian hecho refluir á Holanda una multitud de religionarios, felices de encontrar el amparo de un gobierno pacífico, y de aprovecharse de los privilegios, no violados hasta entonces, de que gozaban en aquellos tiempos las ciudades de los Paises Bajos. Aquellas emigraciones se dirigieron naturalmente á las provincias libres que mejor fortuna ofrecian á la industria y al comercio. Una poblacion aventurera, libre, rica, sobreabundante, hizo florecer las provincias marítimas que mas arriba hemos citado. El comercio y la independencia política progresaron de consuno. La historia de las Provincias Unidas muestra mas que la de otra nacion alguna los maravillosos resultados que pueden obtenerse por medio de una prudente economía y de la actividad bien dirigida. Los Holandeses, colocados, en apariencia al menos, en las circunstancias mas contrarias á la creacion y acumulacion de riquezas, fueron venciendo, con la perseverancia de sus esfuerzos, cuantos obstáculos se les opusieron, hasta que consiguie-

ron por fin hacer de su patria el centro del comercio de Europa; fundaron un patriciado mercántil que llegó á competir con la aristocracia feudal, y derramaron por todas las clases de sus conciudadanos el bienestar social, con los medios de sostenerlo. El *duris urgens in rebus egestas* estimuló su industria, y les dió aliento para acometer, y tenacidad para llevar á cabo las empresas mas formidables. No les era posible vivir sin sacar del extranjero una parte de lo que necesitaban; de modo que no fué para ellos el comercio una cosa de eleccion, sino de pura necesidad. Todo el poderío español se estrelló contra aquel pueblo industrioso; una larga resistencia cansó á la corte de Madrid. Y aquellos fabricantes, artesanos y mercaderes, refugiados en un pantano, arrostraron las iras de la monarquía mas vasta que habia entonces en la tierra. Un trono apoyado por huestes heróicas, por un fanatismo formidable, por los tesoros del Nuevo Mundo, hubo de ceder á aquellos republicanos, y reconocer su independencia en 1609.

En tal estado las cosas, era imposible que el gobierno federativo dejase de dedicar la atencion mas constante y asidua á la prosperidad de un comercio que constituia toda la fuerza del Estado. En ello le empeñaba su interés, á ello le obligaba la necesidad mas imperiosa, fuera de que no cabia que la opinion popular hubiese seguido otra direccion. Afortunadamente, los mismos jefes de la administracion se ocupaban tambien en el comercio, y participaban, por consiguiente, de las mismas preocupaciones y sentimientos que embargaban á la masa nacional. Esta armonía entre un pueblo y sus gobernantes es siempre una prenda de prosperidad. El comercio, alentado por el gobierno y adoptado por los ciudadanos, se abrió una carrera ancha y brillante, dando nacimiento á aquellas costumbres laboriosas, económicas, perseverantes, al amor al órden y á la propiedad, á la necesidad del traba-

ejecutivo; las altas funciones eran escasamente retribuidas; el sueldo del Gran Pensionario, esto es, del primer consejero del Estado, no pasaba de mil duros al año. El pueblo, así gobernado, abdicó por un tiempo toda pretension demagógica. Por un lado, sus jefes renunciaron á una tiranía que los hubiera arruinado; y por otro lado, los ciudadanos, agradecidos, renunciaron á toda oposicion facciosa, que solo hubiera derribado al gobierno para confundir en sus escombros las ruinas de la prosperidad pública.

Tales eran los principales resortes de aquella extraña constitucion, la que, por muy imperfecta que pareciese, se sostuvo sin dificultad durante algun tiempo, apoyándose, como se apoyaba, en la mutua confianza de gobernantes y gobernados, porque tenia una base moral, que es un medio infalible de estabilidad y duracion. Aunque la masa popular tenia poquísima parte en el poder, la oligarquía holandesa estaba exenta de los vicios odiosos inherentes á esta especie de forma social. Su moderacion le granjeaba la estimacion pública; y esta estimacion constituia su fuerza; pues la probidad, por mas que de ella prescindan la mayor parte de los publicistas, ha sido, es y será siempre el mejor cimiento de los imperios.

Aquella probidad, aquel desinterés fueron las verdaderas garantías de las extrañas instituciones que regian á las Provincias Unidas: gracias á estas virtudes, se armonizaron aquellos elementos discordantes; principios, inconciliables en apariencia, vinieron á formar un todo y un conjunto bien combinado; desaparecieron las disonancias mas chocantes, y la sociedad federal siguió subsistiendo.

Así fué como el sistema federativo vino á ser la égida mas poderosa del comercio holandés, y, por consecuencia, del poderío holandés, enteramente comercial. No era la

oligarquía, sino la federacion, quien se oponia de un modo eficaz á las usurpaciones de la casa de Orange. La autoridad de aquellos príncipes era imponente, y hasta amenazadora. Siendo grandes almirantes y capitanes generales, con derecho de gracia, eligiendo de entre los magistrados, nombrados por las ciudades, á los funcionarios públicos de su agrado, disponiendo de riquezas inmensas, de una influencia casi ilimitada, revestidos de privilegios y de prerogativas extensas, aquellos príncipes hubieran derribado la oligarquía mas firme y tenaz, si esta última no hubiese contado con la soberanía de las provincias y la franquicia de las ciudades. Así fué que los príncipes de Orange, con todo su poderío, no pudieron oponer nada, durante algun tiempo, á aquella alianza de la oligarquía y del federalismo, celosos vigilantes, á quienes no cabia cohechar ni engañar. De este modo se iba formando un espíritu público vehementísimo, ardiente, activo en sumo grado, que rechazaba la esperanza de ver echar raices á una monarquía hereditaria en Holanda. No desconocian que toda la fuerza del Estado y toda la actividad del comercio se cifraban en aquella alianza; y los ciudadanos, no menos que los magistrados, contribuian todos á mantener y avivar aquel espíritu público y federal, salvaguardia de su fortuna y de su libertad.

Supongamos que una monarquía absoluta hubiese logrado vencer á la magistratura federal y á la oligarquía holandesa: la consecuencia inevitable de tal revolucion, en las circunstancias en que se encontraban las Provincias Unidas, hubiera sido la muerte del comercio. Y no queremos decir con esto que el sistema monárquico sea de suyo poco favorable al comercio, y que el gobierno republicano, considerado en sí mismo, multiplique las probabilidades del lucro comercial; pues ya es muy sabido que los medios que abren al comercio una carrera desahogada y productiva son la libertad, la seguridad y

la fuerza de las garantías individuales de que disfrutan los ciudadanos. Repúblicas hubo, y las hay, mal avenidas con estas garantías; así como puede haber monarquías que las den en toda su extension.

No hay que esperar que el fabricante, el mercader, el comerciante y el armador acometan empresas con cuyo beneficio no puedan contar; el comercio se somete á la suerte, porque no la puede evitar, pero nó á los actos imprevistos, y mas temibles, por consiguiente, que puede imponerle la injusticia del poder. En todos los paises donde la autoridad se ha reservado el monopolio del comercio, este ha perecido. En todos los paises donde el trono se ha creado intereses separados y distintos del interés general, ha visto el trono decaer su prosperidad y la del Estado.

Pero dirán: ¿no podia establecerse en Holanda una monarquía constitucional, una monarquía libre? Nó; la oligarquía estaba opuesta á la ereccion de un trono hereditario y absoluto. Para alcanzar este resultado, hubiera sido forzoso destruir aquel cuerpo, tan poderoso y tan influyente. La violencia, las facciones, los cadalsos hubieran sido las primeras armas de aquel poder real, el que solo se hubiera sostenido por los mismos medios. Basada sobre cimientos vacilantes, blanco de un odio inveterado, la autoridad real se hubiera visto obligada, so pena de muerte, á buscar en un despotismo tremendo la seguridad que le negaban su orígen arbitrario y su incierta y peligrosa existencia. La suspension ó el aniquilamiento de toda libertad hubieran marcado con caractéres indelebles el advenimiento de los príncipes de Orange al trono de Holanda. Y aun cuando se supusiera la posibilidad de evitar aquel peligro, y de conservar una parte de la independencia nacional, ¿acaso no hubiera introducido la monarquía, en las costumbres del pueblo, principios nuevos, nuevos fermentos de ambicion y de intri-

ga, y un lujo de corte incompatible con la economía y la severa probidad sobre las cuales descansa el comercio? La frugalidad y la parsimonia habian dado nacimiento á la prosperidad holandesa; con un rey hereditario, todo hubiera cambiado de faz; y las consecuencias directas ó indirectas del establecimiento monárquico hubieran sido la ruina de los principios con que se enlazaba el rápido acrecentamiento de la fortuna de las Provincias Unidas.

Resumamos lo dicho. Todo el poder holandés se fundaba en el comercio; el ascendiente monárquico, si este hubiese prevalecido en Holanda, hubiera destruido infaliblemente las costumbres nacionales, y al mismo comercio que en ellas se apoyaba. Sin el sistema federativo aliado á la oligarquía, no podia menos de triunfar la monarquía absoluta; de donde resulta que la fuerza, el alma, la piedra angular de aquella constitucion insólita era la division federativa, con sus peligros, con sus zelos y con su vigilancia inquieta, garantía de aquel estado social.

Y hé aquí cómo, por una circunstancia, única quizás en los fastos de la humanidad, la debilidad se transformó en fuerza, y la federacion en poder: fenómeno político cuyo desenvolvimiento y cuyos resultados son muy dignos del estudio de la ciencia de gobernar. En el caso de que estamos hablando, la sabiduría práctica de una nacion, á la cual se conceden generalmente pocas prendas brillantes, hizo nacer una situacion floreciente de una constitucion á todas luces imperfecta. Y de ahí fué que un pueblo que, por, su posicion geográfica, la corta extension de su territorio, y el escaso número de su poblacion, parecia destinado á eclipsarse eternamente ante los grandes imperios de Europa, hizo rostro á todos ellos, les impuso la ley, y cubrió el Océano de sus naves. Los defectos de sus instituciones, hábilmente aplicados ó modificados, contribuyeron á su engrandecimiento. La Holanda supo, durante algun

tiempo, con un buen sentido, muy difícil de encontrar en otros paises, reformar ó eludir los principios mismos de su sistema social en los momentos críticos en que aquellos principios la ponian en peligro de zozobrar: supo atenerse á la letra de la constitucion en tiempos normales; pero supo tambien desdeñar y traspasar, en determinadas ocasiones, las formalidades legales, tan pronto como así lo exigia el peligro de la patria; en una palabra, los Holandeses supieron desplegar, en el gobierno del Estado, el mismo vigor de razon y buen sentido del que se sirve un buen padre de familias para mantener á sus hijos y aumentar su patrimonio.

Despues de haber examinado, comparado y pesado segun su valor estos ejemplos históricos, ¿quién no echará de ver la diferencia singular que se encuentra entre un gobierno federal y un gobierno nacional? Cuanto mas poder adquiere un gobierno nacional, uno é indivisible, mayor estabilidad alcanza. Pero tan pronto como el sistema federal tiende á engrandecerse, tiende á disolverse el vínculo federal. Diríase que la capacidad del poder está eternamente negada á los estados federativos, y que, ó bien se han de resolver en un solo cuerpo social, ó bien se han de romper y formar varios grupos distintos sin ningun punto de relacion entre sí. Ya se han explicado mas arriba los motivos necesarios de este mecanismo singular. Todo poder necesita una centralizacion; cuanto mas crece, tanto mas la centralizacion, que crece al compás, destruye el estado federal y la independencia respectiva de los grupos de que se compone; y ora examinemos abstractivamente los principios del régimen federal, ora consultemos los anales de la historia, llegamos siempre á los mismos resultados, pues siempre vemos la estabilidad de cada Estado comprometida por la adquisicion del poder, y la adquisicion del poder trabada por la fuerza del vínculo federal.

Supongamos varias repúblicas puras, unidas por una confederacion, régimen que parece ser el mas favorable al desarrollo de las instituciones federativas, pues nunca se asociaron sin peligro diversas monarquías, oligarquías diversas, ni mezcla de estas dos formas. Nada prueba, segun se ha visto, el ejemplo de las Provincias Unidas, que son una anomalía, y nó un ejemplo, una excepcion, y nó una regla.

Así pues, para que el sistema federativo dé por resultado un buen gobierno, es preciso que se apoye en una asociacion de democracias puras; es preciso que estas democracias no estén mezcladas de oligarquía y aristocracia; es preciso que su constitucion interior esté regida, en cuanto sea posible, por leyes homogéneas: condiciones muy difíciles de reunir, y mas en un estado de civilizacion bastante adelantado.

Los cuerpos políticos, lo mismo que los individuos, se asocian para alcanzar un objeto fijo por medios idénticos. Si los asociados difieren de sentir en cuanto á los medios, ó en cuanto al objeto, la estabilidad de la asociacion queda comprometida. El objeto de toda confederacion de Estados es, sin duda, la seguridad universal, acompañada del crédito, de la paz y del poder que dependen de aquella seguridad; los medios para alcanzar este resultado apetecible son igual reparticion de derechos entre todos, una comunidad perfecta de privilegios y prerogativas, y la delegacion de una autoridad suficiente puesta en manos del gobierno supremo. Una organizacion como esta seria quizás el último término, el *desideratum* de la perfeccion política y el bello ideal del gobierno: pero ¿andarán todos de acuerdo en el seno de la asociacion federal para dar al poder director la fuerza que le es necesaria, y para dejar á los individuos y á los Estados su accion y su libertad? ¿No es una utopia, esto es, una quimera, esta forma social que reuni-

ria toda la energía de la centralizacion y toda la independencia resultante de una division general? De ella habla Montesquieu (1) con grandes elogios; pero ¿no es eso una poética ilusion del publicista, una nueva fábula de los Trogloditas?

¡Ay de nosotros! La unanimidad de opinion, la homogeneidad del pensamiento, que constituyen la fuerza del poder, no se conservarian intactas por mucho tiempo en la perfecta asociacion que acabamos de crear. Aquí está el gérmen de la discordia; está, y no puede menos de estar, en la diversidad de inteligencias y de principios, esto es, en la esencia misma de la humanidad. Cada uno de los Estados asociados tendrá sus intereses divergentes, sus preocupaciones, hijas del interés. Si, en la cuna de la asociacion, acalló la necesidad aquellas voces disonantes, formando de los grupos que la componen un haz único y vigoroso, ¿quién podrá creer que el transcurso del tiempo y la accion poderosa, secreta é inevitable de las pasiones humanas, respeten aquella union tan difícil de mantener? Todos los ciudadanos pensarán que la seguridad universal es el objeto de sus deseos; pero ofreciéndose esta seguridad á sus ojos bajo un aspecto vacilante y con colores mudables, y no siendo, por otra parte, el mismo su punto de vista, diferirán de parecer, propondrán medios opuestos para asegurar la dicha del Estado, preferirán la prosperidad local de su pais á la prosperidad nacional de la misma federacion.

A esto hay que añadir que será imposible mantener la igualdad perfecta de los diversos Estados confederados: la fortuna favorecerá á los unos; circunstancias, imposibles de prever, reducirán á los otros á una inferioridad relativa. En vano se procurará repartir con igualdad

(1) Espíritu de las leyes. II.

entre los grupos asociados las ventajas adquiridas por la comunidad federal. En vano se tratará de conservarles una posicion perfectamente análoga, y de perpetuar su situacion primitiva. La naturaleza misma de las cosas y la experiencia de los siglos destruirán estas quimeras; pues aquí están las acciones y los intereses humanos para convencer al teórico y al entusiasta de la falsedad de sus teorías.

Admitamos que la constitucion primera que fundó varias repúblicas y asoció sus destinos distribuyese con bastante igualdad entre ellas la suma general de influencia y de poder para equilibrarlas de un modo absoluto. Pero aun así, la provincia marítima y comercial no tardará en descollar en fortuna y en crédito sobre las provincias montañosas y estériles. Aquí veréis la industria, allá el comercio, mas allá una vida penosa y salvaje. Cantones ricos harán contraste con cantones pobres; el poder, hijo de la riqueza, se encontrará desigualmente repartido; los cantones menos favorecidos se coligarán para hacer la guerra á los mas poderosos; se invocará el socorro de las armas extranjeras; y la cadena federal, rota en mil pedazos, caerá en medio de raudales de sangre.

Echemos la vista á la liga Aquea. Tebas, Esparta y Atenas dominaron una tras otra el consejo de los Anficciones, y la Grecia estaba perdida, segun dice con razon Montesquieu (1), cuando un rey de Macedonia vino á tomar asiento en medio de aquel senado impotente. Entonces se rompió el vínculo federal; apenas pudieron sostenerse mutuamente unas pocas ciudades poco importantes de la Acaya. La influencia de las armas y de la civilizacion macedónicas lo absorbió todo. En vano se trató de reanimar la llama del patriotismo; el Pelopo-

(1) Espíritu de las leyes, 3.

neso casi entero entró en una liga nueva, en la que tomó parte la ambiciosa Atenas, á pesar de su egoismo. Pero Esparta, que no habia perdido la memoria de su vieja y poderosa tiranía, vió con zelos el acrecentamiento del poder aqueo. De aquí el correr á las armas unos y otros; la Macedonia intervino, é hizo triunfar á los Aqueos para obligarles á pagar á subido precio aquel triunfo pasajero (1). La preponderancia macedónica, de dia en dia mas formidable, fomentó las disensiones, suscitó los zelos, que nunca faltan entre ciudades rivales. Colocada entre el temor que le inspiraba la Acaya y el que le inspiraba la Macedonia, separándose, ora de la una, ora de la otra de estas potencias, incapaz de determinarse de un modo definitivo á favor de una ú otra, la confederacion, falta de armonía y de conjunto, acabó por disolverse para siempre.

En medio de aquella crísis, mostróse el poderío romano en la ensangrentada arena de la Grecia; Roma, no menos artificiosa que conquistadora; Roma, cuya política profunda, paciente y falaz es mas notable todavía que su valor en los campos de batalla y su magnanimidad en los reveses, no ignoraba que un pueblo dividido ha de ser presa tarde ó temprano de un poder extranjero; y de ahí el dejar que aquella presa segura acabase de despedazarse por sus propias manos. «Es muy raro, dice Tácito, que dos ó tres ciudades se unan para rechazar un peligro comun; cada una pelea por su lado, y todas quedan vencidas (2):» esto salvó á Roma, y perdió á sus enemigos mas poderosos. La política romana, en vez de dirigir sus ejércitos contra la Grecia, solo trató de destruir y de minar sordamente el último puntal de la independencia griega. Aquella hábil contempo-

(1) Polibio, 2, 37.
(2) Vida de Agrícola, 6. 9.

rizacion no tardó en llevar sus frutos. Invocóse la funesta intervencion de Roma; y la Acaya, así como lo restante de la Grecia, se sometió al vergonzoso yugo de una esclavitud sin esperanza, yugo labrado por sus propias manos, y tanto mas horrible, por cuanto solo los vicios y los errores de los vencidos habian podido reducirlos á aquel triste estado de abyeccion. Léase la historia de la confederacion Olíntica, y allí se vera otra prueba no menos elocuente de la tendencia de los Estados confederados á desunirse tan pronto como uno de ellos alcanza el poder.

El ejemplo de las Provincias Unidas no destruye las pruebas que acabamos de dar: su confederacion duró dos siglos; pero la época de su poder no abraza la sexta parte de este período. El espíritu de faccion, unido á otras consecuencias de su prosperidad extraordinaria y poco duradera, las entregó, en 1672, sin defensa y sin recurso, á la ambicion de la Francia. La lucha que se empeñó, sin destruir la liga de los confederados, apeó á la Holanda de la alta y brillante posicion que habia ocupado entre las naciones europeas. Reducida á la postracion, si subsistió bajo su forma federativa hasta el principio de la revolucion de Francia, lo debió sobre todo á su propia nulidad y á la política interesada de las potencias extranjeras, á las cuales convenia protegerla.

Resumiendo ahora en breves palabras la historia política de Holanda, diremos que en 1579, el acta de union firmada en Utrecht constituyó las provincias de los Paises Bajos en estado federativo. Mientras estas provincias tuvieron que luchar con los ejércitos españoles, el poder ejecutivo estuvo en manos de los príncipes de la casa de Orange, cuatro de los cuales lo estuvieron ejerciendo anchamente uno tras otro. En 1648, el tratado de Westfalia devolvió la paz á la Holanda, reconocida ya como estado libre é independiente por las otras po-

tencias europeas; y dos años despues, sin grandes esfuerzos, el partido republicano consiguió la supresion del Estathouderato general, de resultas de haber muerto Guillermo III sin mas sucesion que un niño recien nacido. Este período fué uno de los mas bellos de la existencia de la república holandesa, gracias al talento y á las virtudes de los hombres que se pusieron al frente de su administracion. Pero en 1672, habiéndoles declarado la guerra Luis XIV, las provincias fronterizas, mal defendidas, cayeron en pocos dias en poder del rey francés. Con este motivo, se levantó un grito de indignacion contra un gobierno que no habia sabido prever el ataque ni resistirle: lo que dió lugar á insurrecciones, en las que corrió la sangre de los mejores ciudadanos, víctimas del furor del pueblo, y al establecimiento del Estathouderato general en la persona de Guillermo III, cargo que luego fué declarado hereditario.

Treinta años despues, se verificó una revolucion en sentido opuesto; pues habiendo muerto Guillermo en el trono de Inglaterra, extinguida ya con él la rama primogénita de la casa de Orange, los Estados generales, aprovechándose de aquella ocasion, recobraron los poderes públicos, volviendo á desaparecer el Estathouderato general. Esta vez vivieron las Provincias Unidas en república por espacio de cerca de medio siglo. Pero en 1747, habiéndose empeñado otra vez la guerra con la Francia, la Flandes holandesa se vió invadida, y las plazas que la defendian cayeron sucesivamente en poder de los vencedores. Repitiéronse con este motivo las tristes escenas de 1672. Las masas se levantaron contra un gobierno impotente; los Estados generales hubieron de ceder, y Guillermo de Nasau Dietz, heredero del nombre de Orange, fué nombrado estathouder general y comandante en jefe de las fuerzas de mar y tierra con título hereditario.

De este modo llegó el momento en que las Provincias Unidas de los Paises Bajos se transformaron definitivamente en Estado monárquico: transformacion debida, como siempre, á las exigencias de la defensa nacional. La Holanda reunia la mayor parte de las condiciones que permiten á las sociedades adoptar el sistema republicano; era menos grande, y no mucho mas poblada que Suiza, y no ocultaba tantos gérmenes de discordia; pero diferia de ella en la naturaleza de sus relaciones con las naciones extranjeras. La Suiza podia vivir en paz con todo el mundo, y nada tenia que temer de sus vecinos. Tampoco podia ambicionar conquistas, y sus intereses mas obvios la aconsejaban no tomar parte en las sangrientas luchas que asolaban á la Europa. No fué esta la situacion de la Holanda; y esto decidió de la suerte de sus instituciones políticas; pues todo pais que se ve precisado á aceptar luchas, de cuyo éxito depende quizás su existencia, no puede prescindir por mucho tiempo de una autoridad constituida de modo que imponga respeto á los partidos, cuyas divisiones paralizan ó debilitan el empleo de sus fuerzas. Por dos veces se vió la Holanda al borde de su ruina por efecto de las faltas diplomáticas y militares, hijas de las rivalidades entre las provincias, entre las clases y entre las ambiciones privadas que se suscitaron despues de un breve período de abnegacion y patriotismo, influyendo desgraciadamente en los acuerdos de los Estados generales; y por dos veces se volvió á levantar, poniendo en manos de un príncipe de la casa de Orange la alta direccion de su gobierno; y si bien no le pareció bastante concluyente el experimento de 1672, el que se renovó en 1747 acabó de convencer á los Holandeses; y desde entonces, á los ojos del pueblo, quedó juzgada la cuestion, y bajo el nombre de *estathouderes generales* perpetuos, dióse la Holanda en realidad jefes hereditarios, que tomaron

despues el título de reyes. El nombre, empero, no altera la cosa; y los reyes de Holanda han sido y son realmente dignos de llamarse *reyes.*

Pero volvamos ya á nuestro tema.

Si una asociacion de democracias pacíficas corre tan grandes peligros desde el momento en que adquiere la riqueza y el poder, una federacion guerrera y conquistadora está expuesta á peligros mucho mas ciertos y formidables. El talento militar de un jefe triunfante, el cariño entusiasta de sus tropas victoriosas, la existencia de un ejército permanente, son otras tantas causas inevitables de ruina para la confederacion; esto, sin contar que así á los individuos como á los pueblos les es muy difícil, si no imposible, contentarse con un estado de seguridad y de dicha pacíficas. La conquista, el engrandecimiento, la usurpacion son inherentes á la naturaleza humana; y toda asociacion de hombres ó de pueblos que haya visto coronados sus primeros esfuerzos por la victoria ó el éxito, probará de aumentar sus riquezas, de extender su territorio, y de dominar sobre sus vecinos.

Ciertas circunstancias especiales podrán, sin embargo, levantar una valla inexpugnable, contra la cual se estrellará aquella ambicion. Puede suceder que un pueblo, por su sola posicion geográfica, se encuentre forzado á la moderacion y al reposo, porque no podrá aspirar á una alta influencia política; y de ahí el que una confederacion pueda verse favorecida y consolidada por esta misma incapacidad: de esto ofrece la asociacion helvética un ejemplo muy reparable. La liga suiza lleva ya cerca de seis siglos de existencia; y durante este largo período, ha permanecido casi intacta, gracias á esta situacion anómala que no les permitia á los cantones federados aspirar á grandes conquistas, y les obligaba á encerrarse en la conservacion y consolidacion de sus derechos adquiridos.

Un sentimiento justo y heróico, la necesidad de resistir á la opresion, fué el único móvil del alzamiento de los Waldstaetten á fines del siglo XIII. No entraba en la mente de aquellos valerosos montañeses ninguna idea de poder nacional. Y tanto es así, que hasta tres siglos despues de su insurreccion no rechazaron definitivamente la soberanía feudal del imperio: pueblo admirable, que solo queria la realidad de su independencia, sin curarse de las fórmulas diplomáticas bajo las cuales se redactó la declaracion de su libertad. Bastábales á los cantones sustraerse á las exigencias de la tiranía austríaca; y así fué que, no bien se sentian heridos en sus intereses, se unian todos á la liga política, sin mas ambicion que la de vivir en paz. Esta emancipacion lenta, modesta y sin violencia caracteriza á este pueblo heróico, y lo señala á la eterna admiracion de los pueblos. Durante el curso del siglo XIV, la historia de Suiza ofrece el ejemplo de todas las virtudes y de la felicidad pacífica que es su consecuencia inmediata. Así es que la vista se aparta con horror y con asco del espectáculo sangriento que, durante aquel tiempo, presenta la Europa toda, menos aquel pequeño rincon de los Alpes; y descansa y se goza en aquella Oasis pacífica, mansion de la probidad, de la moderacion y de todas las virtudes públicas y privadas. El filósofo compara la prosperidad de aquel pueblo pequeño, pobre y sin ambicion, con las guerras de las naciones contemporáneas, y se alegra de encontrar finalmente un ejemplo que le permita no desesperar de la felicidad de los pueblos, y no rechazar como vanas quimeras las utopias de los publicistas.

Feliz mil veces la Suiza, si en ella se hubiesen conservado aquellos sentimientos puros y moderados, y si, en su lucha contra sus antiguos señores, no hubiese conquistado mas bien que la libertad; pero la sed de las riquezas es inseparable de la victoria. Envanecidos de

haber destruido la caballería austríaca y de haber humillado al rey de los Romanos, los campesinos y montañeses de Schwytz y de Lucerna compraron sus riquezas á costa de aquella sencillez primitiva que habia asegurado su triunfo. Derramóse el oro por aquellos escabrosos valles, en aquellas inaccesibles guaridas, donde hasta entonces la cria del ganado y el penoso cultivo de la tierra habian sostenido la existencia del hombre. Aquella poblacion rústica se hizo guerrera; habia amado á la libertad por lo que ella vale; pero amó luego el lujo, la gloria y los azares de la vida de los campamentos. ¡Con esto se borró la nacionalidad helvética! Aquel valor desplegado por los montañeses suizos en defensa de sus hogares lo vendieron luego al mayor postor, lo alquilaron al que daba por él mas subido precio. Fué aquello una mancha indeleble. En lugar del heroismo del guerrero, se desenvolvió entre los Helvecios el rendimiento de la ciega voluntad del seide; en lugar del entusiasmo del patriota, el brutal menosprecio de la muerte. Aquel tráfico de carne humana echó un baldon á la confederacion suiza. Verdad es que la tranquilidad interior del pais quedó asegurada por aquella costumbre que ponia á sueldo de las potencias extranjeras los brios de la juventud y el arrojo turbulento de los ciudadanos mas inquietos: ventaja aislada, única, y comprada por una deplorable perversion de todos los principios de la probidad pública.

La reforma religiosa hizo mirar luego con repugnancia, y con un disgusto que fué siempre en aumento, aquel alquiler de hombres, aquel préstamo usurario de sangre humana, aquel servicio mercenario de que acabamos de hablar; pero las consecuencias del mismo suceso fueron desastrosas en sumo grado: dos siglos de guerras religiosas postraron á la Suiza. Todas las pasiones aviesas de la humanidad se apoderaron de aquel sagrado

pretexto, y la controversia furiosa reinó sin contraste sobre montones de cadáveres. Á principios del siglo XVIII, una guerra que parecia interminable hubo de cesar por el estado de postracion y de marasmo en que se encontraban los cantones enemigos; postracion que hizo caer de las manos católicas y protestantes las armas ensangrentadas y embotadas de tanto herir. Hasta la época en que la revolucion francesa volvió á poner en tela de juicio la existencia política de Europa, la Suiza, cansada y jadeante, gozó de aquella paz, cuyo precio empezó á conocer.

¿Qué era pues esa confederacion suiza, esa liga en hostilidad interna y en discordia permanente? ¿Y cómo ha podido mantenerse el vínculo federal, á pesar de aquellas hostilidades espantosas, y de aquel duelo á muerte de todos los cantones, y á pesar de las revoluciones en las costumbres y en las ideas religiosas?

Se mantenia por su misma debilidad, y, hablando con mas propiedad, aquel vínculo ya no existia. No habia en Suiza ni tesoro comun, ni un verdadero centro de gobierno; no hay en aquel pais ni leyes generales, ni costumbres generales, ni códigos ni idiomas idénticos.

De los veinte y dos cantones que componen la confederacion helvética, son católicos puros, esto es, sin mezcla de otras creencias, Lucerna (Luzern), Schwyz, Uri, Unterwalden, Zug, Friburgo (Freiburg), Soleura, (Solothurm), Tesino (Tessino) y Valés (Wallis); son reformados Zurich, Berna (Bern), Basilea (Basel), Schaffhausen, Ginebra (Genf), y Neuchatel (Neuenburg); son de diversas creencias los Grisones (Graubundten), San Gall (Gallen), Appenzell, Glaris (Glarus), Turgovia (Turgau), Argovia (Aargau), y Vaud (Waadt). Los católicos constituyen las tres octavas partes de la poblacion helvética, siendo la general de 2.200,000 habitantes, la mayor parte de orígen germánico, hablando por consi-

guiente el antiguo aleman, aunque en las escuelas se les enseña la lengua alemana moderna; por donde se les considera, y se consideran ellos mismos, como parte integrante de la gran familia alemana, participando, por consiguiente, de la alta cultura del pueblo aleman, así en letras como en ciencias. La poblacion de los cantones situados al occidente es una mezcla de Celtas, Romanos, Germanos y Franceses, y hablan francés ó dialectos franceses. La poblacion situada al sur es italiana pura; y en algunas partes de los Grisones, subsisten todavía descendientes de los Germanos y antiguos Latinos, los cuales hablan dialectos romanos, presentando algunos de ellos muchísima afinidad con la lengua latina; y tanto, que, segun suele decirse, hasta las mujeres y los niños de aquellos recónditos valles hablan latin. Nótase en este pais singular la particularidad de que basta á veces un arroyo ó un torrente para que no se entiendan entre sí los nacidos en los dos bordes ú orillas opuestas.

Entre los cantones católicos, hay algunos tan católicos, que no permiten que ningun protestante posea bienes raices en los mismos. Hay tambien en ellos muchísimos frailes de varias órdenes; y estos frailes, que mantienen en todo su vigor el espíritu católico de aquellos sencillos montañeses, son los que mas contribuyen á mantener tambien entre ellos el espíritu republicano; y esto es tan cierto, que si algun extranjero suelta entre ellos la palabra *Koenig* (rey) ó *Kaiser* (emperador), aquellos pobres frailes se escandalizan como si se les hablase del demonio. En una palabra, está la república tan arraigada en aquellos cantones, donde apenas hay industria, como no sea la de la cria del ganado, que toda su juventud se dejaria matar en defensa de la idea republicana. Mas no todos los cantones harian lo mismo, y mucho menos los cantones protestantes donde se habla la lengua francesa, los que están muy adelantados en industria y

en el comercio, y tan acostumbrados á las comodidades de la vida y al lujo que las acompaña, que no es de creer que en ningun tiempo se hagan matar por la república federal.

Despréndese de lo dicho que no basta haber estado en Ginebra ó en otros cantones franceses, esto es, de raza francesa, para poder juzgar con acierto del estado político, moral é intelectual de aquel pais, pequeño sí, pero el mas interesante quizás de la comunidad europea; es preciso además, para conocerlo y hablar de él sin incurrir en gravísimos errores, internarse en sus valles, hablar las diversas lenguas que en ellos se hablan, y permanecer allí todo el tiempo necesario para apreciar cuánto valen aquellas buenas gentes.

Ya en tiempo de César eran los *pagi* (1) cantones independientes unos de otros; independencia que se ha perpetuado en nuestros dias. La constitucion se ha limitado á garantir la independencia de todos; y el único resultado positivo de esta federacion es el compromiso de armarse para la mutua defensa de los cantones atacados. La naturaleza vino á formar, por decirlo así, con sus propias manos esta asociacion forzosa de pequeños Estados aglomerados y distintos, sin que ninguna combinacion política hubiese unido sus intereses por tratados, leyes ni instituciones de ninguna especie. Antes de la reforma, cuando les amenazaba con todo su peso el trono germánico, sentian la necesidad de una union compacta; pues su gloria militar, sus ventajas personales, su existencia como pueblo, todo dependia de la consolidacion de la liga cuyos resultados habian sido tan brillantes; pero una vez hubo pasado el peligro, el haz se disgregó, sus fragmentos se aislaron. Despues de la reforma, Berna anduvo en tratos con la Holanda protestante, al

(1) De Bello gallico.

mismo tiempo que el canton católico de Lucerna se alió con la Francia; mas adelante, y sin asombro de ningun canton, Berna, protestante, se negó á tomar parte en la guerra contra Leopoldo de Austria, y sus guerreros no estuvieron en la batalla de Sempach. ¿Podia llamarse confederacion una asociacion que no lo era, que apenas exigia sacrificio alguno, que no imponia ninguna ley, no lastimaba ningun interés, no producia ningun efecto, ni apenas servia para nada? Así lo conocieron los hombres ilustrados de Suiza, los cuales se esforzaron, aunque en vano, en 1830, por alcanzar una unidad mas fuerte; unidad que no consiguieron hasta 1848, y de un modo inesperado, de resultas del nuevo choque causado por la revolucion de París en Febrero de dicho año. Reinando Luis Felipe, y durante el segundo imperio, la confederacion suiza tuvo que sufrir algunos desaires de la Francia, y no tuvo mas remedio que sufrirlos sin darse por entendida.

Durante muchos años fué pues nula la federacion helvética; el poder federal no existia; pero en vez de aquel centro de autoridad, sin el cual no puede mantenerse una masa política, tenia la Suiza para su defensa los Alpes y la naturaleza del suelo.

Otra cosa tuvo la Suiza de inestimable precio; pues, en este pais, lo mismo que en Holanda, las prendas morales inherentes á las costumbres del pueblo, y hereditarias en aquellos valles apartados y en aquellas nevadas cumbres, contribuyeron al bienestar íntimo de los habitantes, y sirvieron de contrapeso á los males de la guerra civil. En los cantones aristocráticos, la administracion de justicia era ejemplar y admirable por su equidad; pero la corrupcion de los tribunales y la venalidad de los empleos habian contagiado ya á los cantones democráticos, donde, esto no obstante, florecia la industria con las buenas costumbres. Durante el siglo XVIII, la Suiza fué

feliz; y firme é inquebrantable en su neutralidad, tranquila en medio de las guerras que devoraron el resto de Europa, supo conservar una parte de aquella sencillez agreste, de aquella cordura valerosa, y de aquella perseverancia en sus resoluciones que habian afianzado su libertad.

Sin embargo, la organizacion política y social de los cantones de Suiza era mas defectuosa todavía que la de las Provincias Unidas de los Paises Bajos. Todos los cantones formaban Estados independientes; los que, si bien unidos entre sí por pactos de alianza defensiva, conservaban el derecho de hacer la guerra por su propia cuenta, y de contraer compromisos particulares con el extranjero. Ni siquiera tenia la Suiza ninguna asamblea para deliberar sobre las cosas de interés nacional; ya que las Dietas llamadas generales solo se reunian para ordenar la administracion de los territorios conquistados y poseidos en comun, siéndoles vedado ingerirse en ningun otro negocio. De ahí el haberse negado á funcionar esas Dietas desde el momento en que estalló la escision religiosa, apareciendo dos en su lugar, protestante la una, que residia en Arau, y la otra católica, que residia en Lucerna, y estas Dietas trataban una con otra como de potencia á potencia. Las únicas Dietas que se llamaron *generales* fueron las que convocaban los embajadores extranjeros, cuando tenian que hacer proposiciones que podian interesar á varios cantones. Y en este caso, los embajadores tenian que pagar los gastos de viaje y de residencia en los sitios á donde convocaban á los delegados de los diversos cantones. En estas Dietas, los católicos y los protestantes se reunian separadamente; y los embajadores tenian que negociar con dos asambleas distintas, y enemigas generalmente.

Considerábanse los cantones como Estados en plena posesion de su autonomía; y tanto, que no vacilaban en

acudir á las armas para dirimir sus contiendas, ni en aumentar sus posesiones en perjuicio unos de otros. Así fué como, en la guerra que en 1712 tuvieron que sostener Berna y Zurich contra cinco de los cantones católicos, derrotados estos en todos los encuentros, solo obtuvieron la paz cediendo á los vencedores su parte de soberanía sobre el condado de Baden, y algunos de los bailiatos libres. Esta paz, que se ajustó en Arau, acabó de romper los últimos lazos de la unidad nacional, ya que los cantones vencidos solicitaron la proteccion de la Francia, la que les prometió socorrerles en cuanto se suscitase un nuevo conflicto.

La situacion interior de los cantones era muy inferior á la de las Provincias Unidas de los Paises Bajos; ya que existian en Suiza muchos y poderosos motivos de division. Por una parte, los habitantes de los territorios sometidos sufrian con impaciencia una dominacion que les humillaba; y por otra parte, en los cantones aristocráticos, que eran los mas importantes, la poblacion campestre y la mayor parte de la de las ciudades estaban atisbando la ocasion de derribar un régimen que les quitaba toda participacion en el gobierno del Estado. Estos odios provocaron en varios puntos, y sobre todo en Berna, en donde la soberanía se habia concentrado en provecho de menos de cien familias, así como en Lucerna, Basilea y Zurich, insurrecciones frecuentes que presagiaban profundos trastornos revolucionarios.

Sin embargo, la forma republicana resistió en Suiza á todos los choques; y la invasion francesa de 1798, llamada en auxilio de los mal contentos que habia en el pais, la dejó, no solamente intacta, sino tambien mejorada y fortalecida. Y todo esto se debió, segun con razon lo observa el historiador Juan de Muller, á que la Suiza, encerrada en sus montañas, y al abrigo de los ataques de sus vecinos, pudo permanecer extraña á las luchas de

los otros Estados, y conservar una neutralidad que, al paso que la dispensaba de los esfuerzos y sacrificios que imponen las guerras extranjeras, le permitió subsistir bajo el régimen federal.

Si de estos ejemplos, y de las lecciones que nos presenta la historia, deducimos las naturales consecuencias y corolarios, no podrémos menos de encontrar los resultados siguientes:

1.° Toda federacion es contraria á la adquisicion del poder.

2.° No bien se adquiere el poder, la union federal queda comprometida.

3.° La principal ventaja del sistema federativo es el mejoramiento del gobierno interior de cada Estado.

4.° Seria una federacion perfecta la que reuniese las ventajas de una asociacion poderosa contra el extranjero, y las resultantes del aislamiento de los intereses de cada Estado.

5.° Es imposible que los intereses de la sociedad en general no se encuentren á menudo en pugna con el interés particular de cada sociedad distinta. De ahí division, incapacidad de poder, y ruina inevitable, á menos que, como en Suiza y en Holanda, una reunion de circunstancias anómalas venga á reconciliar por un tiempo mas ó menos prolongado aquellos elementos divergentes, dando á la asociacion una existencia, pasajera siempre, pero brillante á veces en medio de su extrañeza.

Despues de haber sentado estos principios, que emanan de los mismos anales de las naciones, y nó de teoremas gratuitos, volvamos la vista al grandísimo fenómeno político de la Europa moderna, puesto que europeos son sus actores. Este fenómeno, sin ejemplar en la historia del mundo, lleva ya noventa y seis años de estarse realizando á nuestra vista. La América del Norte, en su gran parte, esto es, un continente inmenso, se ha lanzado á

destinos desconocidos. Su sistema federativo no se parece á ninguna de las antiguas formas de asociacion entre Estados que mas arriba hemos analizado. Ella ha sabido sortear por un gran sentido práctico, de que solo es capaz la raza anglo-sajona, los defectos mas notables que hemos notado y censurado en las federaciones de los otros pueblos. La novedad de su posicion, la virginidad de su suelo, los inmensos recursos naturales de su vastísimo territorio, el Océano Atlántico que le sirve de valla contra las ambiciones del continente europeo, sus costumbres primitivas, fundadas en la Biblia, código que no tiene igual entre todos los códigos; su lucha heróica contra la Inglaterra, de quien es hija, y cuya lengua conserva, despues de haber rechazado su dominio: todo concurre para hacer de esta region un objeto de grandísimo interés y de curiosidad suma. Allí está, á no dudarlo, la cuna de otra civilizacion.

«La constitucion puramente sajóna y democrática de los Estados Unidos,» dice G. G. Gervinus (1), «es una antítesis completa de la constitucion saxo-normanda de Inglaterra. Los Puritanos, en su emigracion, habian llevado consigo, en gérmen mas ó menos claramente trazado, el sencillísimo plan del edificio de su constitucion, el que habian procurado ir realizando pacíficamente en todo ó en parte. Despues de la declaracion de su independencia, pudieron completar su primer pensamiento. Ni la antigüedad, ni la tradicion, ni la historia, ni la experiencia les prescribian un modelo, ni les imponian el empleo de materiales preexistentes. En Europa habian abandonado ya para siempre la aristócracia y la gerarquía eclesiástica; la autoridad real y la del parlamento eran cosas que tambien habian rechazado de un modo absoluto. El instinto de la naturaleza, ó la razon, con sus deducciones menos complexas: hé aquí lo que les sirvió

(1) Introduccion á la *Historia del siglo XIX*.

de guia en la formacion de su Estado; y así fué cómo, prescindiendo de toda organizacion política establecida, vinieron á levantar una constitucion completamente nueva. Con una confianza admirable, se atrevieron á emprender cosas muy grandes en un territorio inmenso, á pesar de los pronósticos que, desde su modesto principio, les auguraban un éxito pasajero. Ya no se trataba de relacionar clases sociales distintas, ni de conciliar derechos diversos..... En la declaracion de los derechos, hecha en América (1776), se proclaman los derechos naturales al hombre, derechos de que ninguna sociedad política puede privarles, á saber: libertad natural, igual para todos, é independencia, derecho de gozar de la vida y de la libertad, facultad de poseer y adquirir la propiedad, de obtener bienestar y seguridad. El pueblo está autorizado para cambiar ó deponer á todo gobierno que viole sus deberes, ó que obre solamente en contra de los derechos generales de la humanidad; y con esta cláusula, se justificaba la separacion de Inglaterra. Al introducir el sufragio nacional, y al aplicarlo á todos los cuerpos políticos como interesados en el gobierno del Estado, no se hizo mas que enunciar el gran principio democrático de la soberanía de la voluntad popular expresada en la ley. De aquí resultó que se vino á crear, nó, como en Inglaterra, una especie de Estado mixto, mezcla de muchísimos elementos heterogéneos combinados entre sí, sino un Estado organizado del modo mas sencillo, un Estado uno y bien proporcionado. La gloria de la constitucion americana consiste, nó en la sólida coordinacion de elementos de naturalezas diversas, sino en el cumplimiento perfectamente lógico de un principio único: *Libertad*, ó derecho de no obedecer mas que á la ley; *Igualdad*, ó deber de todos de obedecer á una sola y misma ley. No se trataba aquí de equilibrar clases, poderes, pretensiones, influencias y derechos diferentes,

puesto que no existia mas que una sociedad y una clase, en cuyo seno estaba abolido todo derecho particular, todo privilegio. El poder, que, puesto en manos de un individuo, habia degenerado en despotismo arbitrario, y que, puesto en manos de mayor número de personas, se habia convertido en prerogativa, se repartió uniformemente entre todos los ciudadanos para que no hubiese mas que un derecho único. Á la uniformidad del derecho correspondió la uniformidad de costumbres. El rico se contenta con el género de vida de la clase media (1), á la que aspira el pobre, el cual, propiamente hablando, es quien hace la ley. No fué aquí necesario conciliar instituciones antiguas con instituciones nuevas, con la mira de conservar y progresar; pues todo es nuevo en este Estado moderno, todo está abierto al progreso y á las innovaciones en este Estado del porvenir. En él estamos viendo, no ya la imágen de un antiguo Estado, de una nacionalidad estrecha y exclusiva, sino, muy al contrario, la imágen de una sociedad universal, que acoge á todo el mundo, dotada de una gran fuerza asimiladora, y de una naturaleza verdaderamente cosmopolita. No es este un Estado en el que predomine una fuerte unidad, sino una federacion, en la que cada Estado particular se esfuerza en establecer su soberanía sobre la del conjunto, bien así como, por otra parte, en cada Estado particular, todo individuo reclama la mas alta suma de independencia con respecto al Estado. El sentimiento del individualismo, rasgo característico de los tiempos modernos y del mundo protestante, ha alcanzado aquí sus títulos mas importantes. Aquí existe mas el Estado para el individuo que el individuo para el Estado; la organizacion política está al servicio de la libertad personal; la independencia del

(1) Luego se verá que dista mucho de ser exacta esta aseveracion de Gervinus, que nunca estuvo en América, y que la ha juzgado desde su gabinete.

hombre puja sobre los deberes del ciudadano. La Iglesia, campo vastísimo, en el que siempre han luchado y están luchando las pretensiones del indivíduo con las pretensiones del Estado, la Iglesia está aquí completamente separada del Estado; y no ha quedado en pié mas terreno que el de los grandes principios generales de legislacion donde deban ponerse de acuerdo el poder del Estado y la voluntad individual. Hace setenta años que se está desenvolviendo el cuadro, enteramente nuevo, de un Estado cual nunca ha existido. El Estado de la edad media, erigido sobre corporaciones, sobre la gran cohesion de las familias, sobre grupos macizos, ha cedido el lugar á otro Estado que parece descansar sobre arena movediza, en el que han caido en disolucion todos los grupos separados de otros tiempos, los gremios, la Iglesia, la nobleza, la milicia, etc.; en el que, hasta se han relajado los lazos de familia, y en el que solo subsiste el vínculo del Estado al lado de la masa dispersa de los individuos, los cuales siguen su objeto, cada uno por su lado y aisladamente, ó, si no pueden alcanzarlo de este modo, forman asociaciones libres independientes del Estado..... Ya tenemos la prueba de que el gobierno del pueblo, aunque se ejerza sobre regiones inconmensurables, es compatible con el órden y la propiedad; que lo es la constitucion mas progresiva con el cariño á costumbres probadas por el tiempo; la mayor libertad religiosa con el sentimiento religioso; la ausencia de una fuerza militar con el espíritu guerrero; el acrecentamiento inaudito de una poblacion compuesta de elementos tan diversos con el patriotismo que arraiga en la libertad; el gobierno y la administracion confiados á funcionarios y á representantes, nombrados por los pobres y de entre ellos mismos, con el órden y la economía interior (1). Esta pros-

(1) Véase mas adelante nuestra propia descripcion de este pais.

peridad, unida á tan grande sencilléz en los rodajes de la constitucion, sencillez que está al alcance de la inteligencia mas vulgar, ha hecho de este Estado y de esta constitucion un ideal, hácia el cual tienden en todas las naciones los hombres ilustrados, los mal contentos y los amigos de la libertad. La declaracion de los derechos, de 1776, ha venido á ser el símbolo del liberalismo en el mundo entero.»

Así habla el sabio profesor aleman de Heidelberg, uno de los partidarios mas entusiastas de la Union americana, los que la consideran como una de las mas bellas creaciones del entendimiento humano, creyendo que todo ha sido por ella previsto, y que el lazo federal, eminentemente flexible, se doblegará á todas las exigencias. Así es que nada les asusta, ni la divergencia de intereses, ni la diversidad de climas. Dichosos optimistas, que señalan al hombre una marcha regular é inerrable, y le consideran como una rueda dentada ó un balancin, sin tener para nada en cuenta sus caprichos, su egoismo y sus pasiones.

Pero despues de haber oido al idealista Gervinus, oigamos lo que, sobre los Estados y gobiernos de América, dice el sensato y circunspecto M. H. Passy, en su obra notabilísima sobre *las formas de gobierno y las leyes que las rigen.*

«En la actualidad está cubierta la América de Estados, cuya autonomía es completa; y entre estos Estados, hay uno cuya existencia llama sobre todo la atencion, porque hace ya cerca de un siglo que no ha cesado de crecer y florecer bajo una forma de gobierno que, en Europa, solo ha podido establecerse y subsistir en el estrecho y peñascoso suelo de Suiza: hablamos de la gran república federal del Norte. En vano fuera buscar en todo el globo un punto en el cual la actividad humana haya venido á realizar en tan breve tiempo conquistas tan

vastas y numerosas, y en que la poblacion y la riqueza hayan crecido á la par con rapidez tan asombrosa.

«¿A qué hemos de atribuir la alta y brillante fortuna de los Estados que componen la Union americana? Hay que atribuirla á causas diversas; pero á causas, entre las cuales debemos poner en primer lugar el juego de las instituciones políticas. Cuanta mas parte en su propio gobierno dejan las instituciones á los hombres, mas prendas engendran, propagan y vivifican, pero prendas tales, cuales las exige el progreso social, como sean capaces estos hombres del grado de concordia imprescindible para la conservacion de la paz pública. Esta capacidad la poseia en alto grado la poblacion de los Estados Unidos en la época en que rompió los vínculos que la unian á Inglaterra. Era entonces un pueblo de costumbres sencillas y rígidas, diseminado por un territorio de inmensa extension, casi enteramente dedicado á los trabajos agrícolas, y que, merced á los límites en los que siempre se habia contenido la autoridad de la metrópoli, habia aprendido, ya desde mucho tiempo, á cuidar por sí propio de la mayor parte de sus negocios.

«Por otra parte, por muy fecunda en corrupciones que, en último resultado, hubiese de ser la esclavitud de los negros, nada habia en la situacion social que fuese capaz entonces de sembrar las pasiones rencorosas, cuya peligrosa carrera tienen que contener las viejas sociedades. No conocia el pueblo americano ni las que produce el contraste de las condiciones y riquezas, ni las que engendra la divergencia de los intereses locales. La igualdad de derechos, la medianía general de fortunas, el precio elevado del trabajo manual, la ausencia de industrias concentradas en puntos particulares del territorio se oponian al nacimiento de unas y de otras.

«Así es que hombres y cosas, todo, en los Estados Unidos, ofrecia á la libertad republicana un terreno que

no habia encontrado hasta entonces en parte alguna tan bien preparado.

«Pero además de esta ventaja para el régimen político, queda todavía otra muy considerable, y que hay que atribuir á circunstancias que, antes del descubrimiento de la América, ninguna fraccion de la humanidad habia podido recoger en beneficio propio.

«En el mundo viejo, les era imposible á las sociedades humanas avanzar con paso acelerado. Lo que entorpecia su marcha era la poca eficacia de sus afanes. Por muy liberal que fuese la naturaleza en sus dones, tenian que aprender á utilizarlos; y ellas no lo conseguian sino por medio de conocimientos cuya adquisicion lenta y parcial jamás les permitió aumentar en gran manera á un tiempo los recursos que sabian proporcionarse. Mas no fué así en la América del Norte, ya que un puñado de europeos, armados de los medios de produccion debidos á los descubrimientos sucesivos de todas las generaciones anteriores, llegó allí para tomar posesion de regiones completamente incultas. Extendíanse ante los inmigrantes tierras sin límites que solo aguardaban un poco de trabajo para cubrirse de abundantes mieses, pudiendo aquellos hombres concentrar sus esfuerzos en las que con mas largueza los remuneraban; y contaban además, para sacar de ellas todas las riquezas que ocultaban, con las artes, las luces y las fuerzas hijas de la civilizacion mas adelantada. De ahí fué que nunca, en ningun tiempo, habia gozado otra poblacion de tantas facilidades para desarrollarse, ni reunido tan poderosos medios para aumentar su bienestar y su número al mismo tiempo.

«Para los hombres que llegaron á poblar la América del Norte, no solo fué la libre disposicion de un suelo vírgen y casi ilimitado un manantial de prosperidades económicas de una fecundidad sin igual, sino que fué

tambien una causa de cordura y de tranquilidad políticas. En un pais donde la tierra tenia apenas valor venal, y estaba el trabajo, al contrario, á subidísimo precio, bastábales á los mas pobres un poco de prudencia y débiles esfuerzos para llegar en breve tiempo á la propiedad; de ahí el no encontrarse entonces en aquellas regiones ninguna fraccion de la poblacion mal hallada con su suerte, ni dispuesta, por consiguiente, á dar cabida á pasiones revolucionarias. En ninguna parte existian entonces en aquellas tierras las masas inquietas y turbulentas que, en las ciudades de Europa, se manifiestan hostiles al órden establecido. En todas partes eran las realidades muy satisfactorias para que los espíritus violentos y quiméricos tratasen de torcer su curso natural. Habia para todas las actividades campos anchamente abiertos: los desmontes lejanos, las conquistas sobre el desierto absorbian muchísimos brazos, á quienes, en cualquiera otro pais, la falta de trabajo hubiera podido convertir en instrumentos maléficos; y los partidos, libres de la mayor parte de los elementos que ordinariamente provocan sus iras, sostenian solamente unas luchas que, cualquiera que fuese su resultado, no venian á causar daño alguno á los intereses públicos.

«Fué asímismo una gran ventaja para la raza establecida en los Estados Unidos la comunidad de orígen y de idioma, cabalmente, con la nacion de Europa que, desde últimos del siglo décimoséptimo, habia realizado los progresos mas considerables é importantes. Bien sabido es cuán provechosos les fueron las costumbres, los sentimientos religiosos, los hábitos del trabajo, la necesidad de independencia personal que aquella raza llevó á su nueva patria; y esto, sin contar los servicios que les han prestado y les prestan todavía las producciones literarias y científicas de Inglaterra: producciones que, supliendo las que los Estados Unidos no podian dar, han

seguido ejerciendo la influencia mas tutelar y benéfica, ya que, por una parte, sirvieron estas producciones para mantener y derramar entre unos hombres, diseminados generalmente por los campos, y dedicados á duras faenas, un grado de cultura intelectual que su género de vida amenazaba rebajar; y por otra parte, á las ideas, á las nociones, á las tendencias resultantes de las particularidades de su estado social y político, opusieron aquellas producciones ideas, nociones y tendencias de procedencia y carácter diferentes, y que durante largo tiempo han contribuido á mitigar lo que de harto exclusivo tenian las primeras. Para apreciar estos efectos bastará observar que, aun en nuestros tiempos, solo cuenta la América un corto número de hombres dedicados al cultivo de las letras y ciencias, y que la parte mas ilustrada de la poblacion, la formada por los legistas, sigue sacando de fuentes casi exclusivamente inglesas las luces de que no puede prescindir.

« Y no se limita á esto la enumeracion de las circunstancias que han dado á los Estados Unidos una existencia privilegiada; pues hay que tener presente que las naciones del mundo antiguo solo se han formado y engrandecido en medio del estruendo incesante de las armas, no poseyendo ni siquiera un palmo de terreno, cuya conquista ó conservacion no les haya costado raudales de sangre; y que una necesidad fatal las ha puesto en el caso de sacrificar al sostenimiento de fuerzas militares una enorme proporcion de los frutos de su trabajo.

« Esta necesidad la han sentido los Estados Unidos en muy pequeña escala, ya que por dos veces solamente, en un siglo escaso, han tenido que sostener en el exterior luchas de corta duracion; y casi siempre les han bastado unos pocos millares de soldados para guardar sus fronteras de todo ataque. Así es como se han visto libres de una de las cargas que mas constantemente se ha

opuesto al progreso de las sociedades humanas, habiendo conservado en beneficio de las obras de la paz los hombres y las riquezas que, fuera de este pais, han devorado guerras casi continuas; y no han tenido que separar de sus tareas los muchísimos brazos que los grandes ejércitos permanentes han arrancado al trabajo: á esto se deben en gran parte los progresos de una rapidez sin igual que ha hecho este pais (1).

«Los Estados Unidos han tenido, por lo visto, una verdadera edad de oro; y mientras no venga á faltarles la tierra vírgen de que disponen, mientras aquellas inmensas regiones no encierren una poblacion quince ó veinte veces mas considerable, no habrá alcanzado esta edad de oro su último término. Sin embargo, no es ya la situacion de los Estados Unidos la que era á fines del siglo pasado. En vez de cinco millones escasos de habitantes que tenian entonces, cuentan ahora mas de treinta millones. Engrandecimientos sucesivos han aumentado considerablemente la extension del territorio nacional; el número de los Estados y distritos admitidos en la confederacion ha triplicado; así en el interior como en las costas, han surgido y se han engrandecido ciudades que solo ceden en importancia á las dos mas grandes capitales de Europa; el trabajo no es ya exclusivamente agrícola; indústrias manufactureras han arraigado en varios puntos del suelo; y ya se encuentran en el Norte y en el centro muchos territorios donde la vida econó-

(1) Bueno es observar, sin embargo, que la falta de tropas regulares ha colocado á la Confederacion en un gran peligro; pues si su autoridad central hubiese dispuesto de cincuenta mil soldados bien organizados, no hubiera estallado la guerra de secesion, ó hubiera terminado en pocos meses. Esta guerra, que duró cerca de cuatro años, causó la pérdida de trescientos mil hombres, y dejó el país gravado con una deuda cuyos intereses son muy superiores á lo que anualmente cuesta á las mas grandes naciones de Europa el sostenimiento de los ejércitos que tienen en pié.

mica empieza á revestirse de todas las formas bajo las cuales se ha desarrollado en la mayor parte de las regiones del mundo antiguo.

«¿Cuáles han sido los efectos de estos cambios? Hasta aquí, por donde quiera, los progresos de las artes, y la riqueza, la densidad progresiva de las poblaciones, los engrandecimientos territoriales han ejercido en el órden político una influéncia mas ó menos caracterizada: influencia que ordinariamente ha redundado en detrimento de las grandes asociaciones federadas. ¿Ha venido á pasar lo mismo en el suelo americano? ¿Han bastado la libertad política mas completa y las extraordinarias facilidades con que contaban las conquistas del trabajo para mantener en ese pais en toda su integridad el espíritu, las costumbres, las cualidades cívicas y privadas que, al principiar el siglo actual, daban á la autoridad central todo el ascendiente que necesitaba para desempeñar su cometido? A los hechos les toca decir cuál ha sido, bajo este respecto, la marcha de las cosas.

«Hay un fermento de discordia que ocultan naturalmente todos los Estados que han llegado á cierta grandeza, y que, tarde ó temprano, debia mostrar en los Estados Unidos una actividad progresiva. Tal es la oposicion que engendran, entre los intereses de las diversas porciones del territorio, las diferencias de climas, de condiciones geográficas, de industrias y productos. En la época en que vino á formarse la confederacion, esta oposicion estaba todavía latente; pero á medida que la poblacion, mas numerosa y menos diseminada, hubo de pedir mas al suelo, aquella no pudo menos de aparecer y aumentar rápidamente. Intereses, nacidos y desarrollados bajo la influencia de las particularidades locales, sembraron, entre los Estados del Sur y los del Norte, entre los Estados únicamente agrícolas y aquellos donde empezaban á fundarse industrias manufactureras, di-

sentimientos mas y mas caracterizados, haciéndose cada dia mas difícil dictar leyes generales que no provocasen descontento, ya en unos, ya en otros.

«Así lo demuestran las crísis anteriores que, de cuarenta años á esta parte, han venido á menoscabar la tranquilidad de que gozaban los Estados Unidos. Todas estas crísis fueron causadas por decisiones legales que algunos Estados particulares tuvieron por perjudiciales á sus intereses. La primera estalló en 1829. Una ley emanada de los poderes públicos habia atribuido al gobierno central el derecho de disponer de las tierras sin dueño en toda la extension del territorio nacional. Los Estados que contenian muchas tierras de esta clase se consideraron víctimas de un despojo, y amenazaron romper con el resto de la Confederacion. Con este motivo salió á luz bajo el nombre de *nulificacion* una teoría, en virtud de la cual los diversos Estados, jueces supremos de la obediencia á las leyes promulgadas por el Congreso, podian negarse á ejecutarlas en su propio territorio: teoría que venia á reconocer, en beneficio de cada Estado particular, una soberanía superior á la colectiva. A haber prevalecido esta doctrina, no hubiera subsistido la Union otros diez años; y con todo, el apoyo que le dieron, hasta en el Congreso, algunas personas eminentes, vino á demostrar que era el eco de sentimientos, ya poderosos, en una parte del pueblo americano; y que á poco que el curso de los sucesos estimulase su manifestacion, no podian ya tardar en levantar graves conflictos.

«Así sucedió en efecto al cabo de tres años. Habiendo vencido el Norte en el reglamento de aranceles de aduanas, la Carolina meridional no quiso obedecer las prescripciones votadas por la mayoría de los Estados, y se apercibió para impedir en su propio territorio la recaudacion de los nuevos derechos. Este acuerdo equivalia á un rompimiento de la asociacion; y á no mediar la

pronta y violenta energía que desplegó el presidente Jackson, hubieran unos y otros llegado á las manos.

«Desde entonces el mal se ha ido agravando, y todos los progresos que han venido á vivificar lo que tenian de exclusivo los intereses particulares de los Estados han producido el efecto de hacerlos mas y mas inconciliables. Los disentimientos crecieron en número y en violencia; la cuestion del Kansas se debatió á tiros, y si, en 1857, no hubiese recaido la eleccion de presidente á favor de un candidato vendido á la causa del Sur, la guerra civil hubiera estallado cuatro años antes.

«No hay fuerzas humanas capaces de impedir que entre los intereses del Maine y del Nuevo-Hampshire, y los de Tejas y de la Luisiana, subsistan divergencias fuertemente caracterizadas. Nadie puede impedir que, en materias de hacienda, de aduanas y de relaciones exteriores, las leyes promulgadas en Washington afecten de distinto modo á los Estados nacientes del Oeste y á los Estados antiguos, ya populosos y manufactureros, del Norte y del Centro; ya que, en la influencia ejercida por la diferencia de los medios en las ideas y en las voluntades de poblaciones separadas por enormes distancias, no puede menos de haber una causa perenne de disensiones, que rara vez el tiempo deja de ensanchar, y cuya maléfica fecundidad vendrán á aumentar, tarde ó temprano, los engrandecimientos territoriales últimamente llevados á cabo por el pueblo americano.

«Para mantener entre los Estados admitidos en la Confederacion americana la paz tan desgraciadamente rota cuando la eleccion del presidente Lincoln, y para guardarlos de las tormentas y escisiones con que los amenaza el porvenir, hubiera debido observarse un progreso que no se ha efectuado, y que, si hemos de juzgar por lo pasado, no está destinado á realizarse. Era de suponer, no obstante, que en una nacion completamente dueña

de su propio gobierno, en plena posesion de todas las libertades practicables, y que cuenta con facilidades y medios de desarrollo sin igual, el nivel intelectual y moral habia de irse elevando mas y mas, y que cada nueva generacion pujaria á la anterior en razon, en cordura y en amor al bien público. No ha sido este, sin embargo, el curso real de las cosas; pues si bien los individuos han adquirido en el suelo americano altas y fuertes cualidades; si bien han aprendido á desplegar en sus empresas increïble actividad y audacia; si bien no hay obstáculos ni peligros que ellos no sepan arrostrar, cuantas veces vislumbran una esperanza de feliz éxito, nótase, por otro lado, en su carácter moral, un caimiento visible, que no puede menos de influir lastimosamente en las manifestaciones de la vida pública.

« En vano fuera, efectivamente, buscar en los Estados Unidos los sentimientos y las costumbres que, á últimos del siglo pasado, regian las relaciones entre los particulares. La sed del lucro ha sentado allí sus reales; y esta pasion, como todas las pasiones que se han generalizado, ha acarreado la indulgencia mas lastimosa con los actos inmorales que provoca.

« Una parte del público americano se ha acostumbrado á considerar los negocios como una palestra donde son lícitas todas las armas. Así es que la infidelidad á los compromisos, las especulaciones fraudulentas, las truhanadas del agiotaje, le parecen disculpables cuando las corona el éxito; y tanto, que los que de ellas se aprovechan pierden menos en su estimacion que los que no fueron bastante astutos para guardarse.

« En todas partes, es un verdadero mal el hundimiento de las buenas costumbres comerciales; pero en los paises libres, es este mal de una gravedad muy particular; pues lo que constituye la fuerza de los pueblos que se gobiernan por sí mismos, lo que asegura su porvenir es

su rendimiento al bien público, y la resignacion á los sacrificios que este puede exigir. Pero allí donde el amor á las riquezas viene á preponderar lastimosamente en las transacciones civiles, es de todo punto imposible que los sentimientos patrióticos se conserven en su integridad primitiva, ya que, en sufriendo una lesion el sentido moral, se extiende aquella sobre cuanto rige; y cuando flaquea en alguna de sus aplicaciones, no tarda ya en flaquear en todas las otras.

«Entre las causas que, en los Estados Unidos, tienden á malear el espíritu público, hay una cuya eficacia ha ido siempre á mas con el tiempo. A medida que las artes y riquezas han recibido nuevos desarrollos, no solo ha aumentado la poblacion, sino que se han ido produciendo tambien entre los elementos que la componen diferencias de situacion, mas y mas considerables. Ya han empezado á formarse en las ciudades populosas masas que viven principalmente del trabajo manual, y entre las cuales nacen y se propagan las ideas y los sentimientos que naturalmente surgen, en todos los paises, entre la muchedumbre.

«Es muy cierto que no hay otro pais en que la instruccion popular y media esté tan generosamente dotada y tan anchamente distribuida; pero no hay medio de conseguir que la dósis de instruccion que exige la sana inteligencia de los negocios en un Estado tan grande venga á beneficiar á la gran mayoría de las poblaciones. En América, lo mismo que en Europa, las masas no saben contar con el porvenir; en todas las cosas, muévelas únicamente el interés inmediato, el interés del momento; por mucha que sea su importancia, los otros intereses no se muestran con bastante claridad á sus ojos para embargar la atencion; y no pocas veces ideas estrechas y apasionadas dirigen el uso que hacen de sus derechos políticos. Una cosa es digna de observarse en los Estados

Unidos, y es el constante menoscabo del valor de los hombres llamados á administrar los negocios públicos.

«La administracion de los Estados particulares se pone ya raras veces en las manos mas aptas para dirigirla; y otro tanto sucede con la que rige á la asociacion entera; y si, gracias á un modo de eleccion que abandona á las legislaturas locales el cuidado de componer el Senado, no ha perdido este cuerpo casi nada de su antiguo esplendor, la Cámara de los representantes, al contrario, ha visto disminuir gradualmente el número de sus miembros mas cuerdos é inteligentes. Ni aun la Presidencia se ha librado de la suerte que ha cabido á los otros poderes; Juan Quincy Adams cerró la lista de los grandes hombres de estado que la habian ilustrado; y á este le han seguido personas de capacidad vulgar; y lo mas notable es que, en un pais donde los ejércitos ocupan tan poco lugar, los servicios militares han venido á ser los que ordinariamente han creado el título menos contestado á las preferencias electorales.

«Sin embargo, nada puede extrañarnos en el curso actual de las cosas; pues cuanto mas ha aumentado la poblacion general, mas ha crecido la parte de la misma poblacion en la cual escasean el bienestar y la instruccion; poblacion que influye con todo su peso en la eleccion de los mandatarios del pais. Por una parte, les repugna á las masas cuanto se eleva sobre el nivel comun, y la superioridad debida á la riqueza es la que mas les desagrada; por otra parte, está muy pagada del poder que le corresponde, y quiere ser halagada; y para obtener sus sufragios, es preciso inclinarse ante sus voluntades, abrazar sus pasiones y vulgaridades, prodigarle los elogios, y aplaudir, en caso necesario, sus exigencias mas desatinadas; y como los hombres mejores y mas dignos no quieren rebajarse hasta este punto, de ahí el que raras veces triunfen en las luchas electorales.

« Así han venido á probar tristemente los tres años de guerra civil que la Union americana no se ha librado de los achaques á los que, en todos tiempos, han estado sujetas las sociedades humanas. No han bastado, para guardarla de ellos, ni las libertades civiles y políticas mas completas, ni las ventajas de su situacion excepcional. Además de los disentimientos que naturalmente se producen á la renovacion de los poderes públicos, la Union americana ha visto nacer los que engendra la disparidad de los intereses locales; y es evidente que estos irán en aumento á medida que se vayan poblando mas densamente las diversas fracciones del territorio. No solo aumentará el tiempo la dificultad, ya positiva, de hacer igualmente aceptables las cargas colectivas por votaciones cuyos elementos y condiciones de prosperidad diferirán en gran manera, sino que el mismo tiempo aumentará tambien la otra dificultad de repartir estas cargas sin mengua de los derechos de la equidad. Bajo todo régimen federal, los Estados representados en las asambleas procuran hacer prevalecer los intereses que les son propios; y es muy raro que los que tienen la mayoría en aquel momento dejen de imponer su voluntad á los demás. En vano se resisten los Estados de la minoría, ya que les es fuerza obedecer á resoluciones que los hacen víctimas de una parcialidad; de ahí irritaciones que, tarde ó temprano, levantarán terribles tempestades (1).

(1) La guerra de *secesion* ha dado la mayoría á los Estados del Norte; y en las medidas que se han tomado para hacer rostro á las cargas de la hacienda, estos Estados no han titubeado en hacer prohibitivos los aranceles de aduanas que protegen las industrias manufactureras establecidas en su propio suelo. Se han visto sacrificados los intereses de los Estados agrícolas del Oeste y de los del Sur, y es imposible que, tarde ó temprano, dejen de surgir en el seno de la asociacion contiendas tanto mas difíciles de apaciguar, cuanto mas tiempo haya durado el régimen fiscal actualmente establecido.

«Cierto que nada hay en la América del Norte que amenace el porvenir de las instituciones republicanas; pero lo que ya ha estado en grave riesgo, y lo que el tiempo volverá á colocar en él, es la conservacion de la asociacion tal como existe en el dia; ya que, para retener bajo una misma autoridad central á Estados separados por tan enormes distancias, y cuyos intereses se harán mas y mas divergentes, se requiere una dósis de prudencia y de buen sentido que no se ha encontrado hasta ahora en ninguna fraccion de la humanidad. Lo ideal por cuya realizacion se afanan los Americanos demuestra una falta de sentido político verdaderamente lamentable. Su anhelo dominante es la extension continua de sus fronteras, la anexion á los territorios que ya poseen de todos los que los avecinan y no forman aun parte de ellos; sin echar de ver que, para todas las aglomeraciones de pueblos y de territorios, hay un grado de extension, mas allá del cual no puede haber gobierno capaz de desempeñar su cometido; por donde no será una gran temeridad el afirmar que no pasará medio siglo sin que nuevas y sangrientas colisiones vengan á enseñarles esta verdad.»

Despues de recomendar á nuestros republicanos federalistas y demócratas el estudio de las sensatas consideraciones de Mr. Passy, vamos á someterles algunas observaciones, recogidas, nó de oidas, sino en el mismo pais que describimos, para que se convenzan de que no es oro todo lo que brilla, y que es muy de temer (¡ojalá no se realicen nuestros temores!) que dentro de un plazo mas ó menos largo, que precipitarán sin duda las *eternas* pasiones del hombre, no contenidas, sino mimadas por la democracia, le llegará tambien su *dies iræ* á esa federacion tan altiva y tan decantada.

Ya al presente puede el observador sereno é imparcial,

que no se deja deslumbrar por el esplendor de la prosperidad material, descubrir en esa misma prosperidad los gérmenes patológicos que, en tiempo mas ó menos lejano, han de originar en la gran familia nacional norte-americana las mismas perturbaciones, los mismos conflictos, las mismas catástrofes que, donde quiera y en todas las épocas de la historia, han ocasionado las pasiones humanas.

En ese mismo afan de dilatacion geográfica, en ese instinto de capacidad territorial que constituye un carácter esencial del pueblo anglo-americano, y le hace prohijar, ó cuando menos, favorecer toda empresa filibustera (1) que tienda á acrecentarle á expensas de sus vecinos, se presenta ya desde luego una causa y una probabilidad no muy remota de disgregacion y ruina de la *Turris Babel* del edificio federal, levantado con los desechos y la plétora de todas las nacionalidades europeas.

(1) La palabra *filibustero*, tan vulgar en nuestro pais desde la desdichada insurreccion cubana contra la metrópoli, es corrupcion de la inglesa *freebooter*, nombre que llevaron en otro tiempo los forbantes ó piratas de las Antillas, y que significa *de botin libre*, esto es, que cogen el botin donde lo encuentran, cuando pueden hacerlo á salto de mata é impunemente. Esta plaga es pues inglesa *pur sang;* y de ella echaron mano los Ingleses en diversas ocasiones para arruinar nuestro comercio, ó saquearlo al menos. Los *freebooters* tuvieron su orígen en el siglo XVI, en la isla de Santo Domingo, donde se juntaron con los *boucaniers*, que los Franceses enviaron á aquella isla para molestarnos tambien allí por tierra. *Boucanier* significa cazador y acecinador de toros silvestres, animales que, por aquel tiempo, abundaban muchísimo en los montes de aquella isla, y que eran producto de los que de España se llevaron allá por disposicion del gobierno español, que, en todas sus conquistas en América, empezaba siempre por mandar sus animales domésticos á aquellas tierras desconocidas, donde no los habia. Tambien fueron los bucaneros, durante muchos años, una plaga para nuestras pobres colonias de Santo Domingo, muy desatendidas

Dentro de medio siglo alcanzarán quizás los Estados Unidos, por el desarrollo de su actual poblacion, sin cesar acrecentada por los raudales de la inmigracion, el fabuloso guarismo de cien millones de habitantes, que ocuparán, sin llenarla de mucho todavía, una superficie territorial igual casi á la de todas las naciones de Europa.

¿Es de presumir que puedan armonizarse los intereses de tantos y tan poderosos Estados, tan diversos en sus producciones, y de tendencias tan opuestas? Ya hoy dia se destacan en el horizonte norte-americano las nubes présagas de futuras tormentas: en los Estados agrícolas, que son los mas, preponderan las aspiraciones librecambistas, y fermenta sordamente un sentimiento hostil hácia los Estados industriales del Este (1): sentimiento que se manifiesta en la prensa, en los *meetings*, en los cuerpos legislativos, que se desatan en recriminaciones y en sentidas quejas de que sean sus intereses pospuestos á los de aquellos Estados, menores en número,

entonces por los Españoles, que harto tenian que hacer con la exploracion y conquista de Tierra firme, hasta que, finalmente, no pudiendo extirpar aquella mala yerba de los montes dominicanos, mucho mas altos y escabrosos que los de Cuba, acordó el gobierno español acabar con todo aquel ganado vacuno: remedio radical que obligó á aquellas gentes á juntarse con los *freebooters*; y con aquel refuerzo, emprendieron estos expediciones piráticas que fueron el espanto de nuestras colonias, no solo en las Antillas, sino tambien en Tierra firme. Todo esto se debió á la malquerencia de los Ingleses y Franceses de aquellos tiempos, que no podian perdonarnos el haber sido los descubridores y pobladores del Nuevo Mundo.

Lo que llevamos dicho de los *freebooters* y *boucaniers* lo leímos, hace ya medio siglo, en la *Histoire de Saint Domingue*, 2 tomos en folio con buenas láminas, que, á mediados del siglo pasado, publicó el jesuita francés, el P. Charlevoix; y que, prescindiendo del espíritu francés en que está escrita, contiene datos muy curiosos sobre aquella isla y la historia de los bucaneros y filibusteros.

(1) Los de Nueva-York, Pensilvania, Masachusets, Nueva-Jersey, Conecticut, llamados *yankees*.

en poblacion é importancia económica, y de que, para su propio beneficio, mas bien que para la pronta extincion de la deuda nacional, aboguen los Orientales por el sosten de los enormes derechos proteccionistas que gravan la importacion extranjera. El portentoso desarrollo que en estos últimos tiempos han adquirido los Estados de la California, y que tan considerablemente ha venido á favorecer la reciente construccion de la via férrea que une el Atlántico al Pacífico, constituye otro amago de ruptura por aquel lado. La inmensa lejanía del centro gubernativo, que, por efecto mismo de las instituciones federales, no alcanza á hacer sentir su autoridad de una manera eficaz y coercitiva por medio del poder civil y de la fuerza militar, hace que verdaderamente disminuya la energía de su influencia, siguiendo, como en el órden astronómico, la razon inversa del cuadrado de las distancias. Así es que, en California, se hace ya muy poco caso de los decretos del gobierno federal que no se avienen con los intereses particulares del Far-West (1); segun lo patentiza la energía con que rechazaron el papel moneda que, con tan enorme profusion, creó la Tesorería del Norte durante la guerra de *Secesion* (2), de forzoso curso en todos los Estados donde mas eficazmente impera la autoridad federal. Pero los Californianos contestaron resueltamente: «Nosotros, que arrancamos

(1) El Remoto Occidente.

(2) De separacion ó separatista; así titula la historia americana aquella terrible guerra entre *federales*, los del Norte, y confederados, los del Sur, que, durante cuatro años, ensangrentó aquellas antes tan prósperas y venturosas comarcas, costando incalculable pérdida de vidas é inmensos tesoros, y convirtiendo á la vez, por efecto de la enorme carga de la deuda contraida por las necesidades de la guerra, á los Estados Unidos, que eran un pais fabulosamente barato, en el mas caro del mundo.

el oro de las entrañas de nuestra tierra, no queremos *vuestros* mugrientos *greenbacks* (1).

Este antagonismo, ya tan pronunciado, se irá haciendo cada vez mas repulsivo é inconciliable, ya que, á favor del ferro-carril del Pacífico, el grueso de la inmigracion europea se dirige hoy á poblar y fomentar las fértiles comarcas del Oeste.

Es muy probable, es hasta fatal, que la California acabe por desprenderse de la asociacion con los Estados Orientales que constituyen lo que se llama ahora *el Norte*; y cuando sea que llegue este conflicto, no subyugará el Norte á la California como subyugó al Sur. *El lejano Oeste* será entonces preponderante é inexpugnable; y los ejércitos del Norte, rotas las líneas férreas que con él le unen, serán impotentes para salvar la descomunal distancia que implican siete dias de incesante vuelo en alas del vapor. Se puede augurar desde luego que, el dia en que el Oeste quiera romper el pacto federal, le bastará con declararlo; y que los espíritus reflexivos del Norte rechazarán, como absurda y descabellada, la idea de pretender impedírselo por medio de la fuerza.

Es mas: el espíritu de discordia anida ya en los corazones; el sentimiento federal está ya en gran parte destruido; la union ha dejado de ser cordial y espontánea; es ficticia respecto de muchos Estados, impuesta por la fuerza, sostenida por la violencia. Un mar de sangre ha separado para siempre de toda union con el Norte el espíritu público del Sur.

Ni esa encarnizada lucha de cuatro años, que acabó con el vencimiento y la ruina de los confederados, ni el despotismo militar federal han zanjado la gran cuestion.

(1) *Dorsos ó respaldos verdes.* Así se llaman vulgarmente en los Estados Unidos los billetes del Tesoro, por el color de una de sus caras.

El rencor se conserva en el Sur, inextinguible, bajo la forzada resignacion á su destino, contra la abominable cadena que le amarra á su mortal enemigo; y trabaja con afan para rehacerse, robustecerse y hallarse en estado de tomar el desquite de su derrota. Y lo tomará, andando el tiempo, sin duda alguna; pues, en las razas que pueblan aquellos Estados, predomina el orígen meridional, circula ardiente la sangre española y francesa, y las pasiones son allí muy impetuosas, cual lo son en el Mediodía de Europa; así es de prever que el fuego sagrado del patriotismo seguirá alimentando en los corazones el ansia de venganza que de generacion en generacion se trasmitirá con la leche materna. Este terrible legado de odio se capitalizará con creces entre aquellos pueblos, hasta que se sientan nuevamente pujantes; y alentados por el deseo de vengar el pasado estrago, fuertes en el sentimiento de su derecho (pues nada le debe al Norte el pueblo del Sur, que, al par de él, se desarrolló sin su auxilio), los hijos de aquellos que tan denodadamente pelearon y supieron morir por su independencia se levantarán nuevamente en armas para separarse del aborrecido yankee, que asoló sus espléndidas comarcas y los aplastó bajo la mole de ejércitos mercenarios, allegados con aquel torrente de papel moneda, cuyo valor, despues de vencidos, se les forzó á reconocer y amortizar, contribuyendo el Sur, no menos que el Norte, á la extincion de la deuda.

Aquella guerra sangrienta demostró con la mas elocuente evidencia hasta qué punto aventajen las instituciones republicanas á las monárquicas para despojar al hombre de los instintos de ferocidad primitiva, é injertar en su alma el sublime sentimiento de amor á la humanidad. Harto pusieron de relieve aquellas carnicerías y aquellas comarcas devastadas el fraternal cariño que *infaliblemente* deben engendrar entre los pueblos las

vínculos federales. La conservacion de la integridad federativa fué, en apariencia, la idea política que empeñó al pueblo del Norte en aquella tenaz contienda. Cansados estamos de oir en discursos, y de leer en periódicos, que el móvil de aquella guerra fué únicamente el filantrópico deseo de la abolicion de la esclavitud. Pero, para hablar en estos términos, es preciso desconocer la historia de aquella lucha, ó quererla desfigurar deliberadamente *ad usum multitudinis*. El pensamiento formal de la emancipación no fué ciertamente la causa determinante, sino efecto derivado del ardor de la lucha; en una palabra, un hecho incidental: aquel decreto, cuya magnanimidad tanto se ha pregonado, fué simplemente una arma de que se echó mano contra el enemigo para consumar su ruina. Ante todo, alimentaba aquel encono un ruin sentimiento inveterado en los ánimos del Norte, la envidia de la prosperidad del Sur, el ansia de humillarle, de anonadarle. Antes de la guerra, era el Norte relativamente pobre; no existian allí fortunas que pudiesen competir con las de los opulentos hacendados del Sur. En sus viajes de recreo á las grandes ciudades del Norte, aquellos acaudalados cosecheros de algodon y de azúcar se presentaban con el boato de potentados, ofuscando por donde quiera sus familias á las mas ricas en galas, en joyas, en magnificencia y en menosprecio del dinero. Aquella ostentacion de riqueza, aquellos fastuosos alardes ajaron muchas vanidades femeninas, agriaron muchos ánimos, despertaron muchas envidias; hechos, al parecer, insignificantes, pero sin cesar reproducidos durante largos años, acabaron por crear un sentimiento general de animosidad contra las gentes del Sur. Como en la naturaleza, así tambien en la historia de los pueblos, sucede que grandes efectos son no pocas veces producto final de la multiplicada accion de imperceptibles causas, causas latentes, pero de inmenso

poderío. Así sucedió en aquella guerra federal. El ansia batalladora del Norte, antes que por el sentimiento político, fué impulsada por el móvil poderoso del amor propio mal herido; mas que el deseo de retener al Sur en la Union, enardecia los ánimos el afan fratricida de destruir su preponderancia.

Estos son, sirviéndonos de una expresion muy en boga, *los puntos negros* culminantes que fatídicamente amagan el porvenir de la gran federacion americana, y que saltarán desde luego á la vista del que desapasionadamente estudie las condiciones de su desarrollo y engrandecimiento. Precisamente, en este monstruoso desarrollo, eterno argumento de los federalistas en abono de su sistema, y que, nótese bien, no se ha efectuado ni se efectúa, como el de las naciones europeas, por intususcepcion, sino por juxtaposicion (es decir, nó como íntimo y peculiar efecto del mayor incremento, dimanado de la perfeccion de las instituciones; sino por la incesante y prodigiosa convergencia de elementos procedentes del exterior); en este excepcional desarrollo existe ya, como lo dejamos apuntado, é irá á la par demostrándose, otro de los gérmenes destructores del lazo federal.

Además, no son ya los Americanos de hoy dia los hombres de virtudes cívicas y privadas de los tiempos de Penn, Washington y Franklin. Al austero puritanismo de los coetáneos del fundador de la república, á la sencillez de las costumbres, á la probidad incorruptible, á la moralidad pública de aquellos venturosos tiempos, han sucedido, en el gobierno y en los cuerpos legislativos, los mercachifles de la política, los agiotistas y malversadores en las altas regiones de la hacienda, y *las manos puercas*, como decia nuestro malogrado Fígaro, en todo el escalafon; la venalidad en la administracion de justicia, el egoismo en los sentimientos, el refinamiento de

los goces materiales, y la depravacion de las costumbres. Allá se precipitan todos desaladamente tras las riquezas *(to make money)*. El ideal de aquel pueblo, el sentimiento predominante, la medida universal que á todo aplica, es el dinero. La frase característica, para apreciar los méritos de un hombre, es: *¿cuánto vale? (¿how much is he worth?)*, es decir, ¿cuánto tiene? de modo que allí, mas que en otra parte alguna, se acredita de verdadero nuestro refran: «tanto vales cuanto tienes.» Al mostraros el yankee un monumento cualquiera, lo primero que se le ocurrirá deciros será, sin falta: «Costó tantos y tantos miles de dollars.» Ni aun el corazon femenino ha podido librarse de este frio positivismo; las niñas mas frescas y sonrosadas, las *young ladies* mas poéticas, mas vaporosas, mas ideales piensan, y no se recatan de decirlo con la mas encantadora sonrisa: «El matrimonio es un negocio.»

En la opulenta sociedad de las grandes ciudades reinan el mismo lujo, fausto y despilfarro que en París y en Lóndres; ya carcome á aquella nueva sociedad el cáncer de la mas profunda desmoralizacion. En Chicago, para citar uno de tantos ejemplos de disolucion, ciudad nacida ayer, pues data su fundacion de 1836, el vínculo matrimonial ha llegado á ser tan frágil y endeble, que los divorcios están allí á la órden del dia, verificándose con la mayor frescura por el solo capricho de uno de los cónyuges, y á veces á los pocos dias de casados. Y pasamos por alto el singular fenómeno de la poligamia mormónica, por considerarlo como una excrescencia aislada en el desierto Oeste, la que, sin duda, extirpará la via férrea del Pacífico.

En las elecciones suelen triunfar los candidatos en nombre de los cuales se reparte el *wiskey* (aguardiente de maiz) con mayor munificencia; de suerte que las luchas electorales vienen á ser un verdadero maná para

los *bar-rooms* (como quien dice tabernas); y tanto, que pudiera sustituirse allí sin reparo el nombre de sufragio universal por el de sufragio espiritual, esto es, del espíritu de vino: pues allá van las sedientas turbas de electores á corroborarse para las ruidosas mogigangas de los *wards* (distritos), con campanas y pendones y faroles transparentes; allá van á descansar de sus fatigas antes del voto, durante el voto, y despues del voto, y á celebrar con sendos tragos de *brandy* la victoria, y á consolarse de su derrota los vencidos.

Los *politicians*, como allí se llaman los politicastros ó traficantes en política, no están por aquel rancio principio de que «el buen paño en el arca se vende», esperando tranquilamente que venga á sacarlos de su retiro el voto popular que los designe para el elevado cargo de representantes del pais; sino que mas atenidos al espíritu del modismo «fíate en la Vírgen y no corras», se agitan y multiplican, corriendo de un lugar á otro para hacer valer sus merecimientos, ofreciendo á las turbas electorales reformas legislativas conforme á sus deseos, por ejemplo, la abolicion de la odiosa ley (*excise-law*) que prohibe la venta de las bebidas alcohólicas en los dias dominicales. La parte sana del pueblo, que permanece apartada de tales manejos, ha bautizado á estos *commis voyageurs* de la política, tan duchos en el arte de *faire mousser l'article,* con la pintoresca calificacion de *carpet-baggers,* como si dijéramos *caballeros del saco de noche*, por ser este adminículo un utensilio indispensable y característico de su oficio (1).

¿Y qué dirémos de la prensa política? Reducidísimo es el número de periódicos respetables, de sólidas con-

(1) Vemos con placer que va introduciéndose en España este tipo que va aproximándonos al ideal de los Estados Unidos. Es un gran progreso en nuestra educacion federal universal.

vicciones, y consecuentes en sus principios; en cuyo número no se cuenta por cierto el famoso *New-York Herald (Heraldo de Nueva York)*, el de mas circulacion dentro y fuera de los Estados Unidos. La inmensa mayoría de aquella prensa carece de dignidad, y hasta de pudor, siendo, en vez de inteligente guia que ilustre y dirija la opinion pública, instable veleta que gira al caprichoso soplo de las pasiones del momento. Con el mayor desparpajo ataca hoy un periódico lo que, á todo trance, defendió ayer; arrastra por el fango al que antes encumbró sobre los cuernos de la luna; y por lo general, en pagándole bien, dice cualquier periódico todo lo que se quiera. El *quid* del periodismo está en halagar al mayor número de lectores para alcanzar mayor popularidad y despacho. Ya se ve, la cuestion no es de principios, es de cuartos, como dijo el otro.

Para que se vea lo que es generalmente la prensa periódica en los Estados Unidos, léase lo que, incidentalmente, dice de ella, en sus *Ensayos*, el filósofo mas profundo de aquel pais, absolutamente desconocido en España, Ralph Waldo Emerson: «La virtud humana pide sus campeones y sus mártires, y la persecucion va siempre adelante. Ayer el valiente Lovejoy presentó el pecho á las balas de un enfurecido populacho por los derechos de la palabra libre y de la libre opinion, y murió cuando mas valia no vivir. No acertamos á ver para el hombre otro camino de paz, como no sea el que le traza su propio corazon. Déjese de frecuentar asociaciones, estése mucho en su casa, y siga las tareas mas conformes con sus inclinaciones. La incesante retencion de sentimientos sencillos y levantados en medio de deberes oscuros fortalece el carácter, y le da un temple capaz de portarse honrosamente, si fuere menester, ante las tumultuosas turbas ó en el cadalso. No ha habido ultraje que no pueda repetirse, y mas en una república,

en cuanto asoman síntomas de decadencia en los sentimientos religiosos. Familiarice el jóven su espíritu con la vil calumnia, con el fuego, con el alquitran y las plumas (1) y con la horca, y vea hasta dónde puede llevar su sentimiento del deber para arrostrar con ánimo sereno tales tormentos, siempre y cuando le ocurra á un periódico y á un número suficiente de sus vecinos tildar de incendiarias sus opiniones. Es muy propia, para calmar en el pecho mas aprensivo el temor de tales sucesos, la consideracion del rápido salto que ha opuesto la naturaleza á la malicia de los hombres; fuera de que ya naturalmente nos vamos acercando á un borde, mas allá del cual ningun enemigo puede perseguirnos:

> Deja que vivan en delirio insano,
> Mientras duermes el sueño de la tumba (2).

«¿Quién puede ver la bajeza de nuestra política, que no congratule interiormente á Washington, que ya hace tiempo está envuelto en su mortaja, y descansa para siempre en paz, antes de venir á perder la esperanza en la humanidad?»

(1) *Tar and feathers:* así se llama en los Estados Unidos el suplicio que imponen las turbas, nó la ley, á los malhechores. Consiste en desnudar al paciente, y una vez en cueros, le untan de alquitran de piés á cabeza, y luego lo echan sobre un lecho de plumas, y allí le revuelcan hasta que sale todo emplumado; y en esta situacion, le persiguen y acosan á latigazos hombres y muchachos hasta echarle del territorio; pero el infeliz, al refugiarse en otro territorio, como no encuentre un alma tan buena como fuerte que se atreva á ampararle, es perseguido del mismo modo hasta perecer de inanicion y cansancio. Algunos ingleses han sido víctimas de este suplicio, por sospecharse de ellos en los Estados del Sur que facilitaban la evasion de los esclavos.

(2) Let them rave,
Thou art quiet in thy grave.

Allí tambien, como en Europa, y quizás en mayor escala, corrompe al comercio el mismo agiotaje bursátil que improvisa fortunas de la noche á la mañana; como de ello es buena muestra el pánico del oro de hace dos años, en que osciló el premio en un dia de 130 á 160, ocasionando fabulosos quebrantos y créditos enormes, muchos de los cuales no se han satisfecho todavía, ni se cubrirán nunca. Segun voz pública y fama, lucraron grandes cantidades en aquella *operacion* personas muy allegadas al gobierno de la república.

Quien crea, y no son pocos, que no hay allí la misma diferencia de clases que en Europa, el mismo contraste de opulencia y miseria, es porque ni de oidas conoce aquel pais. Bien es verdad que no existe en los Estados Unidos la aristocracia de estirpe; pero existe en cambio la mas real y efectiva del dinero, que habita suntuosos palacios y arrastra lujosos trenes, en cuyos coches, si no ostenta heráldicos geroglíficos, no es por falta de buen deseo, como lo demuestra la sustitucion de los símbolos nobiliarios por escudos con monógramas, que, á la vista y de lejos, producen el mismo efecto, dejando á la par satisfechas las necias ínfulas aristocráticas y las adustas exigencias republicanas.

Mucho mas pudiéramos añadir sobre el estado social de la federacion norte-americana; pero basta con lo dicho para nuestro propósito. Apoyándonos en datos ciertos, que no desmentirá ninguna persona de imparcial criterio que conozca de cerca aquel pais, nos hemos detenido algun tanto en bosquejar á grandes trazos la fisonomía de la República-modelo, como muchos la llaman, para combatir el cúmulo de ideas erróneas difundidas por un libro muy leido que la pinta con harto distintos colores. Gracias en gran parte á este libro, que las bibliotecas económicas han hecho tan popular en nuestro pais, los Estados Unidos han venido á ser para mu-

chos una especie de Eldorado, el bello ideal de las humanas instituciones, el desideratum de nuestros teóricos federalistas. Despues de leido este libro, ¿quién podrá vivir ya con gusto en la caduca Europa? Aquel libro es un toque de generala para la emigracion universal al otro mundo. ¿Quién será tan necio, que quiera pasarlo mal, cuando tan ricamente pudiera pasarlo al otro lado del Atlántico? ¿Qué cosa buena tienen, segun el librejo en cuestion, los pueblos europeos?—Ninguna, empezando por sus habitantes inclusive. Todo lo bueno está en América. Segun el autor del libro, allí sí que todo, todo es bueno, excelente, perfecto. ¿Quereis virtudes privadas?—Pues allá es donde solamente se encuentran. Acá, en la mezquina Europa, buscais en vano grandes rasgos de virtudes cívicas; pues allá tropezaréis con ellas á cada paso. ¿Honradez acrisolada, valor, denuedo?—Allá.— —Heroismo?—Pues allá.—¿Desinterés, puro amor?— *Toujours là-bas!*—Que allá no se conocen, ni por pienso, periodistas venales. No les ofrezcais dinero para falsear sus principios de granito; pues de seguro lo rechazarian con sacrosanta indignacion. Allí no se usan cohechos electorales, ni existe corrupcion en la justicia, ni malversacion de los caudales públicos, ni agiotaje, ni lujo insolente, ni relajadas costumbres, ni incómodas viviendas, ni miseria: todo esto garantizado para uso de los papanatas europeos por el autor del libro. ¡Oh Doctor Pangloss! oh ilustre filósofo del optimismo! bien hiciste en morirte tiempo há, porque habrias de reventar de envidia, si en nuestros tiempos vivieras, al ver cuán en zaga te dejaba nuestro Doctor Laboulaye!

Y dirigiéndonos á los cándidos, y hablándoles su lenguaje, les dirémos: Vosotras, almas juveniles y poéticas, que soñais con el amor puro, desinteresado, ideal..... ¿qué tardais en dejar esta egoista y materializada sociedad del viejo mundo, donde se agostarán vuestras dora-

das ilusiones? Volad, si quereis verlas realizadas, á la América del señor de Laboulaye, que allí, y tan solo allí florece la peregrina planta del perfecto amor. ¡Huid de esta corrupta cloaca europea, corazones honrados, que ansiais respirar la pura atmósfera del hogar doméstico y de las virtudes individuales; id á refugiaros al Eden de Mr. de Laboulaye, donde él os garantiza el colmado logro de vuestro anhelo! Y vosotros, vosotros sobre todo, espíritus rectos y mal hallados con las injusticias y miserias sociales de la carcomida Europa; espíritus reformistas, federalistas, comunalistas, utopistas, cruzad sin tardanza el Atlántico, si quereis ser felices, y aportad á aquella maravillosa tierra descubierta por el Doctor Lefevre, donde disfrutaréis todas las libertades que ambicionais, y veréis practicadas al por mayor todas las virtudes que tan solo por allí se estilan. Sí, allí veréis cumplidas vuestras halagüeñas ilusiones, salvas algunas *leves* diferencias, no consignadas, por distraccion sin duda, en la utopia americana del optimista Doctor.

Bien se nos alcanza cuánto habrá de chocar, y hasta escandalizar el rápido bosquejo que hemos trazado de la realidad á los admiradores á todo trance de la República norte-americana, á los que jamás la vieron sino desde aquende el Atlántico y al través de las fantasmagóricas lucubraciones del Doctor Lefevre. En su novela fantástica «París en América», que tanta popularidad ha alcanzado, presenta Mr. de Laboulaye á la admiracion de Europa una América tan distante de la verdadera como puedan serlo las bucólicas escenas en la pastoral Arcadia de Garcilaso y de Melendez, de las que pasan entre los zafios patanes que apacientan los ganados por los riscos y dehesas de la vida real. Con harta razon atribuye el autor, en el primer capitulo de su fábula, el engendro de su obra á un poderoso narcótico. En efecto, el libro de Mr. de Laboulaye solo puede y debe considerarse co-

mo una fantasía, como una alucinacion producida por el opio, como el producto de una imaginacion calenturienta, *ægri somnia*, como dijo Horacio.—Es una obra del género Vernístico, que ha causado mucho daño, por cuanto casi todos sus lectores han tenido la candidez de tomarla muy por lo serio, creyendo verdades de á folio los delirios del iluminado Doctor.

Aquella maravillosa tierra de Jauja del «París en América» no ha existido nunca sino en la imaginacion de Mr. de Laboulaye. Y no queremos decir con esto que su obra haya resultado tan falsa por efecto de falsas apreciaciones, pues fué su propósito hacerla tal. Muy lejos de esto; declaramos absolutamente imposible que la República de los Estados Unidos pueda aparecer á los ojos de un escritor del elevado talento y perspicacia de Mr. de Laboulaye, cual ha querido pintarla en su libro. No hacemos al buen criterio de Mr. de Laboulaye la ofensa de suponer que pretendiera hacer una verdadera pintura de los Estados Unidos, aun cuando le concedamos capacidad sobrada para hacerla exacta, si tal hubiese sido su intento. Se propuso únicamente escribir un folleto político, de propaganda, bajo una forma original, que llamara vivamente la atencion; y fuerza es conceder que logró colmadamente su deseo. Por lo demás, bien puede asegurarse que el redomado Doctor Lefevre cree tanto en la realidad de *su América* como pudo creer Swift en la de Liliput, ó Wanton en la del pais de las Monas.

No somos detractores del pueblo norte-americano porque señalemos sus defectos, ni tampoco de Mr. de Laboulaye, porque no estemos conformes con sus apreciaciones. Les hacemos justicia: *voilà tout*. Somos los primeros en reconocer lo muy bueno que tiene la raza anglo-sajona que puebla aquel dilatado pais, su amor al trabajo, su actividad incansable, su espíritu emprende-

dor, cualidades etnológicas que allá llevaron de Europa, con su saber y su industria y la civilizacion de sus respectivas naciones, y que encontraron allí un vastísimo campo donde explayarse. Admiramos como el que mas el espectáculo casi mágico del portentoso incremento de poblacion y riqueza que ofrecen los Estados Unidos, donde, como por encanto, surgen populosas ciudades en lugares que, muy pocos años antes, eran incultas soledades, cruzadas solamente por los *Pieles-rojas* y por cazadores nómades, los *Pioneers*, aquellos audaces aventureros tan admirablemente descritos por Cooper, exploradores y avanzadas de la civilizacion, que, en cierto modo, trazaron y señalaron el camino á las caravanas de los primeros colonizadores, ingleses, alemanes é irlandeses en su mayor parte, que dejaron allí sus huesos para que otros se aprovecharan de sus fatigas y trabajos; tras de los cuales se fué precipitando, sin parar, la gran riada de la inmigracion europea. Asombra considerar el grado de esplendor y poderío que dentro de un siglo habrán alcanzado los Estados Unidos, siguiendo la proporcion creciente de su actual desarrollo. Por la inmensidad de sus producciones, y por el número incalculable de habitantes que esta region es capaz de sustentar, está seguramente destinada la Union americana á representar un papel culminante en la historia del mundo.—Estimamos, por otra parte, á Mr. de Laboulaye como un eminente hombre de ciencia, y como un escritor ameno y elegante; pero, amantes de la verdad, deseamos ante todo poner las cosas en su punto. A impulsos de una determinada tendencia política, tomó Mr. de Laboulaye la pluma para describir un pueblo y un pais imaginarios, una fantasía optimista, un sueño de su deseo, que pretende hacer pasar como moneda corriente de la federacion americana: Nosotros rechazamos las ruedas de molino con que este escritor político quiere hacer comulgar á los Europeos que

no conocen sino de oidas los Estados Unidos, y cuya credulidad es tan fácil de sorprender, pues siempre se ha dicho «de luengas tierras largas mentiras». Nuestro objeto es desvanecer las erróneas opiniones de muchos, y las ilusiones de otros acerca de aquel pueblo que se ha dado en considerar como el nec plus ultra de la perfectibilidad humana.

Hemos apuntado sus defectos para demostrar que aquellos federales no son, ni con mucho, tan perfectos como algunos aparentan creer, y se empeñan en hacer creer, y muchísimos mas creen de buena fe; sino que se puede decir de ellos, empleando un vulgar, pero gráfico dicho, de nuestro pais, que «en todas partes cuecen habas».

Se nos objetará tal vez que los lunares que dejamos señalados son solamente defectos inherentes á la humana naturaleza; pues á este punto quisimos y queremos venir á parar, y es que los hombres, bajo todos los sistemas de gobierno, conservan las mismas pasiones perturbadoras de la armonía social. La América es, en verdad, un pais vírgen, pero nó una sociedad vírgen, como muchos quieren suponer; es la vieja sociedad europea, con todas las prendas, defectos y pasiones de las razas de donde procede. La América es un arrabal de Europa, y la poblacion actual de los Estados Unidos es, en su mayor parte, de nacimiento europea.

La reciente historia de este mismo pueblo y de este mismo sistema gubernativo, que quieren presentarnos como modelos, ha probado ya por de pronto que no son menester ejércitos permanentes (que alegan como institucion funesta los que los anatematizan como fuerza represiva y conservadora) para provocar sangrientos conflictos y catástrofes asoladoras. Y preguntamos ahora: ¿puede fundadamente esperarse de tales hombres y de tales costumbres que lleguen á realizar en lo por venir el ideal político de la humanidad? Creemos sinceramente

que nó, y que serán de nuestra opinion todos los hombres de buena fe, incluso (por supuesto, para su foro interno) el mismo soñador de París en Masachusets.

Y en fin, no vengan presentándonos de continuo los partidarios del federalismo, como una prueba tangible en pro de su sistema político, el fenomenal desarrollo de los Estados Unidos: pais en condiciones excepcionales, donde el Estado posee ilimitados territorios incultos, cuyos terrenos puede ceder por una mínima cantidad á los pobres inmigrantes que sin cesar afluyen de todas las naciones de Europa, con educacion, con fuerza, con industria, con artes, con saber, con ideas, aumentando sin cesar su poblacion y su riqueza; pais de inmensos recursos naturales, de condiciones geográficas las mas favorables, y de inapurable fuerza productiva; pais sobre todo sin pasado, y, por consiguiente, sin sistemas políticos antagonistas; pais, en fin, que abarca una superficie territorial tan grande casi como la de toda Europa, y que bajo ningun concepto puede compararse con las pequeñas naciones europeas, para deducir consecuencias aplicables á estas últimas, ya que sus condiciones de ser son totalmente distintas.

En tanto exista ilimitado campo para la explotacion, en tanto no contenga aquel inmenso pais un exceso de poblacion, y no choquen intereses opuestos, el pueblo norte-americano (y nótese bien esta circunstancia especial, de la que suele prescindirse en las consideraciones acerca de aquella república), que goza de la imponderable fortuna de estar aislado y distante de poderosas naciones, ofrece mayores probabilidades de paz y de estabilidad que los pueblos europeos, nó ya por efecto de su régimen federativo, sino porque, durante mucho tiempo todavía, tendrá la generalidad mas motivos para estar contenta con su suerte que los habitantes de la harto poblada y esquilmada Europa. Y sin embargo, ya hoy

dia, á pesar de hallarse tan lejos de nuestra exuberancia de poblacion, empiezan á revelarse allí amenazadores síntomas socialistas: díganlo, si no, los desmanes perpetrados de algunos años á esta parte por la asociacion demagógica de los *Klu-Klux* en las regiones mineras del estado de Pensilvania. Dentro de un siglo acaso, dentro de dos, sea cuando fuere, que llegue para los Estados Unidos el *trop plein* de poblacion, esto es, la dificultad de la existencia, y las duras privaciones para el gran número, se suscitarán allí las mismas cuestiones sociales que conmueven y amenazan á las sociedades monárquicas europeas. En iguales dificultades, en idénticos conflictos, y sin mas recursos para resolverlos, habrán de verse las instituciones federales, si es que allá subsistan todavía en aquella fecha. Para entonces, las doctrinas ateistas y disolventes de toda moral, que principian ya á difundir por aquellos paises su inicua propaganda, habrán tenido sobrado espacio para infiltrarse en el corazon del pueblo, para corromper las conciencias, y demoler el baluarte, hasta aquí tan firme, del sentimiento religioso. Entonces podrá algun futuro Doctor americano explotar la situacion, confeccionando, para mayor exasperacion de los mal contentos y desheredados de América, una incitante y seductora utopia á lo Doctor Lefevre, titulándola *Nueva York en Australia*, ó *en Nueva Zelanda*, ó en cualquier otro islote del archipiélago oceánico, donde no se codee tanto la gente como en los Estados Unidos, ó desunidos, de aquella época. Auguramos desde luego á su autor el éxito mas lisonjero (*the greatest sensation of the season*), que nos atrevemos á asegurar eclipsará el obtenido en nuestros dias por la obra del Doctor parisiense. Si el pais holgado y próspero en cuestion estuviese regido por un rey, habrá de probar el libro á los Neoyorquinos futuros la excelencia de los gobiernos monárquicos: prueba tan válida, por lo menos, como la

del cuadro disolvente de Laboulaye, aun dándolo por parecido, en pro del federalismo republicano.

Despues de lo que imparcialmente llevamos expuesto sobre la sociedad norte-americana, la que, segun se ha visto, tiene sus defectos, como todo lo humano, nos cabe una satisfaccion, y es el poder decir que en ninguna otra parte del mundo está tan ricamente dotada la instruccion pública y privada, sobre todo por lo que toca á la primera y segunda enseñanza, la que cuenta con mejores libros que la nuestra, y con excelente personal en el profesorado de uno y otro sexo (1). Sin embargo, la costumbre, inveterada en aquel pais, y que se explica como

(1) En apoyo de nuestro aserto, y como indicacion interesante para los que, poseyendo el idioma inglés, se dediquen á la enseñanza, citarémos los voluminosos catálogos de obras de instruccion primaria y superior de las casas editoriales Ivison, Phinney y Compañía.—A. S. Barnes y C.ª—J. W. Schermerhorn y C.ª—D. Appleton y C.ª—C. Scribner y C.ª y Harper hermanos, de Nueva York; y las de Lippincott y C.ª, H. Butler y C.ª y Cowperthwait y C.ª, de Filadelfia.

Prescindiendo del valor intrínseco de los numerosos libros comprendidos en estos catálogos, redactados por eminentes profesores de América y de Inglaterra; su parte material es tan bella y atractiva, que invitan, y casi pudiera decirse que obligan al estudio. Tanto el papel y la impresion, como la parte ilustrada y las encuadernaciones nada dejan que desear en punto á bondad y elegancia. Con tanto esmero, con tanto lujo se imprimen las cartillas como las obras de física, química y matemáticas superiores. Libros de lectura, gramáticas, aritméticas, geografías, todos los libros de primera enseñanza forman séries graduales adecuadas á la capacidad de los niños de diferentes edades, distinguiéndose muy especialmente por su mérito las magníficas colecciones seriales de geografías y atlas geográficos ilustrados de Cornell, Mitschell, Guyot, Monteith y Mac Nally, y los de geografía física y de astronomía de Warren y de Asa Smith, así como los mapas murales político-físico-geográficos de los mismos autores, que desearíamos ver imitados é introducidos en las escuelas de nuestro pais.

Aprovechamos esta ocasion para recomendar á los que se interesan por la enseñanza la revista trimestrial *American journal of edu-*

resultado de la colonizacion, de exigir que los hijos varones se ganen la subsistencia lo mas pronto posible, hace que, en general, los jóvenes que no se dedican al estudio abandonen las escuelas en edad temprana, para entregarse exclusivamente al comercio ó á la industria; de donde la escasa instruccion y no mayor educacion que se nota en estas clases. De aquí el frecuentar las niñas las escuelas mucho mas tiempo que los niños, y el ser las mujeres generalmente mas instruidas y mejor educadas que los hombres. Esto, que tiene graves inconvenientes, produce un bien, y es el dar á la mujer, como no puede menos, un grande ascendiente en la familia, ya como hija, ya como esposa, ya como madre,

cation, y la mensual *American educational monthly*, periódicos descollantes entre los muchos del mismo género publicados por el magisterio norte-americano; como y tambien los informes anuales de los consejos de instruccion (*Boards of education*) de los diferentes Estados, y las circulares oficiales del negociado de instruccion pública (*National department of education*) de Washington desde junio de 1867, de cuya fecha data su publicacion. Recomendamos asímismo al estudio de nuestros profesores de escuelas normales la valiosa coleccion de obras pedagógicas de Barnard, Wickersham y otras lumbreras del magisterio, publicada por los editores Schermerhorn Bancroft y C.ª de Nueva York.

Fuera de desear que, á lo menos, la Escuela normal de Madrid adquiriese para su biblioteca estas obras importantes, así como la coleccion completa del *American Journal of education*, que forma 22 volúmenes, donde se encuentran profundamente tratadas por los *educators* mas competentes todas las cuestiones que se relacionan con la instruccion pública desde los planos para la construccion de escuelas hasta los métodos de enseñanza en los diferentes paises, y las mas elevadas especulaciones analíticas acerca de la mision del profesorado. Igualmente debieran adquirirse, como muy interesantes documentos de consulta, que pudieran proporcionarse por medio de nuestros cónsules, como que liberalmente se brindan á cuantos los desean, los informes de los *Boards of education* de los diversos Estados, y las circulares mensuales del *National department of education*, donde se exponen el estado general de la instruccion, sus resultados locales, sus progresos y sus necesidades.

revistiéndola de cierto carácter intelectual y moral que la hace digna del amor, de la consideracion y respeto de su esposo y de sus hijos, y hasta de sus padres. La influencia de la mujer *fuerte* en la sociedad americana, sobre todo en las localidades pequeñas, no viciadas como las grandes, es inmensa en beneficio de las buenas costumbres, del órden doméstico, y de la educacion de la familia; llegando á amansar la mujer, en no pocos casos, la naturaleza bravía de su esposo. Esto lo consignamos con mucho gusto; y entendemos que la mujer, por su superioridad intelectual y moral, está destinada á mantener en gran parte de aquel pais la paz en las familias y el órden consiguiente. Pero en los grandes centros

No acertamos á encarecer bastante la noble rivalidad que, respecto á esta trascendentalísima cuestion de la educacion popular, existe en la república americana, no solo entre los varios Estados que la constituyen, y entre las ciudades de un mismo Estado, sino tambien entre los distritos de una misma ciudad. Nada se escasea para difundir la necesaria instruccion entre los niños de ambos sexos; en todos los barrios se levantan magníficos edificios-escuelas, construidos en las mejores condiciones higiénicas, y dotados de abundante material de instruccion, y de un numeroso é inteligente personal, cuyos gastos sufragan gustosos los contribuyentes; sin contar con los cuantiosos donativos y legados de las personas opulentas para la fundacion de escuelas y bibliotecas populares en todos los puntos del pais. Gracias á los infatigables esfuerzos del ilustre Horacio Mann de Masachusets, el grande apóstol de la instruccion pública en los Estados Unidos, es ya un sentimiento arraigado en el espíritu del pueblo norte-americano que el mayor y mas perfecto desarrollo de la enseñanza popular es lo que ha de constituir la verdadera grandeza y la incontestable supremacía de la Union americana; y nos complacemos en reconocer que no se perdonan allí medios ni les duelen sacrificios para el mas cumplido logro de su ambicion. Creemos poder afirmar que, en ningun pais del mundo, se halla la instruccion primaria en un estado tan floreciente, ni cuenta con los inmensos recursos ni con el universal concurso que en los Estados Unidos. Desde 1837, en que el benemérito filántropo Horacio Mann inició con ardiente entusiasmo, jamás decaido hasta su fallecimiento, ocurrido en 1859, su propaganda

de poblacion no suele suceder así, porque, en América, como en todas partes, cuantos mas hombres se juntan, mas se inficionan unos á otros.

Hemos dicho que, ya de muchachos, se dedican los Americanos á una profesion; pero á esto hay que añadir que se entregan á ella generalmente con tanto ardor, al comercio y á la grande industria sobre todo, que solo viven para ello. En prueba de esto, léanse los siguientes extractos, que hemos sacado de fuentes inglesas, alemanas y americanas.

«Un vecino de Boston, á su regreso de un viaje á Inglaterra é Irlanda, afectado todavía por la miseria de las clases menesterosas, me decia: «Nosotros deberíamos ser

en favor de la educacion del pueblo; se ha formado un poderoso núcleo de fervientes adeptos de sus ideas, asociados en el *Instituto americano de instruccion*, que con incansable celo impulsan la obra del Maestro, descollando entre ellos el que desde un principio fué el mas caluroso y eficaz colaborador de Horacio Mann, el honorable *educator* Enrique Barnard, el ilustrado fundador y director del *American journal of education*. Los generosos esfuerzos de estos nobles espíritus han producido, en el breve espacio de treinta años, resultados asombrosos: en las ciudades, en los pueblos, en las aldeas mas apartadas, en todos los ámbitos del pais, donde quiera que se reuna una agrupacion de hombres, han surgido escuelas regentadas por la pléyade de profesores de ambos sexos, formados durante este breve periodo en las escuelas normales creadas por Horacio Mann y sus discípulos, y que, imbuidos en las elevadas doctrinas de este hombre superior, consideran el magisterio como un verdadero sacerdocio. Por estos grandiosos resultados obtenidos en tan pocos años, puede inferirse el grado de cultura que, con el tiempo, podrá alcanzar aquel pais, siguiendo su marcha progresiva el impulso dado á la instruccion pública, que tan acertadamente dirigen estos hombres eminentes, y que, cada cual en su esfera, secundan todos.

¡Ojalá el activo y eficaz pueblo norte-americano recoja dentro de breves años el fruto de tan nobles tareas y de tan generosos sacrificios!—que si los recoge en toda su pureza, labrará su propia ventura, y respetará á sus vecinos, dejando de ser para ellos una amenaza y una fuente de odios y rencores.

mas felices que los Ingleses, y con todo, no lo parecemos»: Hay efectivamente en el semblante de los Norte-americanos una expresion muy marcada de inquietud y recelo, hija, en parte, de su afan por acumular dinero, y de su incesante trabajo muscular y mental, y en parte, de los efectos del clima. Nuestros antepasados tenian que trabajar 15 horas al dia para no morirse de hambre en medio de aquellas selvas; pero nosotros seguimos el mismo sistema, cuando ya no es necesario.» (*Lyell's second Visit to the United States, 1845*).

« Dicen algunos que los Americanos no tienen fisonomía; pero en esto se equivocan. Yo encuentro su fisonomía fuertemente marcada de la ansiedad, que es la esencia de su ser. Hasta las facciones de los jóvenes están surcadas por las líneas que indican inquietos pensamientos y una voluntad resuelta. Fácil es leer en el rostro de la nacion su ánimo emprendedor y la intensidad de sus afanes. No hay americano cuyos ojos no parezcan echar una ardiente mirada al *Far West* (lejano Ocaso) ó al porvenir. El Americano nunca juega, ni tampoco el niño americano. Mira con indiferencia los juegos y pasatiempos á que tan aficionados son los Ingleses. El trabajo es su elemento; y su único descanso del trabajo mas duro es una excitacion furiosa. Tampoco rie. Los Americanos son sin duda el pueblo mas serio del mundo. Su terrible seriedad contribuye á su mala salud, que es otro de los azotes de la vida americana. Sin duda que otras causas contribuyen tambien á su caquexia; tales como el clima, los estimulantes, las ocupaciones sedentarias, etc.; pero la causa mas honda de la caquexia americana es el imponer al cerebro un trabajo excesivo, y la sobre-excitacion del sistema nervioso, que es la consecuencia de su intensa actividad. De aquí la dispepsia nervosa, la tísis, la locura y todo el séquito de crueles enfermedades que acaban con ellos antes de la edad provecta. En una pa-

labra, los Americanos se matan de tanto trabajar». (*James Stirling's Letters from the Slave States, 1857*).

« En las ciudades y en las partes mas densamente pobladas de Nueva Inglaterra y de los Estados del centro, va aumentando la locura, y este aumento está en razon superior al de la poblacion. Este efecto, que nos aterra, hay que atribuirlo, sin ningun género de duda, al general desasosiego y á la excitacion que embarga á la nacion, y á su indiferencia respecto de las leyes fisiológicas mas comunes y esenciales. Como comunidad, tenemos poquísimas distracciones y mucho desden para las influencias refrescantes y vigorizadoras del trato social. Nuestro afan por los negocios de todas clases es demasiado constante y absorbente. Las profundas huellas del desvelo y de ansiosos pensamientos se ven impresas en todos los rostros; y su influencia corrosiva acaba, no solo con la elasticidad de nuestro cuerpo, sino tambien, en muchísimos casos, con los mejores sentimientos del corazon. Estas influencias penetran en la sociedad, en este pais, mas hondamente que en ninguna otra porcion del globo, atrayendo á su vórtice á muchos que quizás se apartarian de ellas; y como van en aumento con la marea de la prosperidad nacional, amenazan tragarse los mejores sentimientos y simpatías de la nacion.» (*Vigésimo segundo informe anual del Manicomio de Hartfort, Conectieut.*)

« Es aquí el domingo exclusivamente un dia de oraciones sin ninguna distraccion ni recreo. La raza sajona no sabe ya divertirse. Lo que es la vieja y jovial Inglaterra (*Merry Old England*), ya no se encuentra sino en la poesía; desde los tiempos de Cromwell y de los Puritanos, tienen las gentes una cara sombría, y los hábitos mercantiles de nuestro siglo han ahuyentado el antiguo carácter jovial de nuestra raza. Un inglés ó un americano jovial es un hallazgo. Nada de bailes, nada

de música, nada de aquel profundo sentimiento para las bellezas de la naturaleza, tan hondamente arraigado en la raza alemana.

«El Americano trabaja como un miserable, y no sabe lo que es el contento, pues siempre está ansiando mas.

«Dad á un húngaro ó á un aleman una renta moderada, lo preciso, y no mas, para mantener á su familia, un cielo azulado, una verde pradera, un árbol frondoso para guarecerse del sol en verano, una buena estufa, una cancion y amigables coloquios al amor de la lumbre, y nada le importan las riquezas del mundo. De ahí el sèr tan repugnante el desasosiego americano para los inmigrantes alemanes; sus mujeres, sobre todo, se fastidian y aburren en medio de esta caza incesante de la fortuna. Una señora alemana, á quien yo visitaba, me contó que su marido habia llegado á América con un bonito capital que trajo de Alemania; que lo habian perdido en una fábrica de papel, que habian hecho algun dinero abriendo primeramente una escuela, y comprando tierras despues, las que habian prosperado mas allá de sus esperanzas. «No hay Aleman que no pierda aquí su dinero,» me decía ella; «no es bastante ladino para los Americanos. Pero todos prosperamos comprando tierras y trabajando sin parar. Pero con todo,» proseguia, «espero no morir aquí; estoy ansiando la vida tranquila y cordial de Alemania. Si no estuviese oprimida por déspotas, habríamos vuelto allá desde luego; en Alemania gozan mas los pobres que aquí los ricos; solo la libertad americana hace tolerable la vida en este pais. Si la Alemania estuviese políticamente libre, ni uno de nosotros atravesaria el Océano para vivir entre este pueblo mustio, triste y sombrío.» *(Bosquejo de la sociedad de los Estados Unidos por Pulszky.—1853.)*

Por los breves apuntes que preceden, entresacados de lo mucho que, en apoyo de lo dicho, pudiéramos citar,

se convencerán nuestros paisanos de que no es aquella tierra un Eden para los poco aficionados al trabajo, sino mas bien un purgatorio. Agréguese á esto un clima horrible, así por el calor como por el frio, y de temperatura tan varia, que, en pocas horas, sube ó baja el termómetro 20° R. En Nueva York, situada á la misma latitud de Barcelona, hace, en verano, un calor mucho mas intenso que en la Habana, por no estar templado por las brisas marítimas (1), y en invierno, un frio, que allá se va con el de San Petersburgo. En la Luisiana, reina la fiebre amarilla con mas rigor que en Cuba, por efecto del calor y de las aguas que derrama el Misisipí por aquella region en sus inundaciones periódicas. El clima de los Estados Unidos, exceptuando la parte occidental que da al Pacífico, es generalmente contrario á la vida humana, ya que no hay nada mas nocivo que el paso repentino de una temperatura elevada á otra muy baja, y vice-versa. De aquí el no envejecer alli los hombres como en Europa, y el perder las mujeres en pocos años la lozanía de la juventud; las complexiones mas floridas se resecan temprano y se arrugan; hay allí en la especie humana una tendencia á enflaquecer que no se nota en Europa. Un médico aleman, cuyo nombre no recordamos, sostuvo en un escrito, que sentimos no tener á la vista, que si cesara en aquel pais, durante un siglo, la inmigracion europea, que se compone, en su casi totalidad, de las razas mas robustas y lozanas, como son los Irlandeses, Escoceses, Ingleses, Alemanes, etc., quedaria aquello despoblado. Por supuesto, que hay en esa tésis mucha exageracion; pero siempre viene á probar que no es el clima de Norte-América el mas favorable á

(1) En el verano de 1870, murieron en Nueva York, en una semana, 177 personas de insolacion; cosa que se repite con mas ó menos intensidad todos los veranos.

la vida del hombre. Además, allí nada se hace despacio, sino corriendo; y lo que se gana en tiempo se pierde en potencia, esto es, en vida. No aconsejamos pues á nuestros paisanos federalistas que se trasladen allá, pues, amen de amargos desengaños políticos, sufririan físicamente crueles penalidades que acortarian su existencia. Á aquellas regiones solo pueden emigrar hombres robustos, no debilitados por los vicios y por la vida gastada en el juego y en los cafés; han de tener además una profesion, sobre todo de las que desarrollan el sistema muscular; han de saber manejar la sierra, la azada, el hacha, el arado; tener conocimientos generales de agricultura, carpintería, cantería, etc., y sobre todo chapurrear el inglés.

A los que no reunan estas condiciones, y no tengan dinero en abundancia, ó alguna instruccion mercantil, no les queda mas recurso que ponerse á servir en fondas ó cafés, ó á bordo de algun buque, donde lo pasarán bastante mal.

Para acabar de dar una idea exacta del *espíritu del tiempo* de aquella gran república federal, nos ha parecido muy del caso dar á continuacion algunos extractos de las obras del filósofo americano Ralph Waldo Emerson, que ya tantas veces hemos citado, en la persuasion de que no lo tomarán á mal nuestros lectores; pues valen la pena de leerse y meditarse por lo que tienen de original é instructivo, y por ser la expresion mas genuina de la opinion de las gentes de mas valer de aquellas regiones. Además, no hay que juzgar de un país por la mayoría, sino por la minoría, ya que seria una locura estimar las naciones por el censo ó por millas cuadradas ú otras circunstancias que no se refieran á su importancia moral é intelectual.

Apenas se introduce un extranjero en una sociedad americana, la primera pregunta que se dirigen todos, y

á la que quieren una respuesta categórica, es: «¿De qué vive ese hombre?» Y en esto tienen razon; pues nadie es hombre hasta que sabe ganarse honradamente la vida. La sociedad americana es bárbara con los holgazanes.

Sobre este punto se explica dicho filósofo en estos términos: «Todo hombre es consumidor, y debe ser productor. No tiene derecho á ocupar su lugar en el mundo, si no paga esta deuda, y no añade algo al mismo tiempo á la riqueza pública. La riqueza tiene su orígen en las aplicaciones del espíritu á la naturaleza, desde los fuertes golpes de la segur y de la azada hasta los arcanos mas recónditos del arte; pues existen estrechos vínculos entre el pensamiento y toda produccion, ya que el órden vale grandes sumas de fuerza bruta. Las fuerzas y las resistencias son de la naturaleza; pero el espíritu obra trayendo las cosas de donde abundan á donde hacen falta; obra en sábias combinaciones, en la aplicacion de las artes útiles, y en la creacion de valores mas exquisitos y delicados por medio de las artes bellas, la elocuencia, el canto, ó las reproducciones de la memoria. La riqueza es fruto de las aplicaciones del espíritu á la naturaleza; y el arte de enriquecerse no consiste en el trabajo, ni mucho menos en el ahorro, sino en el mejor órden, en la oportunidad, en estar en el lugar debido. Es posible que un hombre tenga brazos mas robustos y piernas mas largas que otro hombre; pero ese otro hombre, sin brazos tan robustos ni piernas tan largas, ve, por la corriente de los rios y el alza de los mercados, donde habrá falta de tierras. Clarea entonces el bosque y despeja el tránsito al rio, se echa á dormir, y al dia siguiente se despierta rico. No es el vapor mas poderoso ahora que un siglo atrás; solo que ahora se emplea mejor. Un hombre que no tenia pelo de tonto, que estaba enterado de la fuerza expansiva del vapor, y vió como se

estaba pudriendo en el Estado de Michigan la gran riqueza de cereales y pastos, clava ingeniosamente con tornillos el tubo de comunicacion del vapor á la rica cosecha del Michigan. ¡Bufa ahora, vapor! Bufa el vapor, y arrastra tras sí todo el Estado de Michigan á la hambrienta Nueva York y á la no menos hambrienta Inglaterra. Ya desde el diluvio yacia el carbon en capas debajo del suelo hasta que un hombre, con el pico y el cabrestante, lo trajo á la superficie. Bien podemos llamarle diamante negro; ya que todo cesto de carbon es poder y cultura. Es el carbon un clima portátil, puesto que lleva el calor de los trópicos á la helada tierra de Labrador y al círculo polar; y es tambien el medio de transportarse á sí mismo á donde quiera que haga falta. Watt y Stephenson dijeron al oido del linaje humano que *media onza de carbon tira dos toneladas una milla;* y el carbon lleva carbon por ferro-carril y por agua para hacer al Canadá tan caliente como Calcuta, y, con su bienestar, lleva tambien su potencia industrial.

«Principia la riqueza en un techo cerrado que guarda de la lluvia y del viento; en una bomba que da agua dulce en abundancia; en dos trajes para que puedas mudarte cuando estés mojado; en leña seca para quemarla; en una lámpara; en tres comidas al dia; en un caballo ó locomotora para atravesar el pais; en un bote para pasar el mar; en herramientas para trabajar; en libros para leer; y así, dando, por todos lados, por medio de herramientas y auxiliares, la mayor extension posible á nuestras facultades, añadimos piés y manos y ojos y sangre y duracion al dia, y saber y buena voluntad al alma y á la inteligencia. Con estos renglones de necesidad principia la riqueza. Y aquí hemos de repetir la ley de hierro que en voz de trueno está pregonando la naturaleza en estos climas septentrionales. Su primera ley es que todo hombre ha de mantenerse. Si, afortuna-

damente, no le dejaron sus padres ninguna herencia, tiene que trabajar forzosamente; y reduciendo sus necesidades, ó aumentando sus ganancias, él mismo se ha de sacar de aquel estado de pena é insulto en el que pone la naturaleza al mendigo; y ella no le da punto de reposo hasta que él lo ha conseguido; ella le mata de hambre, le ultraja, le tortura, le quita el calor, la risa, el sueño, los amigos, y á veces tambien la luz del dia, hasta que, á fuerza de batallar, ha afianzado el pan: Entonces, con menos perentoriedad, pero siempre con viva punzada, ella le provoca, le irrita para que adquiera aquellas cosas que le corresponden. Todo almacen, toda tienda, todo árbol frutal, todos los pensamientos y todas las horas abren ante él una nueva necesidad, que cumple á su poder y dignidad complacer. ¿Y qué vale el pretender aventar las necesidades? Los filósofos han cifrado la felicidad del hombre en disminuirlas; ¿pero se contentará el hombre con una choza y un puñado de guisantes secos?

«La riqueza exige, además del pan y del techo, la libertad de la ciudad, la libertad de la tierra, viajar, maquinaria, los beneficios de las ciencias, la música y las artes bellas, la mejor cultura y la mejor sociedad. Es rico el hombre que puede aprovecharse de las facultades de todos los hombres; y es riquísimo el que sabe valerse de los trabajos del mayor número de hombres, de hombres de paises lejanos y de tiempos pasados. Hay la misma correspondencia entre la sed del estómago y el agua de la fuente que entre todo el hombre y toda la naturaleza. Los elementos le ofrecen sus servicios. La mar, que lava el Ecuador y los Polos, ofrece su poderosa ayuda, y el poder y el imperio que la acompaña, dia por dia, á su bajel y á su audacia. «Guárdate de mí,» le dice, «pero si me resistes, yo soy la llave de todas las tierras.» El fuego le ofrece por su parte un poder igual. El fuego, el

vapor, el rayo, la gravedad, las canteras de peñascos, las minas de hierro, de carbon, de plomo, azogue, estaño, cobre, oro, plata, etc.; selvas de todas maderas; frutos de todos los climas; animales de todos los hábitos; las fuerzas de la agricultura; los productos de su laboratorio químico; los tejidos de su telar; el potente arrastre de su locomotora; los talismanes de su taller de maquinaria; todas las cosas grandes y sutiles, minerales, gases, éteres, pasiones, guerras, comercio, gobierno, son sus naturales compañeros de juego. Segun sea la excelencia de la maquinaria en cada sér humano, es su atraccion para los instrumentos que ha de emplear.

«Bajo estas condiciones es fuerte la raza fuerte. Los Sajones son los comerciantes del mundo; hace ya mil años que son la raza primera; y esto es debido solamente á su calidad de independencia personal, y á su modificacion especial, la independencia pecuniaria. Ni por sueños cuentan con el gobierno para su pan y sus empresas; viven ajenos de todo clan ó asociacion y pandilla; no penden para vivir del sistema patriarcal ni de proyectos de casamientos; les repugna además todo lo que huele á cliente; y están bien convencidos de que todo hombre debe pagar su escote. De aquí la prosperidad y la paz de los Ingleses, por lo mismo que consideran que cada cual ha de cuidar de sí, y que quien no mantenga y mejore su posicion en la sociedad no debe atribuirlo mas que á sí propio.

«Lo esencial es que haga cada cual con todas sus fuerzas lo que pueda. El mundo está lleno de fatuos, pisaverdes y mozuelos, que nunca hicieron nada, y que han logrado de las bellas, y hasta de los hombres de talento, que se endosen su librea de chisgaravís; y estos no dejan de emitir la opinion propia de los fatuos, que no es decoroso ser visto ganándose la subsistencia; que es propio de elegantes gastar sin ganar; y esta doctrina

de la serpiente sale tambien de los hijos selectos de la luz; por cuanto los sabios no son sabios á todas horas, y de seis veces que hablen, hablarán las cinco por su humor ó capricho, y solo una vez por su razon. Pero el honrado artesano debe suplir con el mérito de su trabajo la gracia y elegancia que quizás no tenga; y no importa que haga zapatos, estatuas ó leyes, por cuanto es un privilegio de toda obra humana bien acabada el investir al autor de cierta dignidad. El artesano, en su banco, tiene el corazon tranquilo y modales tranquilos, y puede tratar bajo un pié de igualdad con hombres de cualquiera condicion......

«En las ciudades populosas, es la sociedad pueril, y la riqueza se ha convertido en baratija. Es la vida del placer tan ostentosa y liviana, que todo observador superficial debe creer que este es el mejor uso convenido de la riqueza. Pero si tal fuese el principal empleo del capital excedente, nos llevaria luego á barricadas, á ciudades incendiadas, y á *tomahawks* (1). Los hombres de buen sentido quieren poder, nó azúcar piedra, poder para ejecutar su intento, poder para dar piernas y piés, forma y actualidad á su pensamiento.....

«¿Cómo han obrado los hombres de las minas, de los telégrafos, de los molinos, de los mapas, esos monómanos que ponen sus proyectos en los cuernos de la luna, así en las bolsas como en las ferias, oficinas y en todas partes en busca de suscriptores? ¿Cómo se levantaron nuestras factorías? ¿Cómo se cubrió la América del Norte de una enmarañada red de ferro-carriles? ¿No se debió todo esto á la importunidad de aquellos oradores que, con su charla y tenacidad, arrastraron á todos los pru-

(1) Arma de que se sirven los Indios para desollar á sus enemigos la cabeza arrancándoles el cuero cabelludo, que se llevan luego en triunfo, y viene á ser para ellos un blason del que están muy zelosos.

dentes? ¿No se fundó la partida en la locura de los mas para la ganancia de los menos? Pero este genio *especulativo* enloquece á muchos para que progrese el mundo. Los proyectistas quedan sacrificados; pero el público sale ganancioso. Cada uno de esos idealistas que obran á impulsos de su pensamiento lo haria tiránico, si en su mano estuviese; pero luego le salen al encuentro otros y otros especuladores tan ardientes como aquel; y por medio de esas contra-acciones se conserva el equilibrio, bien así como un solo árbol pone á raya á su vecino en la selva para que no absorba toda la savia del suelo. Y el abasto, en la naturaleza, de presidentes de ferro-carriles, de minas de cobre, de grandes fusiones, de quemadores de humo, de aniquiladores del fuego, etc., etc., queda limitado por la misma ley que mantiene la proporcion en el abasto de carbon, alumbre é hidrógeno.

«El ser rico vale tener una tarjeta de admision á las obras maestras y á las capacidades de cada raza. Vale tener el mar, visitar las montañas, el Niágara, el Nilo, el Desierto, á Roma, París, Constantinopla; ver galerias, bibliotecas, arsenales, manufacturas. El lector del *Cosmos* de Humboldt va siguiendo las etapas de un hombre cuyos ojos, oidos y espíritu estaban armados con toda la ciencia, todas las artes y todos los instrumentos que en todas partes ha ido acumulando el linaje humano, y que se sirvió de ellas para aumentar el capital (*stock*). Así sucede tambien con Denon, Beckford, Belzoni, Wilkinson, Layard, Kane, Lepsius y Livingston. El mundo es de aquel que tiene dinero para recorrerlo..... El refran persa dice: «Para el que lleva zapatos, la tierra toda está cubierta de cuero.»

«Los siglos sacan su cultura de la opulencia de los Césares romanos, de los Leones Décimos, de los magníficos Reyes de Francia, de los grandes Duques de Toscana, de los Duques de Devonshire, Townseys, Ver-

mons y Peels, de Inglaterra, y de otros y otros grandes propietarios. Todos los hombres están interesados en que haya Vaticanos y Louvres llenos de nobilísimas obras del arte; Museos Británicos y Jardines de plantas, Academias de Historia Natural en Filadelfia, Academias Bodleyanas, Ambrosianas, Reales, Bibliotecas congresionales. Todos estamos interesados en que haya Expediciones Exploradoras, Capitanes Cook, que hagan viajes de circumnavegacion, Rosses, Franklines, Richardsones y Vanes, que encuentren los polos magnéticos y geográficos. Cada grado de latitud que se mide en la superficie de la tierra nos hace mas ricos; nuestra navegacion es mas segura.

«¡Con qué intimidad se apoya en esto nuestro conocimiento del sistema del universo! ¿Y la verdadera economía en un Estado ó en un individuo volverá la espalda á la frugalidad, cuando se trate de satisfacer tales aspiraciones?

«Pero al paso que á todos nos interesa que exista en alguna parte riqueza ó producto excedente, no siempre es de desear que exista en ciertas manos. Con mucha razon dijo Goethe: «Solo deberian ser ricos los que lo entienden.» Hombres hay que han nacido para poseer, porque saben animar sus posesiones. Otros, desventurados, no han nacido para esto; su posesion no es graciosa; diríase que compromete su carácter; parece que hurtan sus propios dividendos. Deberian poseer los que saben administrar; nó los que acumulan y ocultan; nó aquellos que, cuantas mas propiedades adquieren, mas pordioseros se vuelven; sino aquellos otros cuyo trabajo va cortando tela para muchos, y abre una senda para todos; porque rico es aquel en quien las gentes son ricas, y pobre aquel en quien las gentes son pobres. El socialismo de nuestros tiempos nos ha hecho un favor, dirigiendo nuestro pensamiento al modo como pueden ser por todos

disfrutados ciertos beneficios civilizadores de que ahora solo gozan los opulentos. Otro de los problemas de la civilizacion, por ejemplo, es facilitar á cada individuo los medios y aparatos de la ciencia y de las artes. Muchas son las cosas que solo sirven para determinados casos, y poquísimos son los hombres que pueden comprarlas. No hay hombre que no desee ver el anillo de Saturno, los satélites y fajas de Júpiter, las de Marte, las montañas y cráteres de la luna; pero son muy pocos los que pueden comprar un telescopio. Lo mismo sucede con los aparatos eléctricos y químicos, y otras muchas cosas. Muchos hombres pueden tener necesidad de estudiar libros, que les es imposible, ó no les importa poseer, tales como enciclopedias, diccionarios, tablas, mapas, documentos públicos, láminas que representan aves, animales, peces, conchas, árboles, flores, etc., cuyos nombres desean saber.

«Las artes del dibujo ejercen en un espíritu preparado una influencia depuradora tan positiva como la de la música. Pero las pinturas, los grabados, las estatuas y bronces imponen muchísimos gastos, además de las galerias y empleados. En las ciudades griegas se consideraba como un acto profano el que un particular pretendiese tener propiedad en una obra de arte, la que, segun los Griegos, pertenecia á cuantos podian contemplarla. No pocas veces he pensado que si yo pudiese vivir en una gran ciudad, y saber á dónde pudiese ir, siempre y cuando desease la ablucion é inundacion de oleadas musicales, seria esto para mí un baño y una medicina.

«El dinero es representante, y sigue la naturaleza y fortuna de su dueño. El numerario es un metro ó medida delicadísima de cambios civiles, sociales y morales. El labrador está muy agarrado, y con razon, á su peso fuerte, pues no es para él un hallazgo; harto sabe cuántos esfuerzos de trabajo representa, y aun le duelen los hue-

sos de resultas del afan con que lo ganó. Sabe perfectamente cuánta tierra representa, cuánta lluvia, escarcha y sol. Sabe que al daros un peso, os da tanta maña y paciencia, tanto azadonar y trillar. El que trate de sonsacarle aquella moneda tiene que levantar todo aquel peso. En la ciudad, donde sigue el dinero la velocidad de una pluma, ó una alza afortunada en la bolsa, se considera aquel como cosa liviana. ¡Ojalá el labrador lo tuviese en mayor estima, y no lo gastase mas que por pan real y verdadero, fuerza por fuerza! El peso fuerte del labrador es pesado, y el del letrado es listo y ligero; así es que le salta del bolsillo, y brinca sobre los naipes; pero mas curiosa es todavía su susceptibilidad para cambios metafísicos, ya que es el barómetro mas fino de tormentas sociales, y anuncia revoluciones.

«El «Denunciador de billetes de Banco» (*Bank-Note Detector*) es una publicacion utilísima; pero el peso fuerte, en plata ó papel, es de suyo, donde quiera que circule, el denunciador mas avisado del bien y del mal. ¿Acaso no sube su valor al instante con la medida de la equidad? Si un mercader se niega á vender su voto, sube la equidad en el Estado de Masachusets, y toda fanega de aquel Estado vale mas con su accion. Si separais de la calle *State* los diez comerciantes mas probos, y poneis en su lugar diez bribones que dispongan del mismo capital, no dejarán de resentirse el curso de los seguros y la solidez de los bancos; las carreteras serán menos seguras; las escuelas lo sentirán; los niños llevarán á sus casas su pequeña dósis de veneno; el juez se sentará menos firme en el sillon; sus fallos serán menos rectos, pues habrá perdido en proporcion el apoyo y la sujecion moral que todos necesitamos; el púlpito denunciará costumbres mas relajadas. Un manzano, si durante algunos dias le quitais diariamente una carga de tierra, y echais en su lugar una carga de arena en torno de sus raices, dará

muestras de sentirlo. Si separaseis de la poderosa clase ocupada en el comercio un centenar de hombres buenos, y pusieseis en su lugár otros tantos hombres malos, ó, lo que vale lo mismo, si introdujeseis en el comercio un elemento desmoralizador, ¿no lo mostraria tambien desde luego el peso fuerte como lo mostró el manzano? El valor de un peso fuerte, es social, como que fué creado por la sociedad. Cada hombre que se establece en esta ciudad con una habilidad ó capacidad vendible da mayor valor al trabajo de todos los hombres de la ciudad. En naciendo un talento al mundo en cualquiera parte, la comunidad de las naciones se enriquece, y mucho mas con un nuevo grado de probidad, ya que se detiene en otro tanto el gasto del crímen, que es una de las cargas mas pesadas en todas las naciones. Obsérvase que, en Europa, aumenta ó disminuye el crímen segun sube ó baja el precio del pan. Si los Rothschild de París no aceptan letras de cambio, algunas gentes de Manchester, Paisley y Birmingham salen á las carreteras, y algunos propietarios rurales de Irlanda son fusilados en las encrucijadas. Así lo confirman los registros de la policía. Al punto se sienten las vibraciones en Nueva York, Nueva Orleans y Chicago. No de muy distinto modo afecta el poder político á las masas por los señores políticos. Rothschild no entra en el empréstito ruso; y hay paz, y las cosechas están en salvo. Entra en él; y hay guerra y agitacion en una gran parte del linaje humano, con todas sus horribles consecuencias, revoluciones y desastres.

«La riqueza trae consigo sus propios frenos y balances. La base de la economía política es la no intervencion. La única regla segura se encuentra en la medida de demanda y produccion, que se ajustan por sí mismas. No legisleis. En cuanto os entrometais, rompeis de un golpe los nervios con vuestras leyes suntuarias. No deis

primas; haced leyes iguales; asegurad la vida y la propiedad, y no necesitaréis hacer limosnas. Abrid las puertas de la oportunidad al talento y á la virtud, y uno y otra harán justicia por sí solos, y la propiedad no estará en malas manos. En una república libre y justa, huye la propiedad de los holgazanes é imbéciles en busca de los laboriosos, valientes y perseverantes.

«Las leyes de la naturaleza actúan por el comercio, como muestra un juguete eléctrico los efectos de la electricidad. No se conserva mejor el nivel del mar que el equilibrio del valor en la sociedad por la demanda y la produccion; y el artificio ó la legislacion se castiga á sí propio con reacciones, excesos ó infartos y ruinas. Las leyes sublimes actúan indiferentemente por átomos y vias lácteas. El que sabe lo que pasa en el ganar y gastar un panecillo y un cuartillo de cerveza; que no hay voluntad que tuerza los rigurosos límites de los cuartillos y de los panecillos; que lo que se consume está de menos en la cesta y en el barril; pero que lo que salió de la cesta y del barril no se ha perdido, sino que se ha gastado bien, si nutre su cuerpo y le habilita para terminar su trabajo: el tal sabe toda la economía política que pueden enseñarle los presupuestos de los imperios».

Para completar las noticias que preceden sobre los Estados Unidos, damos á continuacion una breve reseña de su actual division territorial y de sus productos, así agrícolas como fabriles (1).

(1). **Superficie en millas cuadradas (*square miles*).**

Estados Unidos. . . .	3.010,160	3.460,160
América rusa comprada por los E. Unidos.	450 000	
América británica.		2.847,000
Europa.		3.764,745
Rusia.		2.095.000
Méjico.		668,000

Los Estados Unidos constan actualmente de 37 Estados, 9 *Territorios*, y del pequeño *Distrito de Columbia*.

Este *Distrito* está situado en la ribera oriental del Potomac, al rededor de Washington, capital de los Estados Unidos.

La *América rusa* pertenece ahora á los Estados Unidos.

Todos los Estados, menos seis, están situados en la mitad húmeda, fértil y oriental del continente.

Nebraska, *Kansas* y *Tejas* están situados, en parte, en las llanuras elevadas y estériles al E. de las montañas Peñascosas (*Rocky Mountains*).

Nevada está todo en la meseta entre las Montañas Peñascosas y la Sierra Nevada.

California y *Oregon* están, en parte, en la meseta, y en parte, en la fértil region marítima del Pacífico.

Los Estados de la Union pueden dividirse, segun su posicion, en *seis grupos*:

I. Estados atlánticos del Norte, ordinariamente llamados Nueva Inglaterra, (*New England*), al Este del Hudson.

1. Maine.
2. Nuevo Hampshire (*New Hampshire*).
3. Vermont.
4. Masachusets.
5. Rhode Island.
6. Conecticut.

II. Estados atlánticos medios. (*Middle-Atlantic States*).

1. Nueva York (*New York*).
2. Nueva Jersey (*New Jersey*).
3. Pensilvania.
4. Delaware.
5. Maryland.
6. Virginia.
7. Virginia occidental (*West Virginia*).

III. Estados atlánticos del Sur. (*South Atlantic States*).

1. Carolina septentrional (*North Carolina*).
2. Carolina meridional (*South Carolina*).
3. Georgia.
4. Florida.

IV. Estados del Golfo (*Gulf-States*).

1. Alabama.
2. Misisipí (*Mississipi*).
3. Luisiana (*Louisiana*).
4. Tejas (*Texas*).

V Estados centrales (*Central States*).

1. Tenesé (*Tennessee*).
2. Arkansas.
3. Kentucky.
4. Misuri (*Missouri*).
5. Kansas.
6. Ohio.
7. Indiana.
8. Illinois.
9. Iowa.
10. Nebraska.
11. Michigan.
12. Wisconsin.
13. Minnesota.

VI Estados del Pacífico.

1. California.
2. Oregon.
3. Nevada.

Los territorios están todos situados en la alta region occidental, en torno y mas allá de las Montañas Peñascosas. Sus nombres son:

1. Washington.
2. Idaho.
3. Montana.
4. Dakotah.

5. Utah.
6. Colorado.
7. Arizona
8. Nuevo Méjico (*New Mexico*).
9. Territorio indiano.

La agricultura y la cria de ganado son las dos principales ocupaciones de la poblacion de los Estados Unidos, especialmente en toda la mitad oriental y en las fértiles regiones marítimas del Pacífico. En Nueva Inglaterra, es mas importante la cria del ganado que la agricultura.

Los principales productos de la agricultura son trigo, maíz, etc., algodon, tabaco y arroz. El cultivo del arroz está casi enteramente limitado á las tierras pantanosas de las costas del Atlántico meridional y de los Estados del golfo. La *Carolina meridional* es la que produce mas arroz; síguenla en importancia para este producto, por su órden, la Georgia, la Carolina septentrional y la Luisiana. Los otros Estados de dicha region producen relativamente poco arroz.

El algodon se cultiva en el interior de los Estados del Atlántico meridional y de los Estados del Golfo, en las islas de algunas partes de la costa, y tambien en Tenesé, Kentucky y Alabama. El de Misisipi es el que mas produce, y siguen en esta produccion por el órden siguiente, Alabama, Luisiana y Georgia.

El tabaco se cultiva mas ó menos en casi todos los Estados, y en grandísima escala en la parte meridional de los Estados atlánticos Medios y de los Centrales. El de Virginia es el que mas produce, siguiendo por este órden Kentucky, Tenesé y Maryland.

Cultívanse en todos los Estados trigo, maíz, etc., aunque mas del segundo que del primero. El gran campo de los cereales de los Estados Unidos son los Estados Centrales. Illinois es el primero en esta produccion, y sí-

guenle Ohio, Indiana, Misuri y Kentucky. Los Estados al Norte y al Oeste de los indicados no están bien poblados todavía; y por consiguiente producen mucho menos.

Los productos de la cria de ganado, y de grande importancia, son manteca y queso de superior calidad, especialmente en los Estados Medios y en los atlánticos del Norte; y cantidades inmensas de reses, de lana, de carne de buey y tocino en los Estados Centrales.

El laboreo de las minas se va haciendo cada dia un ramo mas y mas importante de la industria del pais. Los minerales que se producen en mayor abundancia son carbon de piedra y hierro, sobre todo en las montañas Apalaquias; cobre en las riberas del Lago Superior; plomo en la region del Alto Misisipí; y oro y plata en las Montañas Peñascosas de Sierra Nevada y Cascada. La plata se extrae principalmente de Sierra Nevada, y el oro de California.

La parte septentrional del Illinois, la meridional del Wisconsin, y la oriental del Iowa producen plomo, y el Michigan el cobre.

La fabricacion se extiende por toda la region Apalaquia al Norte de los rios Potomac y Ohio.

Los Estados mas importantes por sus manufacturas son Masachusets, Nueva York, Pensilvania y Ohio.

La industria manufacturera se va extendiendo con rapidez por todos los Estados Centrales y en California. En la actualidad, Illinois y California fabrican mas que los otros Estados al Oeste de las montañas Apalaquias, exceptuando el Ohio.

Los principales productos de la fabricacion son harina; hilados y tejidos de algodon; lanerías; aperos de labranza y de minas, y maquinaria.

El comercio es extensísimo, tanto el doméstico como el extranjero.

El extranjero es principalmente con Europa, y se ha-

ce sobre todo por los Estados Medios y los Atlánticos del Norte, que son los que tienen mejores puertos.

El comercio doméstico se hace entre los mismos Estados, que son los mas manufactureros, y los situados al Sur y al Oeste de ellos, que son agrícolas.

Las principales exportaciones son artículos de comer, trigo, maíz, arroz, carne de vaca y tocino; materiales para fabricacion, sobre todo lana y algodon, tabaco y oro.

Las principales importaciones son: té, café, azúcar y varias manufacturas.

Volviendo ahora la vista á nuestro pais, y juzgándole con la debida imparcialidad, ¿será posible que le consideremos capaz de sufrir, sin gravísimos trastornos, y sin provocar una reaccion espantosa, el sistema federal tan decantado por sus partidarios? Y entiéndase que al insistir, como insistimos, en la inconveniencia que tendria para España el establecimiento de la república federal, consideramos principalmente esta cuestion bajo su aspecto práctico y de aplicacion inmediata; punto de vista del que no puede prescindirse, aun concediendo que la federacion pudiera ser un ideal de la forma de gobierno; pues, segun dejamos expuesto, existe en Política un elemento relativo de suma importancia, referente al estado de cultura y á los antecedentes históricos de cada sociedad, que exigen imperiosamente la modificacion ó una aplicacion parcial y progresiva de los principios generales que constituyen la ciencia abstracta é ideal de la Política. No negamos pues á esta su importancia, cuando se inspira en los principios de eterna moral, y en la observacion atenta de la naturaleza humana, para poder deducir las condiciones del bien general, y la manera como mejor puedan realizarlo las combinaciones políticas; pe-

ro desconfiamos absolutamente de esas creaciones arbitrarias de pura imaginacion que carecen á la vez de toda base racional é histórica.

¿Tenemos acaso la calma, la laboriosidad y perseverancia de los Holandeses del siglo XVI, su amor al hogar, su razon fria, y su apartamiento de la *folle du logis*?

¿Tenemos las cualidades morales de los Helvecios de los primeros siglos de su independencia; ni aun las de los actuales Suizos, por mas que hayan degenerado de sus abuelos? ¿Es entre nosotros una verdadera necesidad la lectura de buenos libros, como lo es en los cantones reformados de aquel pais, donde hasta las niñeras estipulan, al entrar á servir en una casa, que se les ha de dar, no solo café, sino tambien un abono á un gabinete de lectura?

¿Tenemos falta absoluta de historia, de tradiciones y de preocupaciones añejas, como la tienen los ciudadanos de los Estados Unidos, pueblo nuevo enteramente, segun se ha visto, de raza aparte, dotado de una perseverancia sin igual, y que cuenta con numerosos recursos naturales (y tanto, que, en lo interior del pais, es muy difícil encontrar un criado, y mucho mas una camarera), con su amor al trabajo y á la vida doméstica, y sin las rémoras que por todos lados nos rodean, que son una parte esencial de nuestro sér, y sin el amor al fausto y á la ostentacion, innatas en la raza latina?

Nada de eso tenemos, y lo extraño fuera que lo tuviésemos despues de tantos siglos de opresion.

Lo que tenemos es lo siguiente:

Ignorancia supina en las masas, y muy escasa instruccion en los que visten levita, que, con raras y honrosas excepciones, no leen mas que periódicos, y se nutren de sofismas.

Tenemos unas pocas provincias bastante adelantadas en la industria y en el comercio; pero otras tan atrasa-

das, que casi se hallan en estado primitivo; y algunas exclusivamente agrícolas, pero agrícolas las mas á su modo rutinario, esto es, sin aplicacion de los progresos de la ciencia.

Tenemos antipatías vulgares y odios de pueblo á pueblo, que se traducen á veces en hechos bárbaros; y preocupaciones de campanario, esto es, mutuo aislamiento.

Tenemos intereses encontrados, y que solo puede conciliar una fuerza central y directiva.

Tenemos partidos diversos y tendencias políticas encontradas, superticion por un lado, incredulidad por otro; tenemos una sangre ardiente que no sufre contradiccion, y que nos dispone á levantar el brazo contra los que no opinan como nosotros.

Tenemos, justo es decirlo, muchos y grandes talentos, mas que ninguna otra nacion del mundo; pero algunos de estos grandes talentos, por falta de cultura y de instruccion general, y por sobra de ambicion y orgullo, están causando al pais muchísimo daño, sin ningun provecho. ¡Ojalá tuviéramos menos *grandes* talentos, y mas hombres de buen sentido y amantes de su patria!

Pero, en medio de nuestros defectos, hijos de la raza, y sobre todo de siglos de opresion é ignorancia, tenemos una cualidad muy positiva, una energía que ha sido el asombro del mundo en épocas diversas, siempre que se ha visto amenazada la independencia nacional; pero no basta esta cualidad, por muy grande que sea, para fundar el cambio de ser político que por unos pocos se intenta. El pueblo español es otro Sanson despojado de su fuerza por otra Dalilá, hada poderosa, la tiranía apoyada en la superticion; despertad despacio á ese gigante, no sea que se derrumbe el edificio envolviéndonos á todos en los escombros.

No basta en política haber descubierto los vicios de

Pero las mas de las veces quiere ser *popular*, quiere gozar del usufruto de su gloria, quiere ser inmortal en vida. No le satisfacen los sufragios de algunas almas selectas, de unas pocas inteligencias elevadas; necesita mas, una cosa mas material: los entusiastas aplausos del pueblo, la ovacion, el carro de triunfo, el pavés.

Autores, artistas, jefes de secta y de partido, oradores parlamentarios, capitanes, pueden aspirar á la popularidad, ó desdeñarla; pero ¡á la clase inferior de las inteligencias y del talento no le queda otro objeto ni otra corona. Para elevarse sobre esta flaqueza, para buscar el bien por el bien, para amar á la patria con desinterés y candor, se necesita una alma muy levantada y una energía de heroismo que por maravilla se encuentra en los hombres. Cristo dió de esto el ejemplo al mundo; ya se ve, Cristo fué en la tierra el tipo de la virtud divina.

Pero, por lo que hace á la virtud puramente humana, esta, con rarísimas excepciones, necesita sosten y apoyo; como que es su móvil la vanidad, ansía los sufragios del vulgo. ¿Pero qué sucede? Que el vulgo, ciego, movible, poco ilustrado, le arrebata consigo á una senda, miserable á veces, y criminal no pocas. Si el mundo estuviese poblado de ángeles, esta necesidad de aplausos tendria por resultado acciones heróicas. Pero no es así: la popularidad, móvil poderoso, ha dado á luz tantos crímenes como virtudes, tantas necedades como acciones laudables, tantas locuras como hazañas. Por mas que haga, nunca puede desprenderse la popularidad de la mancha original de su nacimiento, la vanidad; y esta flaqueza no puede ocultarse debajo de los brillantes atavíos con que se engalana; de aquí el encontrar sus huellas en todo cuanto produce. El escritor que quiere ser popular sacrifica el buen gusto, y á veces la moralidad, al gusto del momento. El artista que aspira al mismo objeto sa-

crifica el sentimiento de lo bello y la pureza de las formas á los caprichos de la moda pasajera; el jefe de partido cede al torrente que le arrebata; pues sabe que se hará odioso al pueblo, si trata de detenerle. En una palabra, como la popularidad es un negocio de amor propio, y no mas, ella engalana á monstruos y deifica á infames. Marat fué popular; Juan de Leida fué popular. Su tumba se vió privada despues de los honores que se acumularon sobre su frente; todas aquellas coronas prodigadas á los vivos se marchitaron en sus cadáveres. ¡Cuántos hombres han pagado muy cara en la historia la popularidad de su vida!

El amor á la gloria desdeña á veces lo presente; pero la popularidad lo acaricia y mima. La popularidad es un amor vago y confuso de la multitud; es la vana idolatría de un hombre; es la pasion de las turbas con su héroe; pasion que se trocará mañana en odio ó en desden. Calígula y Neron fueron populares. Tambien lo fué Fernando VII entre las masas, que, como acémilas, tiraban de su coche. Ya se ve; cuando el populacho es fanático de servidumbre, nada mas popular que un rey malvado.

Tomando la palabra *popularidad* en la acepcion política solamente, no solo es el amor á la nombradía, sino que es además la captacion, la seduccion del vulgo. El que todo lo sacrifica á la popularidad quiere que todas aquellas almas se prendan en un sentimiento de benevolencia y de cariño; el hombre popular se enfeuda en la multitud. Si esta se extravia, él se extravia con ella; si esta se irrita, él toma una parte activa en su irritacion; de esta simpatía con la multitud se hace el hombre popular una arma peligrosa; el hombre popular es gobernado y dirigido por las emociones públicas, y nó por sus propias emociones. El hombre popular obedece á los impulsos de aquella masa; y al hacerse movible esclavo de una opinion movible, compra el derecho de pa-

recer guiarla, cuando realmente es guiado por ella, con el deber de dejarse arrastrar.

¿No son acaso una misma cosa el parásito de los ricos y el cortesano del pueblo? ¿En qué difiere del hombre que busca el favor del poder representado por un solo individuo opulento é investido de la autoridad, el otro hombre que halaga al poder popular para recoger su doble cosecha de goces vanidosos y de recompensas lucrativas? Se ha marcado con la nota de infames á la mayor parte de los privados de los reyes; ¿pero valen mas los favoritos de los pueblos? En unos y en otros vemos la misma flexibilidad, la misma abnegacion de voluntad personal, la misma ausencia de conviccion, la misma bajeza altiva, las mismas exigencias de vanidad, la misma postracion ante el señor; este se honra con sentarse á la mesa de los príncipes, y paga esta honra con serviles condescendencias; aquel halaga á una multitud que no tiene con él ninguna analogía de educacion, de costumbres, de ideas ni de lenguaje. El favorito del pueblo nunca se atreve á tener opinion propia, y para agradar á su déspota, desfigura y afea su carácter natural. Tan pronto como ve que sus inclinaciones mas arraigadas empiezan á desagradar, se da prisa á abdicarlas; no bien se desacreditan sus opiniones antiguas, reniega de ellas, y las repudia. ¡Oficio miserable en verdad! Así el pueblo como los reyes hacen pagar á subido precio á sus predilectos, el uno la popularidad que les otorga, los otros los favores de que los colman. ¡Por cuántos antojos hay que pasar! ¡Qué profunda ingratitud! ¡Con qué presteza se da al olvido al favorito de ayer, en cuanto se presenta un nuevo favorito! ¡Cuántos tormentos del corazon y del amor propio, cuando el señor le abandona ó le vuelve la espalda! ¡Qué tristes ejemplos presenta el camino de la popularidad! Luis XIII no da ni una lágrima siquiera á Luynes, á aquel priva-

do que tenia tantos envidiosos. Mirabeau, tan popular á la hora de su muerte, es maldecido, apenas se ha echado la losa sobre su sepulcro. Durante la revolucion francesa, nacen, unas tras otras, una multitud de popularidades, que acaban por subir al cadalso, perseguidas por los aullidos del pueblo.

La gloria del hombre honrado es bella siempre, y se agranda, despues que ha desaparecido de la tierra. La popularidad, empero, es raquítica y pequeña como todo lo teatral: tiene su máscara, sus bastidores, sus vestiduras prestadas, sus aplausos asalariados.

Amar realmente á su pais no es buscar todos los medios de ser amado de él. Cuando Sócrates anunciaba en alta voz la existencia del Dios supremo, del Dios único, se exponia al odio de sus conciudadanos, y era profundamente impopular. Cuando Malesherbes proclamaba los derechos de la humanidad; cuando algunas almas fuertes protestaban solas contra los cadalsos; cuando el verdugo mostraba al pueblo la ensangrentada cabeza de Carlota Corday, ¿era el vicio ó la virtud lo que la popularidad coronaba?

Si el deseo de la popularidad naciese únicamente de un puro sentimiento de benevolencia para con los hombres, seria sin duda un móvil admirable de virtud y de heroísmo; pero el poder es el premio que anhelan la mayor parte de los que buscan la popularidad. No pretendemos afirmar que no se mezcle nunca la benevolencia con la sed de la popularidad; pero desgraciadamente, y segun lo prueban los anales de todos los pueblos, puede mas casi siempre la liga de la vanidad y de la ambicion. Y nótese bien que esta ambicion no da en el blanco que se propone. Y si no, consúltese la historia, desde Mario y Sila hasta Napoleon. Las masas son, como los individuos, accesibles á la lisonja, enemigas de la severidad que las quiere conducir al deber, y débiles en

proporcion de su violencia; y aun cuando el aspirante á la popularidad no trate de hacerse un instrumento dañino del ascendiente que desea adquirir, basta su adulacion para ejercer en la muchedumbre una influencia peligrosa, porque el servilismo que sigue nuestros pasos, y que se anticipa á nuestros antojos, es el mayor azote, así para los reyes como para los pueblos.

El amor á la popularidad se confunde muy á menudo con el amor á la gloria y con el patriotismo: doble error, y muy peligroso; pues la gloria se esconde allá en el porvenir, y la popularidad no es mas que el eco tumultuoso de lo presente. El patriotismo es la benevolencia con el pais, el amor desinteresado al suelo donde hemos nacido, á las instituciones que nos rigen, á los hombres que lo habitan. La vida, la libertad, la fortuna de nuestros conciudadanos nos son caras entonces y sagradas; si nos llama el peligro público, estamos prontos á derramar nuestra sangre y á sacrificar nuestro bienestar por aquella causa santa; pues se trata del hogar, de las creencias, de la cuna de nuestros hijos y de los sepulcros de nuestros padres. Hay efectivamente en el patriotismo una mezcla de egoismo y de cariño al hogar, que se echa de ver en todos los sentimientos enérgicos del hombre. Nuestros compatriotas sufren y gozan con nosotros bajo la ley de los mismos usos y costumbres; nuestras esperanzas y temores tienen eco en todos los corazones. Esto fué lo que dió á los Holandeses la fuerza necesaria para arrostrar las iras de Luis XIV y el gran poderío de Felipe II; y á los Españoles la no menos heróica de contrarestar al genio militar de Napoleon I. Esto mismo fué lo que, á pesar de instituciones mal combinadas, constituyó la gloria y la grandeza de las sociedades antiguas.

La historia nos presenta una multitud de ejemplos que prueban hasta la evidencia que el hombre puede ser

amante de su patria, y muy impopular al mismo tiempo; ó muy popular, y enemigo de su patria. Esto consiste en que el vulgo no siempre tiene bastante criterio para distinguir lo justo de lo injusto, lo sensato de lo estúpido, y en que sus preocupaciones le ofuscan la razon. La mayor parte de los hombres que han logrado esclavizar á su pais eran populares. El 18 de brumario, cuando Bonaparte rompió la legislatura y arrojó á los trémulos senadores ante las bayonetas de sus soldados, el pueblo le adoraba; tambien Robespierre habia sabido adquirir, pocos años antes, la misma popularidad. El pueblo, seducido, mira la voluntad del hombre popular como decretos de Dios; no quiere creer sino á sus aduladores; paga con aplausos y honores la deferencia servil é implícita á su infalibilidad. Justos ó injustos, útiles ó peligrosos, sus antojos han de ser obedecidos; pero el candidato popular pierde todos sus derechos, y no se le agradece ningun sacrificio, tan pronto como trata de resistir al gigante cuyo vasallaje acaba de aceptar; pues solo al precio de una eterna sujecion otorga el pueblo sus favores. Id pues, uncios al carro de ese señor extravagante, seguid el incesante vaiven de sus antojos, y se os mostrará mas difícil de servir que Tiberio, mas insaciable que Calígula, mas descontentadizo que todos los déspotas del Asia.

El pueblo es siempre fácil de engañar; no suele discurrir á derechas, porque no se le ha instruido ni educado, y su instinto le descarria muchas veces; como que ama las ilusiones, se presta á ellas gustoso; alienta á sus sicofantes; y de este cambio de lisonjas y venalidades nace una depravacion general. ¿Es posible que queden en pié las virtudes públicas en medio de tanta mentira? El hombre mas despreciable será querido del pueblo, si le adula; los sofistas que alimentan esa necesidad de lisonjas se ven tambien desdeñados; corruptores y cor-

rompidos reciben todos á su vez el rechazo de los vicios que derraman. En las sociedades antiguas, la tribuna y las escuelas; en las sociedades modernas, los periódicos y los libros, tribuna mucho mas poderosa, retumban con los elogios que tributan al pueblo los aduladores populares, los que acaban por persuadirle de que él está por encima de todo; que el poder tiene siempre la culpa; que él es el único dueño; que su vanidad y sus caprichos han de reinar exclusivamente y dirigir los destinos sociales.

Una de las mayores desdichas de la popularidad es que, bastando la audacia, y á veces la bajeza, para conquistarla, los hombres dignos é independientes no pueden someterse á sus exigencias. Todo hombre de corazon es torpe en el arte de seducir á las masas; pues su conciencia no le permite dar aliento á lo absurdo, cuando nó á lo malo, ni acariciar necias preocupaciones. De aquí el dejar libre el campo á los que quieren correr esta carrera que él menosprecia. Los clamores y epígramas del sofista ahogan los axiomas del sentido comun. De aquí el echarle en cara al hombre honrado que es enemigo del pueblo; y de esto á maldecirle no hay mas que un paso.

Así, por una parte, todo pueblo que sustituye sus antojos á la ley se precipita á su ruina; y por otra parte, los aduladores que le rodean le empujan y le arrojan al abismo. Si al menos supiese dar oidos á consejos desapasionados, aunque severos, no podria darse aun por perdido. Pero cualquiera que trate de hacerle ver su imprudencia es un enemigo á quien no perdona. En el curso de la revolucion francesa, los hombres mas populares que conservaban todavía algunos principios de honradez vieron estrellarse su popularidad en aquel escollo inevitable. No cesó el pueblo de seguir su camino de imprudencia, de temeridad, y de barbarie á veces, menospreciando los consejos de cuantos se atrevieron á

contradecirle, y jurándoles un odio implacable. Así fué como, unos tras otros, Turgot, Malesherbes, Mirabeau, el mismo Danton, y finalmente Robespierre, cayeron todos en el odio y menosprecio de aquel mismo pueblo á quien habian prodigado sus adulaciones.

¡Ya se ve, es la popularidad una cosa tan precaria! La popularidad lleva consigo los gérmenes de su muerte; su base son las preocupaciones y las pasiones; base detestable, frágil y vacilante. Y nótese bien que la popularidad no es un indicio de la estimacion pública; que Sócrates y Focion, muy estimados de sus conciudadanos, fueron condenados á beber la cicuta, y que el pueblo aprobó la sentencia del Areópago; nótese tambien que la popularidad es esencialmente pasajera, y que el porvenir reforma casi siempre sus fallos. ¿No fué popular, y muy popular, la matanza de los Hugonotes el dia de San Bartolomé? ¿No lo fueron tambien las de Setiembre en las cárceles de París? ¿No fué popular en Francia Napoleon I? ¿No lo fué tambien, en la misma Francia, la guerra contra la Prusia?

Desengáñense ya nuestros hombres públicos, si en realidad desean la felicidad de la patria. La corona de la inmortalidad, que nada tiene que ver con la popularidad vana y pasajera, único objeto de tantas y tantas medianías y de tantos ambiciosos vulgares, solo ciñe las sienes del que desinteresada y gloriosamente se dedica al estudio de los fenómenos de la naturaleza, ó á las letras y á las ciencias abstractas. Cíñela tambien el hombre de estado que gobierna á los hombres, segun puedan ser gobernados, por medio de leyes suaves y equitativas, y que confunde en armónico concierto los encontrados elementos de la sociedad; y cíñela, y muy esplendente, el filántropo que derrama entre los pobres los beneficios de la educacion y del saber, y mitiga con su caridad y amor los males morales y físicos de la humanidad.

Menospreciad pues, hombres, á quienes dotó de talento el cielo, la popularidad pasajera; trocad en un deseo mas levantado, en una pasion mas generosa, esa pasion de amor propio, ese anhelo de popularidad. Amad la gloria, la gloria, que coloca tambien entre los grandes hombres á todos aquellos á quienes maltrató la injusticia contemporánea. No espereis ni temais nada de las preocupaciones, favorables ó adversas, de vuestros conciudadanos; pues no habeis de recibir la ley mas que de vuestra conciencia, y, mas adelante, de la historia, esa conciencia del género humano, segun Tácito. Y si ni aun la historia os hace justicia, como sucede no pocas veces por efecto de la malicia ó de las interesadas preocupaciones de los coetáneos, no olvideis que las almas bellas, desconocidas en la tierra, son muy conocidas de AQUEL que nos juzgará á todos.

FIN.